EL *HABITUS* DE LA VIOLENCIA EN EL FÚTBOL ESPECTÁCULO

Diego Londoño Galeano

Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Psicología Social

Asesor
PhD. Juan Carlos Arboleda Ariza
Doctor en Psicología Social - Universidad Autónoma de Barcelona

MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA SOCIAL
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
MEDELLÍN
2016

Agradecimientos

Por más que quiera abarcar me quedaré corto en el relato. Soy el resultado actual de múltiples experiencias y personas desde mis primeros años de vida. Este trabajo, como cada cosa que hago, tiene el sello de mi abuela materna: así se lo dije, hace más de una década, poco antes de morir. Quiero compartir este texto con mi otra abuela, próxima a cumplir 98 años de edad: si llego a vivir un centenario quiero llegar con su increíble lucidez, sin duda alguna. A mi mamá, mi mayor ejemplo de energía, esfuerzo y dedicación, a quien me parezco más de lo que ella cree y dice: no sería lo que soy ahora sin los variados sacrificios que hizo por creer en mis capacidades. Nada más ella y yo sabemos todo lo que tuvimos que superar. A Fredy y Clara, por ser mucho más que amigos, con un afecto familiar perdurable en el tiempo.

En este camino tiene gran cuota de participación mi tía abuela, fallecida hace unos pocos meses, quien incidió determinantemente en mi gusto por el fútbol: guardo, como recuerdo material, aquel álbum que me regaló de España 82, época en la que yo ni había nacido. También quiero compartir este logro con mi papá, de quien tengo muchas cosas pese al poco tiempo que vivimos juntos: por las circunstancias no compartimos momentos trascendentales de mi vida pero de él siempre quise replicar esa pasión y disciplina en cada proyecto emprendido. A mis dos ahijados Alexis y Alejandro: me siento con la responsabilidad de ser un referente digno de seguir. A los demás familiares y amigos que aquí no he mencionado también los considero parte de este objetivo alcanzado.

A mi novia Daniela, mi compañera de camino, por su comprensión, apoyo permanente, lectura crítica y disposición de escucha cuando ni el fútbol ni la psicología social están dentro de sus pasiones; luego de este exigente proceso hay dos opciones: o que ambos temas se incorporen a su repertorio de aficiones o que se incremente su desinterés. A Juan Carlos, mi asesor de tesis, por su acompañamiento y, principalmente, por impulsarme a hacer, a descubrir otras posibilidades cuando las vías parecían cerrarse. Sin mis entrevistados este trabajo, y lo que de allí se deriva y derivará, no sería posible: a ellos, gratitud eterna por su tiempo y disposición de compartir sus experiencias. A Daniela Romero y Laura Escobar, por ese apoyo directo en este producto que ustedes podrán leer, interpretar y discutir.

A mis amigos de infancia y adolescencia con los que vibré a través del fútbol, cuando soñaba con ser periodista deportivo. También, cómo no, a mis amigos del alma, con quienes establecí un lazo afectivo indestructible: Néstor Raúl Ospina, Diego Pareja, Erick Maxx, Juan David Ospina, Lisandro Gómez, Adolfo Pulgarín, Sebastián Pérez Jiménez, Camilo Londoño, Miguel Álvarez, Miguel Roldán, Lillyana Uribe, Andrés Esteban Marín, Julio López, David Jaramillo, Santiago Restrepo, Diego Osorio, Héctor Alejandro Hernández, Julián Calderón, Jorge González y otros tantos con los que he compartido y aún comparto. A los muchachos de Troncos por el fútbol, un espacio al que pretendo retornar de forma activa en un futuro próximo. A todos mis docentes, desde la guardería hasta la maestría, y compañeros de estudio en cada una de esas etapas de formación: guardo algo de cada uno de ustedes.

A mis compañeros de trabajo en Todelar, Radio Bolivariana, Vida AM, Múnera Eastman Radio, Liga de Ajedrez de Antioquia e INDER Medellín. Esa última institución, una de las más importantes de Colombia, me permitió consolidar ese deseo de aportar a mejorar las condiciones en y a través del deporte: como Jefe de Prensa, como Coordinador Operativo de Hinchas por la paz y como Coordinador General de Deporte y Convivencia. Agradezco a los líderes voluntarios y a cada persona que ha asistido a nuestras charlas, talleres, conferencias, Golvivencia y demás actividades: la motivación que ustedes nos brindan no puede cuantificarse. A mi equipo de trabajo de DyC, gracias por el respaldo y continuo crecimiento conjunto: Dane Hincapié, Juan Esteban Criales, Santiago Estrada, David Uribe, Yasmín Hernández, Gustavo Ospina, Joan Lanz, Wilmar Roldán, Luis Fernando Montoya y Luis Alfonso Sosa. No puedo dejar de mencionar a Nelson Gaviria, uno de los hombres más generosos que he conocido, compañero de espacios pedagógicos que me posibilitaron aprender de uno de los mejores.

A Juan Esteban García, por rescatarme en momentos difíciles y darme la confianza en un contexto en el que el no tener un título de licenciado en educación física o de profesional en deporte es sinónimo de inferioridad: gracias por darme la posibilidad de demostrar que un comunicador-psicólogo amante y estudioso del deporte puede estar a la altura de retos de altísimo nivel en ese *campo*. A Jorge Escobar, por no cortarme las alas y confiar en mis aportes: quedan muchos aprendizajes que tendré presentes en mi vida.

Debo un reconocimiento a mis amigos y compañeros de cabina de radio Santy Martínez, Chemo Quiroz, León Machado, Posadita, Adolfo Martínez, Franck Piedrahita, Alfredo Velásquez, Danny Marulanda y Armando de la Hoz, por haberme valorado y respetado como profesional del periodismo deportivo pese a la diferencia de edad y experiencia entre ellos y yo. Llegó el momento de devolver lo recibido, esperando que sea más que letra muerta para avalar un título académico o un saber personal y aporte a distintos procesos en Colombia y el mundo.

Dilo.

Tabla de contenido

Introducción 11
Justificación 17
Antecedentes 20
Contextualización de la violencia en el fútbol 20
Antecedentes investigativos 25
Antecedentes teóricos 28
Bourdieu: un referente para la observación 29
Estructura social 30
Campo 33
Habitus 35
Reproducción social 37
Preguntas y objetivos de investigación 40
Pregunta de investigación 40
Objetivo general 40
Objetivos específicos 40
Método 41
Diseño 43
Participantes 43
Producción de datos 45
Procedimiento 49
Procedimiento análisis de los datos 50
Aspectos éticos 52
Resultados 55
Campo del fútbol espectáculo y el habitus espectador 57

Habitus aficionado 60
Habitus hincha 63
Habitus barrista 69
Los capitales económico y simbólico en la violencia asociada al fútbol espectáculo 82
La familia: campo estructural y estructurante del habitus 110
La familia como campo de reproducción del habitus barrista 111
La barra como estructura familiar 119
El amor como motor para la violencia 128
Reproducción de la violencia en el campo del fútbol espectáculo 131
Excluir como estrategia recurrente para buscar la convivencia 135
Reproducción- fuerza pública 145
Reproducción- medios de comunicación 156
Reproducción- fútbol y futbolistas 169
Discusión y conclusiones 178
La familia como clave de análisis 180
La palabra como elemento simbólico en la violencia 181
Individualización y capital económico como discursos hegemónicos 182
Estrategias para la convivencia 184
Medios y espectadores: ¿productores y productos desligados? 186
Alternativas al barrismo y el habitus barrista 188
El habitus violencia en el fútbol y su reproducción social 189
Referencias 192
Anexos 197

Resumen

El presente trabajo busca ofrecer una mirada sobre la violencia en el contexto del fútbol espectáculo que trascienda al énfasis tradicional en las barras y los estadios, considerando, para este ejercicio, la estructura social y la configuración de la violencia en distintas manifestaciones, en el marco del análisis del discurso, incluyendo a otros actores distintos a los tradicionalmente señalados.

La investigación contó, como primer perfil de participantes, con entrevistas a sujetos que han ejercido la violencia física o material en el contexto del fútbol, buscando variabilidad discursiva. En un segundo perfil, se buscó variedad de participantes sin reducirse a los actores visibles del fenómeno, mediante la inclusión de personas que no han participado directamente en algún hecho de violencia física o material.

El fútbol espectáculo tiene distintos tipos de espectadores, aquí definidos como aficionado, hincha y barrista. En este trabajo enfocamos la mirada en el *habitus* barrista, desde la base teórica de Pierre Bourdieu, sin dejar de lado elementos como la reproducción, los capitales y los *campos* en los que otros actores participan de la construcción de la violencia. El *habitus* violento no es una condición individual sino construida con base en la interacción y producida por la valoración contextual de dichos actos.

Como resultado de la presente investigación se evidenció que la violencia se reproduce desde distintas estructuras sociales, con discursos poderosos como la individualización y el capital económico que inciden en las decisiones grupales y estatales, dejando en un plano secundario el análisis de las construcciones colectivas en la violencia y capitales como el simbólico. En esa misma línea, la exclusión, como paradoja, aparece como una estrategia central para buscar la convivencia. La familia, como estructura y como concepto, produce y reproduce la violencia, desde valores como el amor, la solidaridad y la entrega desmedida.

La concepción del otro como un agresor consolida la violencia entre los espectadores del fútbol, por lo que se sugiere la pertinencia de trabajar en estrategias para dar otras lecturas a esa interacción. De igual forma, el fútbol, como *campo*, amerita ser evaluado bajo una crítica en cuanto a la aceptación y validación de acciones de violencia, difícilmente aceptables

en otros contextos. Otros actores, aparte de los espectadores, participan en la estructuración y reproducción de la violencia, por lo que la mirada del fenómeno debería buscar una mayor apertura interpretativa.

Palabras clave: violencia en el fútbol, análisis del discurso, estructura social, habitus, campo, reproducción.

Abstract

This paper aims to provide an overview of violence in the context of football's show that may transcend the traditional emphasis on fans and stadiums, taking into account, for this subject, the social structure and the configuration of violence in different forms, interpreting discourses under the discourse analysis framework and including other non-traditionally mentioned agents.

The research had interviews with people with direct participation in physical or material violence in the context of football soccer, looking discursive variability. In a second profile, variety of participants were sought without reducing the visible actors of the phenomenon, by including people who have not been directly involved in any act of physical or material violence.

The football's show has different types of spectators, here defined as an amateur, swells and *barrista*. In this paper, we focus on the *habitus barrista*, from the theoretical basis of Pierre Bourdieu, without leaving apart elements such as reproduction, capitals and *fields* in which other actors involved in the construction of violence. Violent *habitus* is not an individual condition but built based on the interaction and produced by the contextual assessment of such acts.

As a result of this investigation violence is reproduced through different social structures, with powerful speeches as individualization and economic capital which influence groupal and state decisions, putting down the analysis of the collective construction into the violence and capitals as the symbolic. In the same way, exclusion, as a paradox, appears as a central strategy for looking for coexistence. The family, as a structure and as a concept, produces and reproduces violence, from values such as love, solidarity and unmeasured delivery.

The conception of the other as an aggressor consolidates violence among football fans so the relevance of working on strategies to other readings about that interaction. Similarly, football, as a field, deserves to be evaluated under criticism regarding the acceptance and validation of acts of violence, hardly acceptable in other contexts. Other actors, apart from the

spectators, involved in structuring and reproduction of violence, the look of the phenomenon should have a deeper interpretation.

Key words: violence in football, discourse analysis, social structure, habitus, field, reproduction.

Introducción

"Dividir al mundo en ganadores y perdedores es una tendencia que el fútbol ha incluido en sus códigos. Pero siempre hay que saber reconocer el esfuerzo de aquellos hombres que, en el éxito y en el fracaso, elevan la calidad ética del deporte y, por extensión, la calidad ética de la sociedad", Jorge Valdano, Los 11 poderes del líder.
(Valdano, 2013)

El fútbol espectáculo es una de las prácticas deportivas y culturales más masificadas en el planeta, con millones de espectadores que siguen las competencias de forma directa o a distancia, tanto con la asistencia a los estadios, sitios de desarrollo de los encuentros, como a través de los medios de comunicación, en una dinámica de discusión y cubrimiento antes, durante y después de los partidos.

Los discursos, provenientes de distintos personajes que le dan una alta variabilidad, tienen vida propia en el contexto del fútbol profesional, desde sus distintos actores: jugadores, entrenadores o directores técnicos, árbitros, directivos, periodistas y espectadores, entre otros, se desempeñan como agentes activos de información. Esa cantidad elevada de interesados en el fútbol implica, a su vez, la movilización de discursos de diversa índole: descripciones de las acciones dentro del terreno de juego y calificativos sobre el desempeño de los deportistas y jueces coexisten con las manifestaciones verbales entre, acerca y hacia los espectadores. Dentro de esa gama de interacciones la violencia aparece como una categoría principal, representada en ataques, burlas, voces de odio y división y sus respectivas explicaciones, justificaciones, disculpas y culpabilizaciones (Wetherell & Potter, 1987).

El lenguaje juega su propio partido en este contexto. Los diálogos se sostienen en el bar, la tienda, el parque, el centro comercial o las conversaciones en las redes sociales virtuales. La interacción temática no se limita a los estadios o a sus alrededores. El fútbol pasó de ser un juego, a convertirse en un deporte y luego a un negocio más allá del ingreso a los escenarios de competencia, rentable por la masificación alcanzada, en buena medida, por la presencia avasalladora en medios masivos de comunicación. Con el crecimiento del fútbol como espectáculo masificado se dieron, además, conformaciones de grupos de apoyo a equipos y deportistas en competencias oficiales, con el decidido impulso de posicionamiento de los medios de comunicación, y de la televisión en especial medida, como mercancía simbólica.

En las interacciones discursivas con respecto al fútbol se comunica y se ponen en evidencia las ideas de agresión que se convierten en acciones: el discurso y los hechos fácticos se entrelazan en ese contexto del espectáculo deportivo. En esa diversidad de información que se desplaza de unos a otros se presentan desde ideales sociales, como la solidaridad y el respeto, hasta la incitación a la violencia o contenidos explícitos de ofensa al otro. En el marco de la rivalidad deportiva se construye una apreciación equivalente a la enemistad, en la que el otro es un "tramposo", un "perdedor" o un "inferior", con base en el historial de triunfos y derrotas de distintos equipos profesionales como ingrediente para dirigir un ataque entre espectadores con distintas preferencias.

Con la presentación de un partido como "de vida o muerte", frase expresada dentro de ese repertorio comunicacional futbolístico, se pone a circular la posibilidad de asumirlo de manera literal, así no sea la intencionalidad propia del autor de la frase oral o escrita. Como expresó Eco (1990), no se pueden evitar interpretaciones que permite el texto, siempre que el contexto las posibilite, aunque no estuvieran en la conciencia del autor. La derrota de un equipo, en esa metáfora de vida o muerte como perder y ganar en el deporte, es el fin de la vida propia o ajena.

Como parte de esos discursos que se movilizan en el contexto, las versiones dominantes sobre la violencia en el contexto del fútbol espectáculo son reduccionistas, en cuanto a los contextos y actores. Se leen, se escuchan, se expresan frases que apuntan a lugares bastante predecibles: la mirada se enfoca en los estadios y las barras. De igual forma, las estrategias de neutralización apuntan a que las personas no se agredan o maten en esos espacios. Muchas medidas a nivel local y global buscan la regulación de los espectadores en los estadios y al establecimiento de protocolos de seguridad para evitar los choques en esos lugares, pero pocas veces han apuntado a asuntos, lógicamente más complejos, como el transformar imaginarios de eliminación del rival, concepciones del otro como enemigo y posesión territorial con muerte para quien se digne cuestionar esas fronteras del nosotros-ellos.

Esta idea de mantener esos espacios "libres" de violencia (al menos con pocos hechos de agresión física o material), es la que ha impulsado ideas como la "Cultura Estadio" y otras

más, que han disminuido las manifestaciones de violencia en los estadios y sus cercanías pero han consolidado el desplazamiento del sitio de confrontación. Si no se matan en los estadios pero lo hacen en calles o carreteras (como pasa en un porcentaje mayor, al menos para el caso colombiano), sería erróneo considerar que se logró el objetivo de erradicar, o al menos disminuir considerablemente, la violencia asociada al balompié.

La violencia en el fútbol, si es que puede categorizarse de esa forma, tiene elementos socioculturales adicionales a lo plasmado en los escenarios deportivos y que es necesario llevar a la reflexión, además de sensibilizar a la población en general en cuanto a sus roles específicos y cómo, desde sus acciones cotidianas, pueden contribuir a la convivencia. Sin embargo, y pese a que los ojos de los medios de comunicación y, por extensión, de la opinión pública se enfocan en lo que se desarrolla en ese deporte y, más específicamente, en los estadios y sus cercanías, algunos autores, como el periodista argentino Pablo Aro Geraldes (2007), proponen incluso que hablar de "violencia en el fútbol" es errado, al considerar la violencia como un fenómeno de bases estructurales mucho más profundas:

> La violencia está en las favelas de Río de Janeiro, en las calles de Medellín, en las noches de México, en los trenes de Buenos Aires. No es propiedad de los estadios, y mucho menos su producto. El fútbol es una fuente de alegrías, de estética, de vida sana, no de conductas delictivas. Por eso las autoridades se equivocan cuando hablan de "*erradicar la violencia en el fútbol*" mientras esa misma violencia sigue creciendo en las bases de la sociedad. Aunque parezca sólo una discusión semántica, el tema va mucho más allá: la violencia en el fútbol no es del fútbol.

Ese contexto social que puede interpretarse como raíz de las expresiones tangibles de violencia en el fútbol aparece con insistencia en los relatos publicados en distintos medios. Aparte de las célebres tragedias en el continente europeo, en Latinoamérica se dieron hechos de muerte originados en los estadios, entre ellos ese episodio llamado La guerra del fútbol que fue reseñado por el historiador y periodista Ryszard Kapuscinski (1988), en una relación directa con asuntos políticos:

> Los hinchas de Honduras fueron acomodados en un lado del estadio y los de El Salvador en el opuesto, sentándose en medio cinco mil policías mexicanos armados

con imponentes porras. El fútbol ayudó a enardecer aún más los ánimos de chovinismo y de histeria seudopatriótica, tan necesarios para desencadenar la guerra y fortalecer así el poder de las oligarquías en los dos países (p. 215).

Al revisar las publicaciones de medios masivos de comunicación, dialogar con distintos espectadores o con personas del común se escuchan descripciones del tema con el mismo corte de argumentos: la violencia se da porque hay "unos pocos delincuentes disfrazados de hincha", se reitera como sentencia inalterable de la realidad. Se ignora, casi en la totalidad de relatos, la incidencia, directa o indirecta, de los demás actores que construyen ese tipo de acciones, dentro y fuera del contexto específico.

El cubrimiento mediático de los hechos devela unas concepciones muy puntuales, compartidas por buena parte de la población y consolidadas en la opinión pública, con la visión del violento como desadaptado y opuesto a lo que se espera socialmente de un hincha, como consta en los siguientes ejemplos de publicaciones en medios colombianos impresos y electrónicos: los titulares del diario El Colombiano: "¿Medellín ha sido laxa con los hinchas desadaptados?", (Serna, 2013); y del canal CMI, ante la agresión al futbolista Vladimir Marín, con: "Jugador del Medellín víctima de hinchas desadaptados en Ibagué", (CMI, 2015).

En otro plano se separa al llamado desadaptado (o también nombrado, por los medios y personas del común, antisocial, psicópata, sociópata o, sencillamente, loco) del hincha, como dos categorías bifurcadas. "Esos no son hinchas sino delincuentes", es una de las expresiones más recurrentes en medio del interés por explicar por qué en el contexto se configuran sujetos que llegan a la violencia física o material. Se asume que el fútbol es un contexto de paz. Se interpreta, desde esa perspectiva, que la violencia viene desde afuera del fútbol y se ve a quienes ejercen algún tipo de agresión física como los que ponen en riesgo ese ambiente tranquilo: se concibe a sus actos como indicadores de no tener la legitimidad para ser llamados "hinchas".

Esa concepción se representa en declaraciones como las de dirigentes de clubes, como los argentinos Cantero y Bugallo, en su momento presidentes de Independiente y All Boys: "No estoy en contra de los hinchas sino de los delincuentes", (Cantero, 2012); y "Los barras no son hinchas sino delincuentes", (Bugallo, 2014). Coincide con la postura de

comunicadores como Jorge Barraza: “La violencia emanada de las barras bravas (que no son hinchas, sino delincuentes o pandilleros que se suben al carro del fútbol porque es fácil abordarlo y siempre hay algo para sacar)” (Barraza, 2014).

En síntesis, el discurso hegemónico pone la violencia al margen del ser espectador del fútbol, como si existiese una relación de incompatibilidad entre ser hincha y ser agente activo de violencia, como si el ser hincha implicara, por sí mismo, tener acciones o conductas pacíficas con los otros. En contraste con la postura expuesta por el diario El Mundo de Medellín (2011), que propone un nuevo modo de análisis, de no entender a los sujetos violentos en el fútbol como delincuentes disfrazados de hinchas, sino como hinchas que agreden:

> Pero, ¿son hinchas? Las mismas autoridades responden: llevan años yendo al estadio sagradamente, amparan a sus equipos con la compra fiel de las boletas, usan camisas, distintivos, los siguen por buena parte de la geografía nacional, llevan tatuado su nombre y su escudo, cantan y brincan en las graderías sin parar, ¿qué otra cosa pueden ser sino, justamente, hinchas?

Numerosos relatos periodísticos y académicos hacen referencia a la violencia en el fútbol como algo exclusivo del barrismo y sus integrantes. Tal es el caso del texto de Fernández (2008), en el que el comunicador argentino expone su interpretación del fenómeno en ese país:

> Primero empiezan peleando por la camiseta, después por dinero, hasta que finalmente lo hacen por poder. Y es tan grande la ambición y la locura que son capaces de matarse entre ellos. Hoy la mayoría de ellos están entre rejas y, por un tiempo bastante largo, no molestarán a nadie. Ojalá todos los que hayan sido cómplices caigan presos y el fútbol argentino vuelva a ser una fiesta para la familia. (p.135)

Con respecto a las barras y sus integrantes se puede caer fácilmente en las generalizaciones que, por consecuencia, conducen a una comprensión sesgada del fenómeno: existen sujetos hinchas o barristas que matan, pero sería erróneo concluir que todo el que se identifica como hincha llega a ese tipo de actos extremos. Eso sí, la consideración de la

violencia debe trascender a los actos que, con mayor frecuencia, son expuestos en los medios masivos por su carga sensacionalista que genera audiencias masivas. Se requiere, para superar esos reduccionismos, incluir nuevas formas de interpretar la construcción de la violencia más allá de los actos de escándalo mediático y además incluir, en esa postura compleja, a otros actores que participan de ella.

Desde este ejercicio se pretendió ampliar la mirada que, sobre el fenómeno, se tiene desde actores políticos, mediáticos (entre ellos, gobernantes a nivel local, nacional e internacional, funcionarios públicos y periodistas deportivos y judiciales) y cómo esas posturas inciden en la opinión pública, ofreciendo una perspectiva que evidencie la relevancia de indagar más profundamente las causas de la violencia: de esta manera se busca propiciar una contemplación crítica, a su vez, de todos como agentes activos de ese proceso. Para ello se abordó el fenómeno desde los planteamientos teóricos de Pierre Bourdieu con sus conceptos de estructura social, *campo*, *habitus* y reproducción social, configurando una visión dialéctica entre subjetividad y objetividad. Desde este piso teórico construimos una perspectiva con respecto a las estructuras sociales que permiten la emergencia de la violencia en el fútbol espectáculo, a partir del análisis crítico del discurso de personas que han ejecutado acciones de violencia física o material y la inclusión de sujetos asociados directa o indirectamente con ese contexto, para develar aspectos estructurales productores de violencia de tipo simbólica, gestual o verbal, en las que otros actores son partícipes adicionales a quienes entran en la confrontación física o material.

Uno de los propósitos fundamentales del trabajo fue encontrar y visibilizar diferentes elementos a los analizados tradicionalmente del fenómeno de violencia en el fútbol que contribuya a su comprensión identificando cuáles son las estructuras sociales que permiten que se genere el fenómeno de la violencia en ese contexto, aspecto en el que se enmarca la pregunta de investigación; llevar a un nivel de análisis distinto al hablar de las barras y de los estadios como actores y contexto exclusivos de la violencia en ese espacio, caminos recorridos con insistencia en la lectura del fenómeno, como veremos en los antecedentes.

Justificación

Varios aspectos favorecieron el desarrollo de la investigación. Entre otros, la cercanía con el contexto, desde el periodismo deportivo, como Coordinador Operativo de Hinchas por la paz (2010-2013) y como Coordinador General de Deporte y Convivencia (2013-2016) del INDER Medellín. Estos dos últimos roles han posibilitado una participación en espacios de encuentro con distintos actores relacionados, directa o indirectamente, con el fútbol espectáculo y sus manifestaciones, entre ellas de la violencia entre espectadores identificados como hinchas de distintos conjuntos y agrupados, en muchos casos, en grupos de apoyo conocidos como barras.

Esa presencia en instancias como la Mesa de Seguridad, Comodidad y Convivencia en el Fútbol y la Mesa Pedagógica y de Convivencia en el Fútbol y la coordinación y el desarrollo de talleres, charlas y conferencias con población involucrada con el tema implica facilidades en cuanto al contactar a los participantes, los recursos económicos a invertir y los tiempos para los encuentros que facilitaron la información requerida para favorecer los análisis esperados. La participación activa en esos escenarios, adicionalmente, podría facilitar que los resultados tengan cierta receptividad a nivel comunicacional, político y administrativo, en entes decisorios sobre inversión presupuestal y en la generación de políticas públicas que favorezcan procesos pedagógicos de base.

La violencia en el contexto del fútbol espectáculo es un fenómeno presente en buena parte del mundo. Muertes, lesiones, agresiones verbales, odios y enemistades son, entre otras, acciones ejecutadas por hinchas del fútbol y emergen, de igual manera, diferentes inquietudes al respecto: ¿existe la violencia en el fútbol o es la violencia estructural la que se hace visible en ese contexto? ¿Cuáles estrategias se pueden emplear para contrarrestar o, como mínimo, aminorar la violencia presente en el fútbol espectáculo? ¿Es el fútbol, por sus dinámicas específicas, el aspecto responsable de las confrontaciones entre sus espectadores? Esos interrogantes obedecen a un interés vigente en distintos países, organizaciones, programas y proyectos públicos y privados por comprender y desarticular las manifestaciones de la violencia, entendida, dentro de una variabilidad conceptual, como producto de factores estructurales de la sociedad, como expresión de *campos* en los que se favorece el ataque entre

sus participantes o como una incidencia bidireccional, dialéctica e indivisible de estructura-*campo*.

El presente trabajo pretende aportar a la ampliación de la mirada del fenómeno de violencia en el fútbol, tradicionalmente visto como algo intrínseco y producto del propio *campo*, para considerar, además, asuntos estructurales de la sociedad. Desde esa perspectiva se podrían arrojar aspectos que propicien una comprensión mayor de otras manifestaciones de violencias sociales, con elementos de intersección como la diferencia y la competencia, presentes en el fútbol pero también en otras formas de interacción humana.

El fenómeno de violencia en el fútbol, adicionalmente, ha sido mirado desde la barra y sus integrantes, con las dinámicas y representaciones internas que se producen. Esta propuesta tiene como novedad el plantearse desde la consideración de las estructuras sociales que permiten que se genere el fenómeno de la violencia en el fútbol espectáculo, considerando distintas prácticas sociales que atraviesan la cultura y que trascienden el propio *campo* del fútbol espectáculo, más allá del estadio y de las barras, como son: ganar y perder a nivel de la vida cotidiana y su relación en la competencia deportiva en el rol de espectadores, el respeto a la diferencia visto desde distintas manifestaciones y llevado al plano de los espectadores del fútbol de alta competencia, las concepciones de pertenencia territorial (barrio, zona, región…), entre otros.

El trabajo tiene entre sus pretensiones el contribuir a la generación de transformaciones benéficas a nivel social, con la comprensión de elementos que favorezcan la convivencia. Los intereses del investigador son el poder aportar herramientas para sus proyectos pedagógicos emprendidos a través del deporte, como medio usado para la sensibilización social, y en el deporte como contexto que ha estado afectado por expresiones de violencia. Se busca dar luces sobre esas distintas causas, dentro de un horizonte de complejidad, y ofrecer alternativas de interpretación del fenómeno, que contribuyan al momento de elaborar políticas públicas, proyectos educativos y sociales en términos de sensibilizar a los distintos actores y entidades involucrados con el fenómeno.

El fútbol es una de las actividades humanas más masificadas y, con ello, uno de los contextos donde se presentan hechos de violencia que ameritan lecturas que contribuyan a su

comprensión y aporten herramientas para la intervención. Desde esa perspectiva, el tema elegido es de alta relevancia social, tanto para los casos locales y nacionales como para servir como referencia a países de todo el planeta: el fenómeno se presente en distintos países y las consideraciones aquí reseñadas pudieran servir de referencia para el desarrollo de distintos procesos de investigación e intervención.

Desde la revisión bibliográfica efectuada podemos manifestar que la presente propuesta aporta a la teoría existente en cuanto a la comprensión del fenómeno de violencia en el fútbol. De igual forma, por la pertinencia del tema a nivel local, se podrán tener más insumos para la toma de decisiones a nivel de la estructuración de programas a nivel de la administración pública local, regional y nacional, identificando aspectos a trabajar desde distintas estrategias pedagógicas con enfoques de prevención de la violencia y promoción de la convivencia. De este ejercicio emergieron dispositivos a considerar para la elección de las poblaciones a intervenir, metodologías a implementar y temáticas a abordar con esos distintos grupos o sujetos, tanto a nivel escolar, comunitario, comunicacional o demás espacios de interacción.

La experiencia en la coordinación de una acción que busca la prevención de la violencia y la promoción de la convivencia en el deporte, y muy prioritariamente en el fútbol, ha aumentado el interés personal y profesional en buscar alternativas para atender esa necesidad social para comprender e intervenir esas distintas manifestaciones de violencia, a través de aportes para programas, proyectos y metodologías a nivel pedagógico o de intervención psicosocial.

Antecedentes

Contextualización de la violencia en el fútbol

> "Vestidos de negro, enfundados en chalecos antibalas y armados con los más sofisticado rifles y elementos de vigilancia, 300 miembros de la fuerza de seguridad especializada Raid (investigación, ayuda, intervención y disuasión) son los encargados de evitar sorpresas del terrorismo o de los hooligans durante el Mundial Francia 1998", (Revista Cromos, 1998).

El fútbol se ha concebido como una batalla simbólica entre dos partes, en un espacio físico determinado y bajo aspectos reglamentarios que regulan las acciones dentro del terreno de juego y buscan mantener la convivencia entre jugadores y directores técnicos. "Mientras la postura antigua asumía el deporte como una guerra real –destruir al contrario- la mirada civilizatoria entiende el deporte como una metáfora de aquella" (Medina, 1998).

Dentro de la cancha, los actos de violencia entre deportistas y cuerpos técnicos son controlados o evitados, en una mayoría de casos, por la figura del árbitro central y sus respectivos asistentes arbitrales. El estudio de la violencia en este contexto, generalmente examinado desde los ataques físicos (y no tanto desde otros tipos de manifestaciones) entre dos personas o grupos, se ha enfocado en lo que ocurre entre los espectadores, más que en los futbolistas, entrenadores y otros actores.

La violencia en el fútbol, extendida por buena parte del continente europeo, concibió abordajes como el de Holanda, motivado por un enfrentamiento masivo de hooligans de Feyenoord y Ajax en 1997, que dejó la muerte de Carlo Picornie. Uno de los aspectos llamativos del caso es que se trató de un enfrentamiento acordado previamente entre ambos grupos.

El fútbol internacional ha tenido su mayor auge desde el siglo XX, con la organización de campeonatos a nivel de selecciones y de clubes como la Copa Mundial de la FIFA, la Eurocopa, la Liga de Campeones- *Champions League* (anteriormente llamada Copa de Europa), la Copa América y la Copa Libertadores. Con ellos se dio la masificación de la afición y también de la violencia, incrementada exponencialmente desde las décadas de los 70

y 80, con enfrentamientos grupales o con sujetos aislados o desarticulados y con tragedias célebres, si bien con raíces distintas pero en las que la muerte fue el factor común, como las de Heysel (Bruselas, Bélgica, en 1985), y la de Hillsborough (Sheffield, Inglaterra, en 1989).

El gobierno de Margaret Thatcher, aprovechando el impacto en la opinión pública con respecto a los acontecimientos, ordenó la realización de investigaciones, cuya confiabilidad ha sido cuestionada, años después -con la aceptación de los errores de esa época por parte del actual primer ministro, David Cameron-, por distintas fuentes periodísticas inglesas. Por ejemplo: "la policía escondió sus propias fallas y trató de desviar la culpa hacia los aficionados" (BBC, 2012); y "Un informe independiente mostró que la policía trató de encubrir fallas catastróficas untando vergonzosamente a los aficionados al fútbol de Liverpool, fijando la culpa en ellos", (The Sun, 2012). Precisamente, el diario The Sun (2012), 23 años después del hecho, presentó excusas por haber replicado las versiones oficiales del gobierno, en las que se ocultó, entre otros detalles, que se podrían haber salvado 41 de las 96 víctimas de Hillsborough: "Estamos profundamente avergonzados por los informes falsos".

Pero no todas las posiciones quedaron en contra de Thatcher. El periodista Jeff Powell (2013), escribió en el Daily Mail, cuando, con motivo de la muerte de la *"Dama de Hierro"*, no se guardó minuto de silencio en el clásico Manchester United- Manchester City:

> ¡Qué tan pronto olvidan, a medida que tomaron sus asientos cómodos en la noche del lunes, sintiéndose seguros mientras disfrutaban del partido…! ¿Cómo podrían haber reflexionado sobre la mujer sin la cual nunca se hubieran incorporado estos estadios relucientes? ¿Y qué sería del fútbol inglés hoy si Thatcher hubiera permitido que la violencia amenazante y el *hooliganismo* tribal hubieran saciado su sed en él?

Independiente de esas apreciaciones, muy pertinentes actualmente, en aquel momento esas investigaciones fueron el soporte para la promulgación del *Informe Taylor* (1989) y el *Football Spectators Act* (1989), para erradicar a los llamados *hooligans* (o hinchas con conductas de violencia de diversa índole) y aumentar la seguridad en los estadios, con modificaciones de tipo arquitectónico, tecnológico y legislativo.

Pese a la creencia masificada, del modelo inglés como el abordaje ideal para la búsqueda de la convivencia, dichas medidas no lograron erradicar la violencia asociada al fútbol: salió de los estadios casi en su totalidad, pero se siguió presentando en espacios no tan visibles para la opinión pública, como consta en hechos, de una larga lista de incidentes en Europa, como estos: la muerte de un hincha galés, agredido por ingleses en las afueras del estadio de Wembley (Reuters, 2011); y manifestaciones de racismo por parte de hinchas del Chelsea de Inglaterra en el Metro de París, con agresiones físicas y verbales (Soccer, 2015), y en el Metro de Londres, luego del partido ante Tottenham (Herald, 2015). La violencia en el fútbol europeo está lejos de desaparecer, aunque cada vez ocurra en sitios menos visibles: poco cubrimiento de los medios tuvo el enfrentamiento entre hinchas de Borussia Dortmund y Bayern Munich, en las afueras del estadio de Wembley, en la previa a la final de la Champions 2013.

Algunas de las propuestas de los informes británicos tuvieron eco en la dirigencia del balompié mundial, con su adaptación en distintos países. Tal fue el caso de Colombia, que, para poder albergar el Mundial Sub-20 en 2011, debió hacer un retiro de las mallas de seguridad de sus estadios, entre ellos el Atanasio Girardot de Medellín.

En 2009, y como respuesta a los hechos reiterados de violencia entre espectadores del fútbol en el país, en Colombia se formuló la Ley 1270, por medio de la cual se creó la Comisión Nacional para la Seguridad, Comodidad y Convivencia en el Fútbol. En 2014 esa comisión construyó y publicó el Plan Decenal de Seguridad, Comodidad y Convivencia en el Fútbol 2014 – 2024 (2014):

> El Plan Decenal aborda dos perspectivas: una de corto plazo, que se dirige al control y prevención de las manifestaciones violentas asociadas al fútbol, mediante la consolidación de las medidas y acciones policiales, el fortalecimiento de la Comisión Nacional y las Comisiones Locales de Seguridad, Comodidad y Convivencia en el Fútbol, el desarrollo de planes y protocolos de seguridad y contingencia que se aplicarán dentro y fuera de los estadios, y el afianzamiento tecnológico al interior de los mismos.

El Concejo de Medellín institucionalizó el Acuerdo Municipal 78 de 2010, la política pública Barras Fieles, con el objetivo de "promover y estimular la convivencia y el buen comportamiento ciudadano alrededor de los espectáculos públicos deportivos, en especial el fútbol, a través de estrategias educativas y de control, además de seguimiento por parte de las autoridades" (Concejo de Medellín, 2010, pág. 1).

A nivel de clubes colombianos, aparte de los enfrentamientos de barristas en estadios ampliamente reseñados en crónicas periodistas y redes sociales por los propios espectadores, algunos momentos de celebración han finalizado con fatalidad: "Entre riñas, pólvora y accidentes de tránsito, en gran parte situaciones asociadas a la celebración por el título de Atlético Nacional en la Liga Postobón, se reportaron 2 personas muertas y 13 lesionadas en la noche del domingo y parte de la madrugada de este lunes" (Loaiza, 2013).

Diversas crónicas correlacionan la violencia en el fútbol y las reacciones de los hinchas ante derrotas o adversidades de los equipos de preferencia, pero también se registran hechos de similar amenaza para la integridad o la vida en contextos de victoria. Encontramos casos específicos de muerte en contextos de éxito deportivo, como las agresiones desatadas en Alemania con el triunfo de su seleccionado nacional en la Copa del Mundo Brasil 2014, que dejó varios heridos y un muerto, según informó la Agencia EFE: "Un joven de 19 años murió anoche apuñalado en un cine de Bremen (norte de Alemania) que proyectaba en varias de sus salas la final del Mundial de fútbol de Brasil, que enfrentó a las selecciones de Alemania y Argentina" (EFE, 2014).

Como parte de las formas más frecuentes de interpretación del fenómeno, suele asociarse la violencia en el fútbol con enfrentamientos entre hinchas de clubes, y es probable que allí se marque la tendencia estadística, aunque los partidos de selecciones nacionales que participan en campeonatos de primer nivel, con la exacerbación del patriotismo, las celebraciones desmedidas y la combinación de factores como el consumo de alcohol y sustancias alucinógenas, no están exentos de tragedia.

En Colombia, mientras la Selección obtenía su mejor actuación histórica en ese mismo certamen -Brasil 2014-, en el que llegó hasta cuartos de final, se registraban hechos trágicos tras la victoria ante Grecia (en su primera presentación en el certamen), que motivaron

declaraciones como la del entonces alcalde de Bogotá, Gustavo Petro: “La celebración del mundial dejó 3.000 riñas, 15 heridos, 9 muertos. Así no es. Mañana consejo para plan del jueves”, (Petro, 2014). “Por qué las celebraciones en Colombia terminan con muertos”, fue el titular del artículo de BBC Mundo en ese momento, a la vez que evocaron otro suceso glorioso para el fútbol colombiano, la victoria ante Argentina por las Eliminatorias a Estados Unidos 94, y su desgracia encadenada: “Y aunque algo tapados por la felicidad del 5 a 0 infligido a Argentina en ruta al Mundial de 1994, los colombianos no olvidan los 76 muertos y 912 heridos de aquella apoteósica celebración” (Wallace, 2014).

En Sudamérica la influencia mayor en aspectos directamente relacionados con la violencia en el fútbol se remiten a Argentina. Pero ese fenómeno ha ido más allá de las fronteras y Colombia no está al margen de la muerte y las agresiones asociadas a este contexto. Adicionalmente, desplazamientos en condiciones de alto riesgo y encuentros en carreteras o calles entre hinchas de distintos equipos que terminan en muerte. Únicamente contando sucesos en esas características, la lista es larga, cada uno con su historia particular y sus desencadenantes específicos: Diego Céspedes (Tolima), Óscar Sandino (Millonarios), Juan Manuel Bermúdez (América), Sebastián Jiménez (Chicó), Daniel Sánchez (Once Caldas), Ángel González (Deportivo Cali), Julián Morales (Nacional), Daniel Esteban Guisao (Independiente Medellín) y un largo etcétera. Cuando uno o varios pierden su vida se menciona, como consuelo, que “murió en su ley” (El Heraldo, 2014).

Como esos hechos no se presentan en los estadios son vistos como no propios del contexto, como señaló El Tiempo (Tiempo, 2013):

> La mayoría de los hechos no tienen lugar en los estadios. Se presentan en los alrededores de estos escenarios deportivos, en los barrios donde se reúne la hinchada o en las carreteras. Por eso, la Federación Colombiana de Fútbol no los cuenta como episodios de violencia relacionados con este deporte; solo reconoce la muerte de un hincha en los últimos 20 años.

Esa misma fuente publicó el testimonio de Gustavo Morelli, jefe de seguridad de la Federación Colombiana de Fútbol: “Que me muestren las pruebas y los fallos judiciales en los que se certifica que estos muchachos han muerto por culpa del fútbol, y les creo” (2013).

Luego de este relato sobre cómo se comprende el fenómeno a nivel local, nacional y global, haremos una revisión de los antecedentes de investigación y ver cómo se ha trabajado la relación violencia -fútbol desde la academia y las ciencias sociales, antes de presentar, más ampliamente, nuestra propuesta metodológica y teórica en el presente ejercicio académico.

Antecedentes investigativos

Tradicionalmente, se ha hablado del deporte como una práctica favorable para la convivencia, tanto para sus deportistas como espectadores, incluso visto como pócima mágica para erradicar la violencia. En Colombia, sobre esa noción, que sigue siendo asumida por distintos actores, se tiene registro desde varias décadas atrás: "Igualmente durante los primeros años del fútbol profesional siempre se hizo una alusión constante a que el deporte sería una suerte de antídoto contra la violencia" (Zuluaga Ceballos, 2005, pág. 138).

En el debate teórico planteado en áreas como la sociología se interroga sobre los beneficios producidos por el deporte o sus potenciales destructivos, reconociendo "…la existencia de ideologías diametralmente opuestas que resaltan, por un lado, que el deporte podría ser un sustituto de la guerra y, por otro lado, que es un vehículo ideal para el entrenamiento militar porque acrecienta la dureza y la agresividad de quienes participan en él" (Elías & Dunning, 1992, pág. 13).

Si bien el deporte pudiera, bajo ciertas consideraciones, ser un medio apropiado para favorecer el respeto y las relaciones armónicas en medio de las diferencias también irrumpe como un medio eficaz para la aniquilación simbólica o real de la otredad, el juego sucio, la trampa y demás expresiones de lo que podríamos considerar opuestas a la convivencia. Bajo esa perspectiva hegemónica y vigente del deporte como fuente inexorable de paz, también consignada en publicaciones cuando apenas llegaba el fútbol espectáculo a este país, como El Tiempo (1948), sería difícil vislumbrar la emergencia de tantos y tan variados actos de violencia:

> A las pasiones políticas tan fieramente enardecidas tenemos que oponer un apasionamiento deportivo, sano y auspiciador de un mejoramiento de raza, ya que nuestras juventudes en vez de enrutar por el camino del embrutecimiento alcohólico se

> dedicarían al limpio ejercicio del músculo, a la emotiva y alegre fiesta de los estadios (p.17).

En la actualidad, no resulta tan convincente ese plan de estimular el apasionamiento extremo en espectadores del deporte como iniciativa que evite la confrontación violenta de los jóvenes. No parece servir como lugar para la sublimación de malestares originados en el terreno político.

El fenómeno de violencia en el fútbol se ha investigado desde asuntos como la identidad, desde la visión de la masculinidad, como efecto discursivo, entre otros. En la revisión de la producción científica se encuentran trabajos desde conceptos propios del contexto como el aguante, uno de los elementos más recurrentes en varios de los estudios. "'Tener aguante' es una propiedad de los que hacen del verbo aguantar una característica distintiva. Para acceder a ésta hay que 'pararse', 'no correr', 'ir al frente' (Alabarces & Garriga Zucal, 2007, pág. 277).

Garriga Zucal (2014) reconoce las prácticas violentas como una de las tres cualidades características de la "hinchada" -las otras dos son fidelidad y fervor al equipo preferido-, ejercida como mecanismo para defender, según su concepción, el honor o prestigio del club apoyado.

Alabarces y Garriga Zucal (2007) trabajaron la violencia asociada al fútbol desde el cuerpo y encontraron que:

> Es el cuerpo, luchando contra rivales y compañeros, la herramienta que asegura la identificación con el grupo de pares; es la acción, la práctica, el elemento que delimita el ingreso al grupo. De esta forma, analizamos la existencia de identificaciones y la construcción de colectivos que se centran en las prácticas y en las acciones. Los discursos identitarios, que crean y recrean "otros" y "nosotros", tienen diferentes dimensiones: narrativas, gestuales, corporales, escritas, etc. (p. 275)

En otras investigaciones se exploró el tema desde la identidad y las representaciones sociales como elementos presentes en el acto de la utilización voluntaria de la violencia:

"…cobraron importancia aquellos líderes o incluso élites que manipulan conscientemente a otros actores sobrecargándolos emocionalmente para que ejerzan la violencia de forma instrumental" (Gil, 2008, pág. 159).

Elwert (2003) propone el concepto "mercados de violencia", que sería retomado por otros autores, en el que sugiere la instauración de un contexto de interacción antagónica, con el uso de la violencia como herramienta de poder y como estrategia para la obtención de beneficios materiales. Se identifica, desde esta perspectiva, una postura paradójica de rechazo-aceptación de la violencia en la que "las distintas representaciones en juego son manipuladas por los sectores de poder que generan 'mercados de violencia' que luego rechazan desde lo discursivo" (Gil, 2008, pág. 137). Gil (2008) expone la relación entre discurso y acción en la violencia asociada al fútbol, en la que los hinchas ejecutan acciones de violencia al ser estimulados por discursos con una alta sobrecarga emocional con respecto a rivalidades creadas pero concebidas como esenciales: el origen de la concepción propia y del otro en narraciones rígidas que señalan un pasado mitológico dentro del cual la violencia es vista como una esencia y no como una construcción.

Para el caso local, ciudad de Medellín, Colombia, Castaño, Uribe y Restrepo (2014) se aproximaron a la violencia en las barras de fútbol, incluyendo aspectos como el fenómeno de masas, el consumo de sustancias psicoactivas y su relación con los comportamientos violentos en el contexto:

> Los barristas poseen una prevalencia de consumo alta de sustancias tanto legales como ilegales. El encuentro deportivo es una posibilidad de consumo, antes, durante y después de los partidos; además, hace parte del proceso de identificación de los barristas, y los comportamientos agresivos son aceptados por las barras como parte de expresión de las mismas, lo que conlleva a la imitación de conductas y actitudes violentas que van desde la agresión verbal hasta la física. (p.105)

Otros autores han abordado el tema desde la masculinidad y su relación con las manifestaciones de violencia en el balompié. González, Pagés y Fernández González (2009) trazaron al deporte como espacio para la validación del modelo hegemónico de la

masculinidad, lo que, de acuerdo con su interpretación, ha favorecido que sean los hombres los protagonistas principales de actos de violencia.

Kerr y de Kock (2002), propusieron explicar el modo de actuar de los hooligans desde los planteamientos de Adler (1982), argumentando que esos espectadores actúan violentamente como fruto del predominio del modo paratélico de acción, que hace referencia a la búsqueda de satisfacción o gratificación inmediata. Del mismo modo, se planteó que la aparición de la policía en el espacio de confrontación surgía como una motivación extra para establecer una especie de juego, adoptando ese tipo riesgos, o incluso algunas agresiones, como elementos placenteros: "Los esfuerzos de la policía por mantener el control, en realidad, puede ser contraproducentes y provocar respuestas por parte de los hooligans que pueden conducir a un aumento en vez de disminuir en la violencia", (Kerr & de Kock, 2002, pág. 3). Se establece una relación de semejanza con los hooligans ingleses, en esa búsqueda común de burlar a la policía como fuente de diversión y satisfacción.

Luego de revisar estos antecedentes investigativos, con perspectivas variadas con respecto a los análisis y conclusiones que han arrojado diversos ejercicios a nivel global, se propondrá una forma de aproximarse a la comprensión del fenómeno. En el presente trabajo abordamos la violencia asociada al fútbol desde los conceptos planteados por Pierre Bourdieu de estructura social, *habitus*, *campo* y reproducción social, para lo que, a continuación, expondremos cómo se articulan esas categorías de análisis y el fenómeno de interés específico.

Antecedentes teóricos

A la violencia asociada al fútbol no se le puede explicar satisfactoriamente desde visiones reduccionistas, deterministas, lineales: de allí que sea menester acudir a modelos que apunten a la interacción entre perspectivas. Al tratarse de un asunto multidimensional debemos apelar a una visualización amplia, en la que cabe la concepción dialéctica, apelando a la complementariedad de miradas: "…superar tanto el análisis estándar de variables aisladas, como la reducción indiscriminada de la complejidad social a factores estadísticamente construidos" (Bourdieu, 2011, pág. 17).

Bourdieu: un referente para la observación

Las posturas teóricas de Bourdieu posibilitan superar las dicotomías entre lo colectivo y lo individual, entre sujeto y objeto y múltiples enfoques que tienden a concepciones de opuestos excluyentes, propiciando un diálogo sin afanes dicotómicos. Bourdieu propone una articulación entre lo individual y lo social, entre subjetividad y objetividad: las estructuras internas de la subjetividad y las estructuras sociales externas o las llamadas objetivas (Giménez, 2002): "De todas las oposiciones que dividen artificialmente el mundo social, la fundamental y más ruinosa es aquella que se establece entre el subjetivismo y el objetivismo", (Bourdieu, 2008, pág. 43).

Como puntos claves para el análisis tuvimos algunos conceptos de Bourdieu como la estructura social, el *campo*, el *habitus*[1] y la reproducción social. Se buscó examinar las causas de violencia asociada al fútbol sin caer en visiones lineales, al reconocer la existencia de una estructura social en la cual se encuentran inmersos los sujetos y grupos que ejercen distintas prácticas de violencia, con la tensión entre lo fáctico y lo simbólico reconocida por Garriga Zucal (2011), estableciendo un paralelo entre las distintas posturas sobre el concepto de violencia desde autores que la relacionan restrictivamente con los actos de agresión física y aquellos que incluyen expresiones de otro orden y no exclusivamente al plano material, en la que aparece la mirada de Bourdieu: "El concepto de violencia simbólica revela cómo la dominación opera en el reconocimiento de las estructuras de poder por parte de los dominados" (Garriga Zucal, 2011, pág. 227).

Desde esta posición epistemológica se favorece, como veremos más adelante, la consideración de lo construido en el fútbol espectáculo con las dinámicas sociales en las que se transita, estableciendo articulaciones entre distintos *campos* y cómo la violencia se visibiliza en ese contexto específico. De igual manera, en medio del juego de relaciones objetivas y subjetivas propuesto por Bourdieu, aparece el *habitus* como aspecto orientador para comprender la estructuración de sujetos violentos en el *campo* del fútbol espectáculo, determinando si se establecen esas prácticas como exclusivas de ese territorio real o simbólico

[1] Cuando hablemos de los conceptos de *campo* y *habitus* desde la posición de Pierre Bourdieu usaremos letra cursiva en este texto, para hacer énfasis en que hacemos referencia a sus planteamientos y no a otras posibles acepciones.

o si, como plantean otras perspectivas, dichos sujetos tienen la violencia como esencia independiente del *campo* en el que los ubiquemos, reconociendo, dentro de esas estructuras, qué relevancia tienen que ver los capitales en juego en ese contexto específico.

El concepto de *habitus*, desde la perspectiva de Bourdieu, es inseparable del concepto de reproducción social, por lo cual es necesario presentar algunas de esas categorías principales en su producción teórica y establecer la relación entre dichos postulados con el fútbol y la violencia en ese contexto. En este ejercicio investigativo buscábamos identificar si el fútbol espectáculo actúa como *campo* reproductor de violencia y si allí se reproducen *habitus* orientados hacia la aniquilación simbólica o real del otro o si dicha reproducción es generada por la estructura social, concebida como lo macro, y no las particularidades del *campo*, que vendría a ser lo micro en esta construcción teórica.

Contamos con una estructura social en la que está englobado el fútbol espectáculo, entendiendo aquel instituido dentro de un sistema de competencia oficial regulado por organismos nacionales, continentales y mundiales. No hablamos de fútbol a secas, considerando los variados espacios en los que esa práctica se efectúa a nivel recreativo y aficionado, pues nuestro interés es conocer ese fútbol masificado para el rol de espectador, lo producido y reproducido mediática y publicitariamente, y cómo allí se manifiesta la violencia. Daremos una mirada a esos conceptos claves de Bourdieu como orientador de nuestro ejercicio investigativo.

Estructura social

La estructura social en Bourdieu[2] no puede ser explicada sin considerar la reciprocidad dinámica entre condiciones objetivas y subjetivas, la correlación entre el *habitus* y el *campo*, el espacio social en el que se reproducen las disposiciones y se incorporan a los cuerpos y las instituciones: los *habitus* como estructuras estructuradas que funcionan como estructuras

[2]Para aproximarnos a la concepción de la estructura social en Bourdieu nos basaremos en sus categorías de *campo*, *habitus* y reproducción social, ya que podría ser reduccionista llegar a una definición directa y detallada con respecto a ella por parte del autor. Con base en la teoría de la práctica indica, "en contra del materialismo positivista que los objetos de conocimiento son *construidos*, y no pasivamente registrados, y, contra el idealismo intelectualista, que el principio de esa construcción es el sistema de las disposiciones estructuradas y estructurantes que se constituye en la práctica, y que siempre está orientado hacia funciones prácticas", (Bourdieu, 2008, pág. 85).

estructurantes (Bourdieu, 2008), sin caer en visiones deterministas o con radicalización del pensamiento objetivista, en las que los sujetos estarían completamente atados a un sistema estructural.

La estructura del espacio social, según las posturas bourdianas, tiene una distribución desigual de los capitales entre sus agentes y es el producto de dos principios de diferenciación: el capital económico y el capital cultural. Si fuéramos a graficar el espacio social, la base de la estructuración estaría en los capitales económico y cultural. Por su parte, el simbólico, representado en elementos como el reconocimiento y los logros, y el social, representado en las relaciones, corresponderían a elementos que abrirían, a sus depositarios, opciones de obtener una mejor ubicación en el espacio social.

Al no tratarse de esencias inalterables, las estructuras se modifican, al igual que las posiciones de los agentes, identificándose dos formas de desplazamiento de los sujetos en el espacio social: "vertical (en el mismo campo, como cuando se pasa de maestro a profesor) y transversal (de un campo a otro), dentro del mismo plano (hijo de maestro, pequeño comerciante) o en planos diferentes (hijo de maestro, patrón de industria)", (Bourdieu, 2011, pág. 18).

Bourdieu (2008) pretende evitar el caer en un enfoque de objetivismo mecanicista, considerando que las formas simbólicas tienen una autonomía relativa de las condiciones objetivas, al tiempo que señala el riesgo del subjetivismo marginalista, reflexionando que el orden social no está formado por la simple suma de órdenes individuales: el valor o incidencia del juicio personal dependerá, en buena medida, de su capital simbólico y la posición que ese sujeto ocupe en el espacio social. Se trata, más bien, de considerar la afinidad dialéctica ya citada entre objetividad y subjetividad a la que tanto alude el autor en su producción teórica.

Bourdieu reivindica la incidencia activa del capital simbólico, el capital cultural y el capital social, marcando una ruptura con el marxismo en contraste con autores que asignaron un papel hegemónico al capital económico como constitutivo y constituyente exclusivo de la estructura. La estructura social no puede ser comprendida bajo la mirada exclusiva de la división de clases ni como esencia inalterable o acabada.

Para examinar la violencia presente en las barras y los estadios, como grupos y escenarios donde se hacen visibles asuntos estructurales de la sociedad, es pertinente profundizar en las raíces que trascienden esos espacios de interacción. Desde la perspectiva de Pierre Bourdieu podemos analizar la violencia en el contexto del fútbol espectáculo como producto de la estructura social, comprendiéndola en una perspectiva dinámica y considerando la complejidad del fenómeno, sin ignorar, a su vez, los elementos particulares del campo del balompié. Bourdieu (2011) propone articular distintas posturas sin caer en esencialismos:

> …hay que rechazar tanto la visión 'estructuralista', según la cual las estructuras, portadoras del principio de su propia perpetuación, se reproducen con la colaboración obligada de agentes sometidos a sus constricciones, cuanto la visión interaccionista o etnometodológica (o, en términos más amplios, marginalista), según la cual el mundo social es producto de los actos de construcción que en cada momento realizan los agentes, en una suerte de 'creación continua' (p.31).

¿Hay una estructura social posibilitadora de la emergencia de la violencia en el fútbol? ¿Habrá una estructura que sustente las prácticas de violencia en ese contexto, con base en la repartición desigual del capital que, como vimos, en Bourdieu no se limita al plano material? Son posibles reflexiones a partir de la observación del fenómeno que nos interesó abordar en el presente ejercicio investigativo.

Se reconoce la articulación entre objetividad y subjetividad en la configuración de las estructuras sociales, por lo que "una ciencia social debe, en primer término, considerar las estructuras objetivas que organizan el mundo social, pero también debe tener en cuenta las percepciones, representaciones y puntos de vista propios de los agentes de ese mundo, por las cuales también luchan", (Bourdieu, 2011, pág. 23). En esa medida, se reconoce la potencia creadora y transformadora del discurso, los imaginarios y representaciones de los sujetos involucrados. Dicha consideración, el reconocer esos elementos activos en la constitución de la estructura, posibilita identificar aspectos estructurales y estructurantes de la violencia que trascienden la esfera del fútbol o que encuentran en él su *campo* de configuración.

Si pretendemos abordar el fenómeno desde Bourdieu y sus posturas teóricas, debemos considerar que el concepto de estructura social es inseparable de los conceptos de *campo*, *habitus* y reproducción social y establecer sus relaciones con el fútbol y la violencia. No basta con considerar la estructura social si no contemplamos las especificidades que pudieran darse en los *campos* que hacen parte de dicha estructura, por lo que el concepto de *campo* será otro componente en nuestra guía de comprensión.

Campo

El *campo* es un espacio social en el que confluyen relaciones sociales determinadas, con algunas características específicas sin que implique total desconexión de otros campos. Sería reduccionista analizar el fenómeno únicamente desde lo que acontece en el *campo* del fútbol, como también podrían desconocerse elementos claves del contexto si únicamente se incluyeran en la observación condiciones de la estructura macro de la sociedad. Para el presente estudio el concepto de *campo* es útil para interpretar lo que sucede en el *campo* del fútbol, en relación con otros *campos*. Bourdieu (2010) ofrece la posibilidad de construcción dialéctica entre estructura general y características del *campo*:

> Las constantes definiciones y redefiniciones de las relaciones de fuerza (definiciones y redefiniciones de posiciones) entre las instituciones y los agentes comprometidos en un *campo*, así como las de los límites de cada *campo* y sus relaciones con los demás *campos*, implican una redefinición permanente de la autonomía relativa de cada uno de ellos, (p.13).

Bourdieu señala una diferencia marcada entre el juego -el fútbol para el caso que nos ocupa- como *campo*, con sus reglas y espacio definidos arbitrariamente como construcción social artificial, con los campos sociales, "como producto de un largo y lento proceso de autonomización, son, si puede decirse así, juegos en sí y no para sí, no se entra en el juego por un acto consciente, se nace en el juego", (Bourdieu, 2008). Igualmente, este autor reconoce que en el juego existen unas estructuras objetivas del espacio, un sentido del juego que posibilita el sentido subjetivo, en el que se establecen condiciones aceptadas y vistas como naturales. Al salir del juego, como explica Bourdieu (2008), las acciones desarrolladas allí pudieran perder el sentido.

En esa medida, para el tema que nos corresponde desarrollar en este trabajo estarían en juego un *campo* constituido artificialmente, el fútbol espectáculo, y un *campo* social construido con un conjunto de acciones dentro de un marco temporal amplio y con la incidencia de aspectos objetivos y subjetivos. Ambos, el *campo* futbolístico dentro de sus dinámicas propias y el *campo* social en el que se presentan los hechos de violencia, que comprenderemos desde sus manifestaciones simbólicas, verbales, gestuales, físicas y materiales, deben ser puestos en diálogo para aproximarnos a una lectura acertada del fenómeno.

Existen visiones generalizadas que se repiten, casi sin filtro crítico, de que la violencia presentada en un *campo*, en este caso el fútbol espectáculo, es generada por un contexto posibilitador que permea toda esa estructura social: ver al fútbol al margen de la construcción de la violencia y como especie de víctima de un sistema. De ahí surgen inquietudes que hacen menos convincente esa tesis como explicación incontrovertible: si efectivamente no es el fútbol el que origina la violencia, ¿por qué no se presentan con frecuencia actos de agresión física y material (e incluso verbal y gestual) en otros deportes dentro del mismo contexto en el que sí se dan en el fútbol? De allí que ubicarnos en la comprensión del fútbol, desde la mirada de *campo* de Bourdieu, pudiera develarnos aspectos gestados y naturalizados en ese contexto, el *habitus* de los sujetos que allí transitan sostenido por efecto de la reproducción. Desde esas consideraciones se orientará la mirada para indagar qué hay en el fútbol o en su configuración competitiva para que allí se dé la violencia con tal frecuencia.

De otro lado, si partiéramos de la ubicación del fútbol como espacio de manifestación de la violencia macro de la sociedad, y no de ese conjunto de manifestaciones de ataque como dispositivo estructural y estructurante del balompié de alto rendimiento, habría que incluir la relación de ese *campo* con otros y cómo se articulan esas construcciones para establecerse en acciones violentas en el *campo* del fútbol espectáculo.

Una sociedad, por su complejidad, tiene distintos *campos* y relación entre ellos. En el fútbol espectáculo, visto como *campo*, deben considerarse aspectos propios, casi exclusivos, y otros de la estructura social o de otros *campos* con los que el fútbol tiene relación. En ese *campo* se producen y reproducen *habitus* que sustentan o hacen viable la emergencia de la violencia, por lo que también será una categoría incorporada a la propuesta investigativa.

Habitus

El *habitus* se dispone como el medio para reproducir y sostener a los *campos* y el espacio donde ellos se instauran, en una relación entre objetividad y subjetividad, ya que "el *habitus* es una capacidad infinita de engendrar, con total libertad (controlada), unos productos –pensamientos, percepciones, expresiones, acciones- que siempre tienen como límite las condiciones histórica y socialmente situadas de su producción", (Bourdieu, 2008, pág. 90). Bourdieu advierte, sin embargo, que las prácticas, pese a ser infinitas en su número, están supeditadas a lo que permitan unas regularidades objetivas vigentes: esa producción no se da ni como resultado de una creación inesperada o sorpresiva ni mediante una reproducción mecánica del pasado.

Bourdieu (2008) nos ubica en un plano de considerar la posibilidad de que los agentes que se aproximan al fútbol espectáculo en condición de espectadores pudieran asumir unas posturas previamente establecidas como *habitus* que se propone desde ese *campo*:

> Forma particularmente ejemplar del sentido práctico como ajuste anticipado a las exigencias de un *campo*, lo que el lenguaje deportivo llama el "sentido de juego" (como "sentido de ubicación", arte de "anticipar", etc.) da una idea bastante exacta del cruce cuasi milagroso entre el *habitus* y el *campo*, entre la historia incorporada y la historia objetivada, que hace posible la anticipación cuasi perfecta del provenir inscrito en todas las configuraciones concretas de un espacio de juego (p.107).

Bajo esa perspectiva teórica, se asume la posibilidad de que los distintos *campos*, cuales espacios de desarrollo de actuaciones bajo unos roles definidos, se aseguren la presencia de agentes dotados del *habitus* requerido para su funcionamiento adecuado: "Historia incorporada, naturalizada, y, por ello, olvidada como tal historia, el *habitus* es la presencia activa de todo el pasado del que es producto: es lo que proporciona a las prácticas su independencia relativa en relación a las determinaciones exteriores del presente inmediato", (Bourdieu, 2008, págs. 91-92).

Con base en el concepto de *habitus* de Bourdieu podremos identificar algunos elementos característicos de los sujetos inmersos en ese contexto, como espacio específico de

construcción de sus formas de pensar y de actuar, sin caer en esencialismos pero inspeccionando las posibilidades construidas dentro de ese *campo*: los espectadores del fútbol y sus prácticas violentas naturalizadas o internalizadas "…que tienen disposiciones (maneras de ser permanentes, la mirada, categorías de percepción) y esquemas (estructuras de invención, modos de pensamiento, etc.) que están ligados a sus trayectorias (a su origen social, a sus trayectorias escolares, a los tipos de escuela por los cuales han pasado)." (Bourdieu, 2010, pág. 39).

A su vez, bajo esa categoría del *habitus*, elemento trascendental en la observación del fenómeno de violencia asociada al fútbol, se posibilita el ir al fondo de los motivos que generan cierto tipo de comportamientos, con la identificación de esas ideas, motivaciones y acciones, en apariencia netamente "individuales" pero con un trasfondo social evidenciable a través de sus discursos, como concibiera Bourdieu (2010):

> El *habitus* es el instrumento de análisis que permite dar cuenta de las prácticas en términos de estrategias, dar razones de ellas, sin hablar propiamente de prácticas racionales […] Hablar de *habitus*, entonces, es también recordar la historicidad del agente (sumando la dimensión histórica a la dimensión relacional), es plantear que lo individual, lo subjetivo, lo personal es social, es producto de la misma historia colectiva que se deposita en los cuerpos y en las cosas. (p.16).

De acuerdo con lo anterior, en el presente estudio se buscó evitar caer en reduccionismos de *campo*, como los que ya evocamos en la revisión de antecedentes, de plantear que dichas manifestaciones obedecen exclusivamente a las dinámicas del *campo* de las barras e ignorar la estructura social en la que dicha conformación grupal se enmarca, pero admitiendo que "el *habitus* tiende a engendrar todas las conductas 'razonables' o de 'sentido común' posibles dentro de los límites de estas regularidades, y sólo de éstas, y que tienen todas las posibilidades de ser sancionadas positivamente porque están objetivamente ajustadas a la lógica característica de un determinado *campo*", (Bourdieu, 2008, pág. 91).

Como parte del ejercicio investigativo pudimos interpretar al sujeto violento en el fútbol espectáculo, evitando verlo como esencia del ser sino contemplando la posibilidad de que se trate de un recurso del *habitus* allí formulado. Para ello, consideramos las

probabilidades objetivamente ligadas a la participación en un grupo, para el caso presente la barra, sin cerrar la perspectiva a la consideración de cómo otros *campos*, con los que este contexto entra en un juego dinámico e interdependiente, participan en la construcción del *habitus* asociado con la violencia. Para ese acercamiento pensamos la reproducción social del *habitus* que correspondería a las prácticas de violencia de diversa índole, garantizando su permanencia más o menos estable en ese *campo*.

Reproducción social

La reproducción nos acerca a la interpretación de cómo se repiten y sostienen los *habitus*, además de cómo se mantienen la estructura social y los *campos* en los que se desarrolla la violencia, por lo que es pertinente tenerla en cuenta como categoría relevante. Al visualizar la violencia asociada al fútbol, y más si vamos a considerar aspectos no necesariamente perceptibles bajo una óptica superficial, es válido incorporar cómo se reproduce la violencia, además, desde sus manifestaciones simbólicas.

Bourdieu busca explicar cómo se perpetúan en el tiempo las relaciones asimétricas y de dominación, incluso con el cambio de generaciones y actores protagonistas. "En la consideración de la reproducción de las clases deben tenerse en cuenta tanto las condiciones materiales como las simbólicas" (Bourdieu, 2011, pág. 26).

Dentro de ese proceso de reproducción, la familia se establece en un sujeto colectivo de transmisión, de allí que se constituya en un *campo* de interés para la comprensión del fenómeno de violencia en el fútbol y fue considerado en nuestro ejercicio práctico, en la recolección de información proveniente de nuestros participantes. "Las muy profundas diferencias entre las sociedades donde las disposiciones a la reproducción y las estrategias de reproducción que estas engendran no encuentran otro sustento, en la objetividad de las estructuras sociales, que las estructuras familiares, principal –si no exclusivo- instrumento de reproducción (Bourdieu, 2011, pág. 42). La familia se configura como un *campo* central de reproducción, con la perpetuación del *habitus* y la instauración de relaciones de desigualdad entre sus integrantes: "Tiende siempre a funcionar como un *campo*, con sus relaciones de fuerzas físicas, económicas y, sobre todo, simbólicas (ligadas al volumen y a la estructura del capital poseído por los diferentes miembros) y sus luchas por la conservación o la transformación de esas relaciones de fuerzas", (Bourdieu, 2011, pág. 49). Adicionalmente,

Bourdieu reconoce a la institución escolar como una de las principales en la reproducción social, dentro de las estructuras de un estado organizado.

La reproducción social se evidencia en las dinámicas del *campo* del fútbol espectáculo, con relevo generacional de actores pero continuidad de los roles previamente desempeñados por otros. Los futbolistas cumplen su ciclo de vida deportiva y su lugar es ocupado por otros, prolongando la lógica del *campo* en la que el deportista es visto como el ídolo. Así mismo los espectadores del juego, de forma presencial o mediática, van variando en cuanto a actores individuales con el ajustamiento espontáneo de las prácticas esperables en el contexto, principalmente grupal. Quienes llegan a ocupar esos roles mantienen una homogeneidad en las prácticas y rutinas de grupo, articuladas en el concepto de *habitus*. Las relaciones de poder se mantienen, con el juego de movilización de recursos de tipo económico, social, cultural y simbólico, con el sostenimiento cíclico de una estructura con diferencias sociales jerarquizadas.

Como parte de esa dinámica de variabilidad de actores pero mantenimiento relativo de funciones y roles, la violencia asociada al fútbol ha estado presente durante años, incluso con el cambio de sujetos involucrados: desde allí partimos para inferir que hay elementos estructurales posibilitadores o reproductores, más que actos de sujetos aislados o vistos como "desadaptados". Buscamos indagar qué tipo de aspectos están involucrados en la reproducción de la violencia en este contexto, que propicie una permanencia relativa de los imaginarios y acciones de ataque o búsqueda de eliminación del otro, como dos de las manifestaciones de la violencia en ese *campo*, pese a que se presente un cambio generacional y microgeneracional de los participantes.

Adicionalmente, la violencia en el fútbol es, en parte, una manifestación de la violencia estructural de la sociedad, por lo que su estudio debe contener aspectos que están, incluso, al margen del deporte: la reproducción no debe concebirse únicamente desde lo presentado en el *campo* específico en el que se centra la mirada al inspeccionar esta clase de fenómenos. La violencia en el deporte podría presentarse como manifestación perceptible de aspectos estructurales a nivel de cultura, incluyendo el cómo se asume la diferencia y el ganar y el perder en la competencia. El análisis debe incluir otros *campos* que hacen parte de

reproducción, más allá de las barras y los estadios, considerando la complejidad y la diversidad de factores y actores involucrados en esa construcción colectiva.

Preguntas y objetivos de investigación

Pregunta de investigación

¿Cuáles son las estructuras sociales que permiten que se genere el fenómeno de la violencia en el fútbol espectáculo?

Objetivo general

Analizar las estructuras sociales que permiten la emergencia de la violencia en el fútbol espectáculo.

Objetivos específicos

- Identificar las estructuras sociales que permiten la emergencia de la violencia en el fútbol espectáculo.
- Comprender la estructuración del sujeto violento asociado al fenómeno del fútbol espectáculo, más allá de las barras y los estadios.
- Identificar los discursos que circulan en torno al fútbol que estructuran a actores violentos en el contexto del fútbol espectáculo.
- Comprender los procesos de reproducción social de la violencia que se manifiesta en el contexto del fútbol espectáculo.

Método

El trabajo estuvo centrado en el análisis de discurso (AD), buscando riqueza de información cualitativa que permita un acercamiento elevado al fenómeno, considerando las estrategias y retóricas discursivas involucradas. “Esta relación estrecha entre historias o descripciones que se atienen a los hechos y los estados psicológicos de los actores y de los hablantes es un tema importante y presente en general en el discurso cotidiano”, (Íñiguez, 2006, pág. 107).

Desde la orientación metodológica del análisis del discurso se favorece la posición crítica del investigador, con la intención de develar la desigualdad social, expresada y reproducida a través de los discursos y dar cuenta de cómo se presenta la violencia dentro de esa estructura.

Este proyecto investigativo se desarrolla desde una metodología cualitativa y con el análisis del discurso (AD) como perspectiva, comprendiendo, desde esa ubicación epistemológica, que el discurso no se limita a ser un simple descriptor de la realidad sino que es una acción social que tiene consecuencias, ya que “un discurso es un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales. El análisis consiste en estudiar cómo estas prácticas actúan en el presente manteniendo y promoviendo estas relaciones”, (Íñiguez & Antaki, 1994, pág. 63).

A partir del discurso de los participantes en este proceso investigativo buscamos aportar al conocimiento, ubicados en una orientación compatible con la búsqueda de identificar las estructuras sociales que permiten la emergencia de la violencia en el fútbol espectáculo; de comprender la estructuración del sujeto violento asociado al fenómeno del fútbol espectáculo, más allá de las barras y los estadios; de identificar los discursos que circulan en torno al fútbol que estructuran a actores violentos en el contexto del fútbol espectáculo; y de comprender los procesos de reproducción social de la violencia que se manifiesta en el contexto del fútbol espectáculo: los objetivos específicos del estudio.

Nos situamos desde una comprensión de la sociedad desde el realismo crítico, desde cual podemos aportar elementos para el análisis de la violencia asociada al fútbol espectáculo desde la consideración de la existencia de estructuras más o menos estables, con la

reproducción de representaciones, creencias y prácticas ligadas a la violencia. El estudio consideró las relaciones de poder existentes a través del análisis de los usos que los sujetos hacen de los discursos y cómo ellos originan y reproducen formas de actuar.

Al utilizar el análisis del discurso se pudo comprender cómo se construyen las prácticas discursivas que posibilitan la emergencia de la violencia en el contexto del fútbol espectáculo, representado en las acciones emprendidas por algunos de sus espectadores en un contexto de construcción colectiva, puesto que "el lenguaje ordena nuestras percepciones y hace que las cosas sucedan, mostrando cómo el lenguaje puede ser usado para construir y crear la interacción social y diversos mundos sociales" (Wetherell & Potter, 1987, pág. 1).

Desde el análisis del discurso (AD) se tuvo un acercamiento a cómo se construyen y sostienen las relaciones de poder desde el plano lingüístico, asumiendo la existencia de un lazo ineludible entre discurso y sociedad. Desde allí se le da un valor manifiesto al discurso como reproductor tanto de la dominación, que se materializa en el poder ejercido por unos grupos sobre otros, como de sus posibilidades de comprensión y transformación, además de las relaciones entre sujetos y grupos. El AD reconoce la existencia de estructuras sin quedarse en el plano descriptivo sino buscando alternativas tangibles de cambio: no se afinca en un punto de retórica estática sino que pretende movilizar la acción. (Van Dijk, 2002).

En las estructuras sociales emergen discursos sobre la violencia que pueden propiciar el sostenimiento, fortalecimiento o reproducción de las relaciones de poder: los discursos, en ese sentido, cual efecto bucle más allá del clásico causa-efecto, emergen como productos y actúan como productores y reproductores. La violencia en el fútbol espectáculo fue interpretada desde los discursos de los actores involucrados tanto de forma explícita como implícita en esa estructura macro en la que se desarrolla ese *campo*.

Tomamos el AD por nuestra pretensión de develar las estructuras, comprendiendo y aceptando la relación entre representación y discurso como un proceso no lineal, con complejidad mayor a las explicaciones causales que abundan, buscando, a su vez, movilizar la acción dejando señas para la transformación de prácticas violentas asociadas, en este caso, al fútbol espectáculo, que pudieran extrapolarse, bajo las consideraciones pertinentes, a la comprensión e intervención de fenómenos de similares características.

Diseño

A través del diseño metodológico que estructuramos pretendimos que emergieran elementos pertinentes para su posterior análisis y aportar al conocimiento desde el presente ejercicio investigativo, considerando una adecuada selección de fuentes de información, rigurosidad en la recolección de los datos y un análisis que dejara elementos útiles para el saber científico. A continuación se presentará el desarrollo metodológico para la producción y el análisis de datos.

Participantes

El fútbol espectáculo tiene una amplia diversidad de formas de ser observado, considerando a quienes se aproximan a él desde un gusto estético por lo presentado dentro de la cancha, hasta el fanatismo por un equipo en particular o el grupo de apoyo (barra, en la denominación sudamericana), llegando a expresar violencia desde todos los niveles y tipos como poner riesgo la integridad física o incluso la vida propia y/o ajena.

El rol activo de los medios de comunicación y toda una industria comercial involucrada en la generación de clientes configuran una propagación descomunal del fútbol a nivel global, como planteó el uruguayo Eduardo Galeano: "El juego se ha convertido en espectáculo, con pocos protagonistas y muchos espectadores, fútbol para mirar, y el espectáculo se ha convertido en uno de los negocios más lucrativos del mundo", (Galeano, 1995, pág. 2). La existencia de muchos espectadores envueltos en la dinámica competitiva ha favorecido, en alguna medida, la multiplicación de la cantidad de actores que ejercen la violencia.

Dentro de esos tipos de espectadores, de acuerdo con la escala de análisis propuesta por Londoño Galeano, García Ardila, Hincapié, Gaviria y Ortega (2011), se encuentra el aficionado, el hincha, el barrista y el fanático. Un aficionado es quien disfruta a nivel estético, cognoscitivo y sensorial del juego del fútbol, sin que su estado anímico se altere drásticamente por determinado resultado eventual de la competencia (podría, incluso, no tener preferencias hacia equipos); un hincha tiene una preferencia específica por un equipo de fútbol profesional, principalmente a nivel local o nacional (es importante aclarar que en ese nivel coexisten varias formas de seguir los partidos y campeonatos – yendo al estadio, viéndolo por televisión o Internet, escuchándolo por radio o leyéndolo en medios impresos o

electrónicos- como el nivel de conocimiento y la frecuencia de actualización noticiosa); un barrista es alguien que participa en un grupo de apoyo a un club de fútbol, casi siempre con la asistencia al estadio o a lugares de encuentro pactados o espontáneos; y un fanático tiene un grado extremo de identificación y lo expresa "a través de conductas reactivas y comportamientos eventuales o regulares de confrontación gestual, verbal y, en algunos casos, física y material con otras personas", (Londoño Galeano, García Ardila, Hincapié, Gaviria, & Ortega, 2011, pág. 5).

Para el desarrollo de esta investigación tuvimos dos tipos de perfil de participante, buscando complementariedad de perspectivas y una comprensión holística de la violencia, sin limitarla a la tradicional consideración de los actos físicos. Se hizo un muestreo por conveniencia, buscando encontrar la información requerida en un tiempo no muy extenso (Sandoval Casimilas, 2002) y que no implicara desgastes de parte de los informantes, eligiendo a quienes consideramos fuentes ricas de la información pretendida.

Por una parte, y como primer perfil de participante, *sujetos que han ejercido la violencia física en el contexto del fútbol*, con quienes pretendimos profundizar en los detalles propios del *campo* del balompié y sus formas de asumirlo como espectador. Dentro de esa categorización de tipos de espectadores anteriormente expuesta, para este perfil abordamos a sujetos cercanos a la descripción de barristas y fanáticos, con antecedentes de participación directa en hechos de violencia física o material con otros espectadores del fútbol y buscando variabilidad discursiva. Como criterios de inclusión, en esa categoría consideramos a sujetos mayores de 18 años, con mínimo alguna de las siguientes clases de acciones realizadas: agresión física o material a otros actores involucrados con el fútbol espectáculo (jugador, entrenador, árbitro, periodista, policía, entre otros). Estuvieron excluidos quienes no han ejercido violencia física o material en el contexto del fútbol, al igual que menores de 18 años al momento de realizar esta investigación, así cumplieran con el primer criterio referido. Se entrevistaron 8 participantes con esas características.

En un segundo perfil se buscó variedad de participantes sin reducirse a los actores visibles del fenómeno, *mediante la inclusión de personas que no han participado directamente de hechos de violencia física o material*. Ese segundo perfil estuvo conformado por los siguientes roles involucrados con el fútbol espectáculo: hincha sin participación en

hechos de violencia física o material, periodista deportivo, árbitro, policía y futbolista profesional. Se pretendió develar aspectos estructurales productores de otros tipos de violencia, de carácter simbólico, gestual o verbal, en las que otros actores son partícipes adicionales a quienes entran en la confrontación física o material. Para este caso, el criterio de exclusión fue todo aquel que hubiese ejercido la violencia física o material contra cualquier sujeto relacionado con el fútbol espectáculo, mientras que el de inclusión fue tener alguna relación directa o indirecta con ese *campo*.

Producción de datos

Con el fin de dar respuesta a los objetivos planteados para el desarrollo de la investigación, se buscó tener una adecuada elección de los participantes y las técnicas empleadas para acceder a la información. El diseño metodológico incluyó dos estrategias fundamentales para la recolección de la información: entrevistas semiestructuradas y grupos de discusión.

Técnicas de producción de información

Entre las técnicas de recolección de información, se contó con dos estrategias complementarias entre sí, para llevar a cabo los objetivos de la investigación. Con los actores directamente involucrados al haber ejercicio violencia física o material en el fútbol se desarrollaron entrevistas semiestructuradas, mientras que en los grupos de discusión se contó con perfiles diversos y complementarios para dar una posibilidad amplia al debate, la construcción y deconstrucción del discurso por parte de los participantes, con distintos roles y relaciones con el fútbol espectáculo.

Se hizo un grupo de discusión, con la presencia de un árbitro, un periodista deportivo, una psicóloga deportiva y un hincha que no ha participado en hechos de violencia. Se planeaba efectuar otro grupo de discusión con un segundo conjunto de participantes pero hubo dificultades para concertar un espacio común, por lo que se tomó la decisión de abordarlos individualmente a través de entrevistas semiestructuradas. Se tuvo entrevista con un policía cercano al contexto, un futbolista profesional y un periodista deportivo. Ambas técnicas, entrevistas y grupo de discusión, se emplearon de forma simultánea, hasta conseguir la saturación teórica. Pese a haber contado con un periodista deportivo en el grupo de

discusión se decidió abordar a un segundo con el mismo perfil, buscando profundizar aspectos que, por la dinámica misma del espacio grupal, quedaron sin desarrollar al nivel deseado y que se evidenciaron relevantes para los objetivos de la investigación.

1) Entrevistas semiestructuradas: se desarrollaron entrevistas semiestructuradas con participantes identificados por su participación directa en hechos de violencia física o material asociada al fútbol espectáculo. Esos sujetos, considerándolos buenos informantes para los propósitos de esta indagación, favorecieron la comprensión de los procesos de reproducción social de la violencia, además de identificar si el *campo* del fútbol y sus características propias producen y reproducen la violencia en alguna medida. Tras la identificación de esos casos puntuales se indagaron sus contextos familiar, barrial y educativo, con entrevistas semiestructuradas en las que se develen aspectos significativos de cada una de esas esferas, para la comprensión de aspectos estructurales y estructurantes de la sociedad que permiten la emergencia de la violencia en ese contexto, al igual que la comprensión del *campo* del fútbol y las lógicas que hacen posible que allí se den citados hechos. Adicionalmente, como ya se mencionó, algunos participantes directos o indirectos en ese *campo* fueron abordados mediante esta técnica de recolección de información.

Para el desarrollo del ejercicio se propuso recoger testimonios y versiones sobre el fenómeno de violencia en el contexto del fútbol, visualizando cómo quienes están involucrados interpretan y se expresan sobre asuntos diversos. Adicionalmente, considerando los discursos que están circulando socialmente y que, a su vez, inciden en las manifestaciones de violencia, se amplió el espectro a asuntos socioculturales relacionados con el fenómeno. Con estas entrevistas se buscó encontrar aspectos relevantes a nivel cultural, sentidos y significados de la violencia, patrones de crianza, sentido y significado del fútbol espectáculo, identificar su concepción del fútbol y la relación con la violencia, entre otros.

Como uno de los componentes de la presente investigación se pretendió tomar como base casos de personas implicadas indirectamente con la problemática previamente planteada. Debido a que se buscaba tener un acercamiento a la propia realidad de los sujetos, se tomó la información de las fuentes citadas a través de entrevistas semiestructuradas, considerando la relevancia que reconocen en esa técnica Troncoso y Daniele (2014), en el proceso de recolección de información:

> Las entrevistas constituyen uno de los procedimientos más frecuentemente utilizados en los estudios de carácter cualitativo, donde el investigador no solamente hace preguntas sobre los aspectos que le interesa estudiar sino que debe comprender el lenguaje de los participantes y apropiarse del significado que éstos le otorgan en el ambiente natural donde desarrollan sus actividades. (p. 2)

Como ya se expuso, en primera instancia se planeó desarrollar un segundo grupo de discusión pero las dificultades para pactar un mismo día y horario entre los actores deseados llevó a que se considerara la alternativa de abordarlos mediante entrevistas semiestructuradas individuales: así se abordaron un policía con amplia experiencia directa con el contexto, un futbolista profesional y un periodista deportivo. Con ellos se abordaron las mismas áreas temáticas que con los espectadores participantes directos de hechos de violencia asociada a fútbol espectáculo.

Efectuamos entrevistas de guía general: no empleamos preguntas cerradas y el entrevistador tuvo el rol de estimular y orientar el diálogo entre los participantes para dar cuenta de los temas requeridos para el cumplimiento de los objetivos de la presente investigación. La entrevista es considerada una de los recursos más poderosos para aproximarnos al conocimiento humano (Fontana & Frey, 1994), por lo que apelamos a todo su potencial en la recolección de datos.

Áreas temáticas entrevistas semiestructuradas:

1 Estructura familiar, pautas de crianza.
2. Contexto barrial, escolar- educativo y comunicacional.
3. Significado y sentido del fútbol.
4. Razones para agredir, violentar.
5. Significado y sentido de la violencia.
6. Tipos de violencia.
7. Lugares para la violencia.
8. Violencia: discusión de si es una expresión de la naturaleza del fútbol (como espacio propicio para ello) o manifestación de un fenómeno social macro.

2) Grupo de discusión: se desarrolló un grupo de discusión con el elemento transversal de relación con el fútbol espectáculo como criterio de inclusión, buscando variedad en perfiles, considerando participantes como un hincha (bajo los tipos de espectadores anteriormente expuestos) que aseguró no haber participado en hechos de violencia física o material asociada al balompié, un periodista deportivo, un árbitro y una psicóloga deportiva.

Al contar con miradas diversas sobre el fenómeno, así como ubicación diferenciada en los distintos *campos* sociales por parte de los participantes, podremos apelar a una construcción menos focalizada de la violencia, sin quedarnos en las versiones hegemónicas que toman a las barras y a los sucesos presentados en los estadios como guías exclusivas. Nuestra intención de develar aspectos estructurales que posibilitan la violencia asociada al fútbol espectáculo, con la selección de actores con rasgos heterogéneos, es compatible con las características propias de esa técnica, en coherencia con lo dicho por Barbour (2013):

> Se relaciona también con la preparación necesaria en el desarrollo de una guía temática y la selección de material de estímulo que anime a la interacción, así como con las decisiones tomadas con respecto a la composición del grupo para asegurar que los participantes tienen bastante en común entre sí para hacer que el debate parezca apropiado y disponen, no obstante, de experiencias o perspectivas lo suficientemente variadas para permitir cierto debate o diferencias de opinión. (p.25)

En el grupo de discusión se busca que el rol del moderador no sea directivo, únicamente con una incidencia en la preparación de un guion de base, la generación de una provocación inicial e incitando que hablen quienes permanezcan en silencio e impidiendo que el criterio de unos agentes dominantes sea impuesto. El moderador debe intentar, principalmente, que sean los informantes los que generen la conversación en la que las personas trabajan juntas en la construcción conjunta del sentido: “lo propio de un GD es la generación de una conversación, única, entre sus integrantes, que no la proliferación de varias conversaciones, distintas y cruzadas, lo que imposibilitaría el proceso de producción del grupo mismo” (Domínguez Sánchez-Pinilla & Davila Legerén, 2008, pág. 106).

Decidimos emplear la técnica del grupo de discusión por las posibilidades discursivas que brinda, la riqueza de argumentación resultante al emplearla y la multiplicidad de voces involucradas sin que se cayera en promover expresiones "individuales" aisladas, además de responder a distintos aspectos estructurales y estructurantes de la violencia, ya que "se basa en generar interacción entre los participantes y analizarla, más que en plantear sucesivamente la misma pregunta (o lista de preguntas) a cada participante en el grupo" (Barbour, 2013, pág. 24).

Áreas temáticas grupos discusión:

1. Razones para agredir, violentar y continuar agrediendo.
2. Tipos de violencia.
3. Imaginarios, creencias, discursos, estructura social.
4. Significado y sentido de la violencia.
5. El lugar de lo social en la violencia (incidencia de la pobreza, estrato socioeconómico, nivel de estudios).
6. Lugares para la violencia.
7. Actores.
8. Violencia: expresión de la naturaleza del fútbol (como espacio propicio para ello) o expresión de un fenómeno social macro.

Procedimiento

Inicialmente, se contactó a los participantes y se les explicaron los mecanismos empleados para garantizar la confidencialidad y el uso ético de la información suministrada. Luego de que ellos recordaran las condiciones y consideraciones éticas por medio de la lectura del documento impreso, firmaron el consentimiento informado, de manera que se pueda hacer un uso autorizado de lo expresado en esos encuentros. De allí se procedió a hacer las entrevistas y los grupos de discusión, espacios que se grabaron en audio, fueron transcritos y arrojaron los insumos de información que fue usada para la generación del corpus.

La investigación tuvo tres fases que agruparon los distintos momentos requeridos para la adecuada obtención y manejo de la información que denominaremos preparación,

recolección y análisis. Los tiempos de ejecución del procedimiento se podrán visualizar, con fechas y tareas específicas, en el cronograma redactado en este documento.

1) Preparación:

Se contactó a los participantes de la investigación y se concertaron los espacios para los encuentros. Esta fase se desarrolló en un plazo de un mes.

2) Recolección:

La recolección de datos se efectuó por medio de las entrevistas semiestructuradas y los grupos de discusión. El tiempo estimado para esa tarea no superó los dos meses.

3) Análisis:

Luego de grabar los audios respectivos de las entrevistas y grupos de discusión se hizo la transcripción, lectura y vaciado de los textos resultantes de ambas técnicas. Esta preparación se efectuó por medio de la herramienta computarizada de análisis de datos cualitativos Atlas Ti, con la cual se simplificaron los textos para su posterior análisis.

Procedimiento análisis de los datos

Para el análisis crítico del discurso, que estuvo orientado por los objetivos y la pregunta de investigación, se tomaron los elementos reseñados por Fairclough (2003), salvando esa distancia entre micro y macro (constructos sociológicos, más que representaciones fieles de la realidad, en la que ambos son parte de un todo): el micro- nivel, para señalar a las interacciones situadas entre actores, y el macro-nivel, que hace referencia a las instituciones, los grupos y las relaciones. Se buscó contemplar la complejidad de las relaciones entre el discurso y el poder, articulando esos distintos niveles descriptivos. “Puesto que el ACD pretende estudiar cómo el discurso está involucrado en la reproducción del poder social, una teoría de ACD requiere salvar este bien conocido abismo entre lo micro y lo macro”, (Van Dijk, 1999, pág. 25).

Se tuvieron como base de análisis los aspectos reseñados por Fairclough (2003):

1. Temas de análisis de texto:

a. Principales tipos de significado: acción, la representación, la identificación.

b. Géneros, discursos y estilos.

2. Temas de investigación social:

a. Estructura y agencia.

b. Las estructuras sociales, las prácticas sociales, eventos sociales. (p.21)

"El análisis macro-discursivo pone en relación la estructura discursiva con la estructura social a través de las formas de conocer y representar", (Pardo Abril, 2012, pág. 43). Al analizar el discurso de las personas elegidas con base en las características específicas anteriormente descritas, se pudieron encontrar asientos para la comprensión del fenómeno. Buscamos identificar cuáles son las prácticas discursivas que sustentan o propician la emergencia de expresiones de violencia física o material en el contexto del fútbol espectáculo, indagando por la argumentación, la legitimación, las estrategias de referencia y nominación en los discursos involucrados.

Dentro de la variada manera de asumir el fútbol, no todo el que participa como espectador tiene o ha tenido acciones violentas hacia otros, por lo que es necesario dar cuenta de algunos aspectos diferenciadores entre las vivencias de unos y otros que propiciaron esa disimilitud, pese a hallarse en un mismo *campo*, además de interpretar aspectos presentados en la estructura que sustentan la violencia de todo nivel y forma. «A diferencia de la denotación, que representa "la parte estable común a todos los locutores"», la connotación reenvía a la singularidad de las experiencias individuales, lo que quiere decir que ésta se constituye en una relación socialmente caracterizada donde los receptores ponen en juego la diversidad de sus instrumentos de apropiación simbólica.», (Bourdieu, 1985, pág. 13).

Aspectos éticos

Este trabajo investigativo acogió las normas éticas contempladas en el marco legal a nivel internacional y nacional, considerando algunos documentos centrales como puntos de referencia y con un compromiso ético del investigador de no realizar intervención o modificación intencionada en la vida de los participantes, como se expondrá más adelante.

A nivel internacional, se tomó de referencia el código de Nüremberg de 1974, expedido como resultado a un juicio realizado, luego de la II Guerra Mundial, a un conjunto de médicos acusados de llevar a cabo experimentaciones atroces con personas, y que terminó en el establecimiento, por primera vez, de la obligatoriedad del consentimiento informado. El otro pilar que se consideró en este ejercicio fue la declaración de Helsinki de la Asociación Médica Mundial de 1964. El informe Belmont de 1978 es otro documento de gran relevancia en el tema del control ético (Galende Domínguez, 2009).

A nivel colombiano, según el artículo 11 de la Resolución No. 008430 de 1993 del Ministerio de Salud de Colombia, sobre las categorías establecidas para las investigaciones según su nivel de riesgo, el presente estudio se ubica dentro de la tipología b) Investigación con riesgo mínimo: "…pruebas sicológicas a grupos o individuos en los que no se manipulará la conducta del sujeto…" (República de Colombia-Ministerio de Salud, 1993, pág. 2).

Este estudio se sometió a la revisión por parte del comité de ética de la investigación de la Universidad Pontificia Bolivariana, de Medellín, Colombia, buscando garantizar el respeto de los protocolos establecidos y desarrollar una investigación consistente dotada de una orientación ética que considere a todos los involucrados en ella: se tiene una proporción favorable de riesgo-beneficio, en el sentido de que los participantes son reconocidos en sus aportes al conocimiento y buscando propender por favorecer la convivencia sin generarles afectación de ninguna clase. Los encargados de vigilar y propender porque estas disposiciones se cumplan a la perfección son los comités de ética, multidisciplinarios y conformados por profesionales dentro y fuera del campo de la salud (Emanuel, 2009).

El presente estudio consideró los parámetros éticos contemplados en la normatividad vigente. La participación fue voluntaria y confidencial. El nivel de riesgo para los

participantes fue mínimo, con la protección de sus identidades y el reconocimiento del otro como agente activo en la construcción de conocimiento útil para la sociedad.

A cada uno de los participantes se le expusieron previamente los objetivos del estudio y la importancia de sus aportes en esa construcción de conocimiento. Como parte del procedimiento, cada uno de los participantes firmó un documento, al igual que el investigador, en el que quedaron explícitos los compromisos para aminorar los posibles riesgos y proteger a las fuentes de información: antes de iniciar cada entrevista semiestructurada y cada grupo de discusión el participante firmó un consentimiento informado, donde se exponían, con brevedad, los parámetros éticos considerados para su protección como fuentes directas de la información, aspectos que fueron reforzados en una breve exposición del investigador antes del inicio de cada sesión.

Como parte de los guiones elaborados para ambas técnicas, entrevistas semiestructuradas y grupo de discusión, se redactaron unas líneas en las que se reiteraron esas anotaciones, para favorecer, a su vez, la confianza a la hora de expresar ideas, experiencias y propuestas de solución.

Por la necesidad de abordar aspectos sensibles para los participantes, el dialogar acerca de episodios que pueden resultar dotados de una fuerte carga emocional se plantearon unas preguntas cuidadosas de generar efectos nocivos en ellos como sujetos o que estimulen la producción de violencia.

De igual forma, se registraron los encuentros en audio, con los respectivos avisos a los participantes y su correspondiente autorización, para garantizar la reproducción, lo más fiel posible, de lo expuesto por ellos. Esos audios fueron usados, única y exclusivamente, como base de transcripción y análisis por parte del investigador y no para su publicación directa. Como medida adicional de cuidado, no se almacenó información sobre identificación personal de las entrevistados y participantes del grupo de discusión en los archivos electrónicos, para hacerla aún más restringida en su acceso.

Al momento de la escritura se usaron seudónimos, mención al perfil del participante o al número de entrevista desarrollada, no la redacción explícita de sus nombres, buscando la

protección de las identidades y se evitó la publicación de datos muy particulares que develen quiénes son para los futuros lectores del texto.

En las distintas fases del proceso investigativo se buscó ser muy responsable en el manejo de la información, reduciendo riesgos hasta el mínimo posible tanto para los participantes como para el investigador, conservando la rigurosidad en el respeto de los principios orientadores reseñados en este parágrafo.

Resultados

Muchos interrogantes, independiente de la formación académica o desde dónde se ubique o sustente la reflexión, circulan con respecto a un fenómeno como la violencia asociada al fútbol espectáculo: ¿es el fútbol el responsable, existen aspectos estructurales externos a él que la propicien o se presenta por la combinación de elementos del *campo* y la estructura social macro?; ¿por qué unos espectadores del fútbol llegan a dar la vida o a quitarla por ese deporte mientras que otros lo ven inconcebible y exagerado?; ¿son unas personas aisladas quienes ejecutan actos que rompen la convivencia imperante o hay aspectos que favorecen la violencia aceptados grupal y/o estructuralmente, incluso por quienes no participan directamente de actos de agresión física? Este trabajo busca aportar elementos para la comprensión del fenómeno, para un tema que amerita una lectura compleja.

Las estructuras sociales se interpretan desde los conceptos bourdianos de *habitus*, los *campos* y los capitales allí involucrados de manera primordial, como elementos que configuran, producen y reproducen dichas estructuras. En primera instancia es importante dar una mirada a la forma en que se estructura el espectador, el que sigue, bien sea en los estadios o través de los medios masivos de comunicación, el desarrollo de los partidos de fútbol. En la investigación emergieron las subcategorías de aficionado, hincha y barrista, diferencias que se abordan desde la categoría de *habitus*, Bourdieu (2011), referencia teórica para comprender los procesos de incorporación de representaciones establecidas en el espacio social y en el *campo* del fútbol espectáculo e interpretar los mecanismos de estructuración del sujeto violento.

El *habitus* espectador se propone como categoría superior que agrupa el *habitus* aficionado, el *habitus* hincha y el *habitus* barrista como universos simbólicos relacionados y claramente diferenciables desde el propio discurso de los agentes involucrados directamente con el *campo* del fútbol espectáculo. Esas subcategorías se trabajan analíticamente de forma separada, con el fin de facilitar su comprensión e ilustrar de forma más clara, si bien están íntimamente relacionadas.

Dentro de esa relación entre el *campo* y el *habitus*, categorías propuestas por Bourdieu (2011) e incluidas como referencias del presente trabajo investigativo, se pueden encontrar distintas clases de capitales implicados, por los cuales los agentes luchan y que orientan prácticas de diversa índole, propiciando la violencia en el contexto. En síntesis, se propone

una relación analítica entre el capital económico con la violencia material y la práctica de robo; de forma paralela, la correspondencia entre el capital simbólico con la violencia simbólica y las prácticas de robo simbólico. La violencia física expresada en el *campo* se interpreta dentro de esta disputa de capitales, que se entremezclan y no son simples elementos escindidos, con el establecimiento de *habitus* conducentes a la agresión.

Como parte del ejercicio comprensivo de las estructuras sociales que posibilitan la emergencia de la violencia en el contexto del fútbol espectáculo se encuentran diversas estrategias de reproducción que garantizan la perpetuidad, con las posibles transformaciones que propicie el *campo*, del *habitus*, incluso con el cambio de sujetos inmiscuidos. Instituciones, categorías conceptuales e imaginarios operan en la reproducción de maniobras que operan en la difusión de la agresión y el deseo o la práctica de aniquilación de la otredad. Así pues, la familia surge como una de las más potentes estructuras de reproducción, proponiéndose dos subcategorías diferenciables pero complementarias: la familia como estructura de reproducción y la barra como estructura familiar.

Por otra parte, se analizan otras estrategias de reproducción conexas con el fenómeno investigado, ampliando el espectro y trascendiendo el cliché explicativo, que presenta a la barra y al barrista como *campo* y *habitus* exclusivos de producción de la violencia, sin dejar de lado, por supuesto, el análisis de las condiciones específicas que allí se presentan pero buscando interpretar la configuración compleja que estructura la violencia que se visibiliza en ese contexto y de la que participan otros actores. El *campo* del fútbol espectáculo en su amplitud de actores y enmarcado en unas estructuras sociales con la circulación de imaginarios y representaciones de enemistad y deseos de eliminación de la otredad.

En los resultados abordaremos el *campo* del fútbol espectáculo y el *habitus* espectador, con las subcategorías de aficionado, hincha y barrista, dando espacial énfasis al *habitus* barrista; posteriormente, analizaremos la incidencia de los distintos tipos de capital en la violencia en el contexto específico de nuestra investigación; de manera seguida, se podrá visualizar a la familia como *campo* de reproducción del *habitus* barrista y la barra como estructura familiar; y, finalmente, desarrollaremos el tema de la reproducción de la violencia, incluyendo aspectos transversales de interpretación, con la exclusión como clave discursiva, y la incidencia de agentes como la fuerza pública, los medios de comunicación, el fútbol como *campo* y los futbolistas como actores protagónicos del espectáculo.

Campo del fútbol espectáculo y el habitus espectador

El fútbol espectáculo es un *campo* con multiplicidad de roles involucrados con diferentes grados de implicación: jugadores, entrenadores, directivos, árbitros, periodistas y espectadores. El énfasis, por los objetivos de este ejercicio investigativo, será en el *habitus* espectador, sin desconocer la presencia activa de otros *habitus* en interacción. De igual forma, considerando que el espectador no se encuentra aislado de otros actores y, de hecho, de otros *campos*, el ejercicio analítico apuntará a comprender esas relaciones y redes en relación con el fenómeno de violencia en el fútbol espectáculo.

La Real Academia Española (RAE) da dos definiciones de espectador "Que mira con atención un objeto" y "Que asiste a un espectáculo público" (Del lat. *spectātor, -ōris)*. El seguimiento del fútbol espectáculo, como se expresa de forma reiterada en otros momentos, es una de las prácticas de consumo más masificadas desde el Siglo XX, con el surgimiento, entre otros eventos de alto relieve, de la Copa Mundial de la FIFA, encumbrándose como un *campo* de gran producción simbólica (Bourdieu, 2010) propicio para la existencia de una cantidad elevada de espectadores, observadores del juego: efecto amplificado por la presencia decidida de los medios masivos de comunicación.

De esta forma, el *habitus* espectador se incorpora a un público masivo, sin distingo de clase social, nivel educativo o procedencia cultural. La práctica de ver fútbol se efectúa en los estadios o a distancia, con el uso de medios masivos de comunicación para ese fin. El estadio propicia la homogenización, en varios matices, de los espectadores, congregados en torno a un evento de interés común como se describe a continuación:

> «En el fútbol también hay una frase que dice por ahí que "hay dos sitios donde la gente se iguala y es el cementerio y un estadio de fútbol". No sé si la has escuchado: que la gente se vuelve como homogénea, como muy similar unos con otros, como muy parecidos o casi iguales, diría yo. Es por ese concepto que llaman también de masa, entonces la masa es muy distinta en una esquina que en la otra, la masa, la masa es la masa, es lo mismo en un ángulo que en el otro. Por eso se llama masa al grupo de personas que se reúnen a compartir esa actividad.» (Periodista deportivo).

A la tradicional visión del deporte como producto del juego, como aspecto del que se desprende su origen histórico, habría que anexarle la perspectiva del espectáculo, con las

lógicas de la producción económica masiva, como reflexionara Bourdieu (2000), en las que se encuentra involucrado el espectador:

> El deporte- espectáculo aparecería más claramente como una mercancía de masas, y la organización de los espectáculos deportivos como otra rama más del *show business*, si el valor que colectivamente se le reconoce a la práctica deportiva (sobre todo desde que las competiciones deportivas se convirtieron en una de las medidas de la fuerza relativa de las naciones y, por tanto, en una apuesta [*enjeu*] política) no contribuyera a enmascarar el divorcio entre la práctica y el consumo así como las funciones del simple consumo pasivo, (p.183).

En la afirmación popular se relaciona la masificación, la conversión del juego del fútbol en espectáculo de masas, con la violencia, en el sentido de que la amplia cantidad de sujetos involucrados afecta la opción de ponerse de acuerdo, la compleja gama de miradas con respecto al juego y los equipos en competencia como barreras para la convivencia:

> «Yo lo veo desde el punto de vista que el fútbol es uno de los deportes que más se practica. Por ende, es uno de los deportes que más masa mueve. Debido a eso, cuando uno trata de poner de acuerdo a 5 personas, es muy difícil: cada uno piensa el fútbol de una misma manera y eso va ser imposible. Entonces como no soy capaz de compartir y respetar lo que otros, lo que estas personas piensan de los otros equipos, por eso es que existe esa rivalidad y llegan hasta la agresión de otras personas.» (Hincha).

El *habitus* espectador es la categoría superior que agrupa a todos los observadores del juego, independiente de su nivel de implicación, sus preferencias o indiferencias en cuanto a los equipos de la competencia y las prácticas ejecutadas en función de su acercamiento al fútbol espectáculo. De menor a mayor implicación y participación en las prácticas relacionadas con el fútbol, el *habitus* espectador se despliega en tres niveles, correspondientes al *habitus* aficionado, al *habitus* hincha y al *habitus* barrista. El *habitus* aficionado tiene una implicación con el fútbol; el *habitus* hincha con el fútbol y el equipo de preferencia; y el *habitus* barrista con el fútbol, el equipo de preferencia y la barra.

Dichos *habitus* corresponden a prácticas características más que a esencias o explicaciones estáticas: el aficionado puede asumir posturas de hincha en determinadas circunstancias, al igual que el hincha de barrista o el aficionado de barrista, en ambientes y

condiciones particulares. Ese juego entre continuidad y variabilidad en los agentes, con las fuerzas y luchas involucradas en el *campo*, es advertido por Bourdieu (1997):

> Esta estructura no es inmutable y la topología que describe un estado de las posiciones sociales permite fundamentar un análisis dinámico de la conservación y de la transformación de la estructura de distribución de las propiedades actuantes y, con ello, del espacio social. Eso es lo que pretendo transmitir cuando describo el espacio social global como un *campo*, es decir a la vez como un *campo* de fuerzas, cuya necesidad se impone a los agentes que se han adentrado en él, y como un *campo* de luchas dentro del cual los agentes se enfrentan, con medios y fines diferenciados según su posición en la estructura del campo de fuerzas, contribuyendo de este modo a conservar o a transformar su estructura. (p. 45)

Además de ello, como razón adicional para plantear los *habitus* como estados más que como esencias, considerando dichas prácticas como construcciones sociales, posibles entre otras maneras opuestas y hasta contradictorias, móviles y dinámicas, y no como propiedades esenciales de los sujetos involucrados ni como únicas formas de configurarse en el *campo* del fútbol espectáculo, el nivel de implicación en un mismo sujeto pudiese mutar y pasar, de un mayor a un menor grado, del *habitus* barrista al hincha o incluso aficionado. En la siguiente cita se visualiza la evocación de un espectador de sus vivencias como barrista, desde una posición actual más cercana al *habitus* hincha:

> *¿Por qué los barristas se exponen a viajar en mula? ¿Por qué exponen su integridad física en ese caso y también a enfrentarse en carretera con hinchas de otros equipos?*
>
> "No sé, no sé uno qué estaría pensando en esos momentos. Yo ahora pienso y yo digo: "¿yo por qué hacía eso Dios mío?" Son cosas que uno lleva al extremo: uno irse a viajar en mula día y noche: lluvia, frío, sol, encontrarse con barras, tener que saber que a veces tiene que correr, a veces u tiene que tirarse de las mulas a las mangas. Cosas peligrosas. No sé uno por qué tendrá ese pensamiento, no sé uno qué estará pensando ese momento. Uno como que va enfocado es como a Nacional, al barrismo. Uno como va enfocado: "no, Nacional, Nacional" entonces no le importaba como las consecuencias ni el peligro. Pero eso era cosa de locos. Sí, viajar en mulas es exponer mucho la vida. Muchos han muerto, pero es que no sólo

de Nacional: de muchas barras. *Pelaos* que uno pasa y estripados en la carretera: muchos por vicio, muchos por muertes por peleas con otros, otros porque se quedan dormidos." (Entrevista 4).

El *habitus* espectador es reproducido desde las distintas estructuras sociales y potenciado por la industria de consumo que lo ampara. Un campo que, si bien tiene sus características particulares, tiene relación con otros campos en el espacio social, como argumenta Bourdieu (1997):

> La tensión entre las posiciones, que es constitutiva de la estructura del *campo*, es asimismo lo que determina su cambio, a través de las luchas a propósito de unos envites a su vez creados por las luchas; pero, por grande que sea la autonomía del campo, el resultado de estas luchas nunca es completamente independiente de los factores externos. (p. 65)

Para hablar del *habitus* espectador de manera diferenciada, reiterando la multiplicidad de relaciones de semejanza y afinidad identificables entre el aficionado, el hincha y el barrista, se expondrán por separado para facilitar su lectura, empleando, además, contrastes entre esas disposiciones.

Habitus aficionado

En primera instancia, despojados de preferencias o teniéndolas pero sin que sean estáticas o inmóviles, se ubican los aficionados, aproximación primigenia al fútbol por su apreciación estética, sin que ello implique hacerse hincha, con las posturas y prácticas naturalizadas en el balompié y no vistas como factibles en otros deportes:

> "Porque la gente… es que no sé, la gente se enamora del fútbol. Pues, la gente se enamora como del fútbol. Hay gente que le gusta otros deportes pero usted… usted siempre va a… vea otro… un partido de otro deporte y nunca van a celebrar un gol así como la misma euforia que celebra la gente en el fútbol. Pues, no sé." (Entrevista 6).

El *habitus* aficionado contiene el gusto inicial por el fútbol como espectáculo, el observar el juego sin asumir una preferencia por un equipo en particular o asumiéndola pero de forma transitoria o cambiante: a diferencia del hincha, quien, como elemento innegociable, debe apoyar a un equipo, sin posibilidades de cambio, hasta el final de su existencia. La carencia de incondicionalidad impide a los aficionados hacerse al *habitus* hincha, la distinción

enmarcada en el amor hacia el mismo equipo desde temprana edad y hasta la muerte. Los hinchas utilizan el apelativo de sandía, que contiene simultáneamente los colores verde y rojo (los que enmarcan la diferenciación a nivel de Medellín, Colombia, para los conjuntos Atlético Nacional e Independiente Medellín), para descalificar al aficionado por la variación de preferencia de equipos a lo largo de la vida, como se ilustra en la siguiente cita:

> "Sí, yo he tenido varios casos de compañeros en el colegio que comienzan siendo hinchas del Nacional, cuando que hinchas de Medellín. Entonces… nosotros… sandía es como esa persona volteada, como esa persona farisea. Entonces se le dice así: 'sandía, verde por fuera y rojo por dentro'. Entonces es como la expresión. Pero no: cada quien con su cada cual."
>
> *¿Qué pensarías de alguien que fuera hincha de un equipo y después se hiciera hincha de otro?*
>
> "Yo respeto su decisión. Uno sí, como un buen paisa, uno sí como lo molestaría. Pero no, uno respetaría su decisión. Siendo otra forma, otro pensar, no lo aceptarían en ningún lado: 'no, esa sandía qué se va a hacer aquí con nosotros. No, fuera del parche que…' Entonces como que lo discriminan, lo excluyen de muchas cosas, cuando uno tiene esa forma de pensar. Pero de resto uno… uno respeta sus decisiones." (Entrevista 4).

El *habitus*, como posibilidad de ser y actuar, se constituye en un elemento ubicado entre lo psicológico y lo social. En la anterior cita se aprecian ambos mecanismos en relación: como persona puedo respetar al aficionado pero dentro del marco sociológico que me regula, el contexto cultural y las exigencias del contexto del barrismo, debo rechazar la falta de continuidad y fidelidad: de acuerdo con esos imaginarios, el paisa (gentilicio para una región colombiana, especialmente para los nacidos en el departamento de Antioquia, cuya capital es Medellín) se burla y el aficionado es visto como endeble por el hincha y el barrista.

El aficionado tiene un *habitus* de espectador desprevenido, sin profunda afectación emocional por los resultados finales de los partidos, posiciones en la tabla de puntuación, clasificación a fases y/o certámenes, ascensos o descensos de categorías:

> "… que está mi equipo o cuál va hacer la importancia; mi familia, mi trabajo, otros gustos, ir a cine, ir a pasear; ver a mi equipo de fútbol está entre ellos. Pero si yo veo a

mi equipo bien, si no lo veo también. Pregunto: 've, ¿cómo quedó?' Si ganó bien, si perdió también." (Árbitro).

Algunas de sus prácticas posibles son mal vistas por quienes incorporan el *habitus* hincha: no cumplen, cabalmente, con el mandato del hincha de ser fieles a un equipo pudiendo estar, durante períodos variados, desinformados de lo que sucede en la competencia o sin asistir, incluso durante meses o años, a los estadios; seguir a dos equipos durante el mismo juego, más en función de la carga emocional asignada al gol o a las aproximaciones a ese objetivo que al resultado global; y alternar de preferencia de equipo.

El aficionado es flexible, por lo que no tiene una implicación marcada hacia un equipo específico. Si usted es aficionado está bien que varíe en su gusto, tiene la posibilidad de no ser fiel, tiene un gusto moderado que no lo lleva a entregarse. El aficionado puede cambiar de equipo; el barrista, quien habla en la cita, es de los que no se pueden torcer y si lo hace no lo dice pues no correspondería con los parámetros exigidos para su *habitus*:

> "Ah, muy torcidos, sí. Yo he conocido casos también… pero hay gente que… pues, por ejemplo, hay gente que de Nacional, toda la vida en esa amargura, y los trajeron al estadio a ver al Medellín una vez y ya… y les quedó gustando el Medellín. Pues, pero uno en la barra uno no sabe quién será el torcido, ¿no? Yo he visto gente normal. Normal, le quedó gustando. Pero no es gente tan entregada. Eso es un torcido. Por eso le digo: un torcido. O ven esto como una moda: porque si usted quiere un equipo desde pequeño pues y… ¿usted cómo se va a pasar pa' otro equipo así? ¿No?" (Entrevista 6).

En ese sentido, ser aficionado es visto como de personas en estado de normalidad. Para quien se considera barrista, incluso para el hincha, el aficionado es inactivo y apático: el aficionado puede no ser fiel en el acompañamiento, cambiarse de equipo y ser un espectador de moda. Esas condiciones, como se verá más adelante, no están admitidas para los *habitus* hincha y barrista, como también consta en la cita previa: si soy barrista debo asumir que no me puedo torcer, un barrista no puede pasarse de equipo, si desde pequeño se siguió a un equipo no debe modificarse.

Un aficionado no tiene el riesgo de ser violentado por cambiarse de equipo, mientras que un barrista podría estar en peligro si se supiera de su metamorfosis. La posibilidad de no

ser fiel está permitida para el aficionado y quien se asume como hincha o como barrista no lo admite como viable, no lo comprende desde su lógica:

> *¿Y qué pensarías de un hincha de Nacional que se convirtiera en hincha de Medellín?*
>
> "Jum, eso sí… uy no. Eso sí es no tener personalidad. Eso es que es una sandía. Por esas cositas así lo pueden matar a uno."
>
> *¿Cómo es eso de "una sandía"?*
>
> "Que la sandía es verde y roja, ¿no? Que cambia de un co… de un equipo nada más porque no se siente bien en él o porque no le gustó. Y se cambió de equipo porque le gustó más el otro color o yo no sé por qué se cambian." (Entrevista 7).

El aficionado puede contagiarse de la carga afectiva implicada en el seguimiento del encuentro deportivo, y eventualmente desear el triunfo de un equipo específico, pero el no tener continuidad en el seguimiento, acompañamiento y apoyo consistente no llega al *habitus* hincha. Su aproximación es, muy concretamente, hacia el fútbol como gran *campo* de consumo, como espectáculo masivo:

> "Eh... para mí el fútbol es el espectáculo más teso y más fuerte que hay en el mundo, que lleva masas y que logra sacar las pasiones más internas de las personas. Eh, sí. Además de eso, es un deporte practicado por 11 personas que partean un balón, 22 personas en equipos de a 11 y que patean un balón y que el que meta más goles es el que gana." (Entrevista 8).

Incrementando el nivel de implicación, iniciando desde un compromiso bajo o inexistente encarnado en el *habitus* aficionado, acercamiento al fútbol como espectador pero sin férreos vínculos emocionales, ahora se expondrá el *habitus* hincha, con algunos de sus respectivos procesos de incorporación.

Habitus hincha

La tendencia cultural es a ubicarse, más que como aficionado, como hincha, alguien que asume una preferencia y apoya a un equipo en particular. A la pregunta inicial de "¿te gusta el fútbol?" que tiene como respuesta un "sí" la segunda pregunta esperable, vista como lógica, es "¿de qué equipo eres hincha?": no se pregunta si se es un aficionado al fútbol sino que se asume, de entrada, que si manifiesta gustarle el fútbol es porque, irremediablemente, se

asume como hincha. Es pertinente iniciar con esa reseña, pues se tiene el riesgo de interpretar el ser hincha como elemento esencial al ser espectador del fútbol y no como una construcción cultural, producida y reproducida en la interacción: ser hincha es una condición muy probable por las distintas estrategias de reproducción que la auxilian.

Para explicar el origen del gusto por el fútbol y del *habitus* hincha, construido y reproducido culturalmente, se acude a narraciones en las que los argumentos base son de tipo biológico, genético o ubicado en una parte específica del organismo para significar el origen del gusto: nací con eso, lo llevo en la sangre, lo heredé de mis padres, eso me genera adrenalina, entre otros elementos como se pueden identificar en este relato de uno de los entrevistados:

> "El fútbol para mí representa…es algo como inexplicable porque es algo que llevamos en la sangre desde hace muchos años, desde *pelao* que mi viejo me llevó al estadio. Me acuerdo como si fuera ayer que me llevó a un clásico. Y Medellín hizo gol y a mí no me dio nada. Nacional hizo un gol y a mí me dio un escalofrío en todo el cuerpo y desde ese día sentí que el amor hacia Nacional y me fascina el fútbol y los colores del verde." (Entrevista 1).

¿Para vos qué representa el fútbol?

> "Para mí, como futbolista, es una pasión y es un gusto que nazco con él, nací con él. Por mi familia, porque todos eran muy aficionados al fútbol. Entonces esa… esa afición y gusto por el deporte creo que es inculcado y reforzado por el entorno en que crecí, que es mi familia, que es una familia aficionada al fútbol totalmente." (Futbolista profesional).

Se lleva "en la sangre", como herencia transmitida desde lo biológico, pero se aprende con la incidencia directa del padre, de la familia, quienes llevan al estadio como parte del ritual de enseñanza del ser hincha: se enseña a ser hincha y no aficionado. El *habitus* hincha, como se explica en otro momento, se reproduce en la familia incluso con diferencias en la preferencia de equipos, como se narra en esta cita:

Porque me dijiste que tu papa era del hincha del Cali, ¿pero entonces cómo es eso?

> “Es que él vive acá, es hincha del Cali normal y él me enseñó a ser hincha del Medellín. Desde eso, yo empecé fue a ser hincha del Medellín solamente.” (Entrevista 2).

Ese relato, acompañado por la presentación dicotómica sentir- no sentir en el marco del nosotros- ellos y la rivalidad deportiva, va en el mismo sentido de la explicación del origen del *habitus* hincha, descrito como un proceso simultáneo, o incluso previo, al propio nacimiento y ubicado en una misma posición de relevancia con la madre. El ser y el equipo como asuntos inseparables y con una génesis en común:

> “Nacional para mí es mi vida. Más fácil dejo a mi mujer que a Nacional (risas). Mis dos amores son mi madre y Nacional. De resto, de ahí pa’ allá son ganancias.” (Entrevista 1).

El hincha asiste a ver el partido, sin la obligación explícita de cantar y apoyar que tiene el barrista, para quien esa intervención en el estadio es irrenunciable. Para el barrista la forma en que el hincha vive el fútbol es claramente distinta: el hincha se concibe como simple observador del juego, sentado y callado, mientras que el barrista como alguien que alienta con su voz e instrumentos:

> *¿Y por qué no te metés en Oriental?*
> “Porque no es lo mismo ver el partido en Oriental que en Sur, porque en Sur está la instrumental y me voy a cantar, a alentar a mi equipo. En cambio en Oriental puros viejitos y gente ya seria y adulta: todos sentados ahí viendo el partido y a mí no me gusta eso así.” (Entrevista 7).

En términos generales, se considera al hincha como alguien que no tiene prácticas de violencia física, aunque sí sienta un amor por el fútbol y el equipo que lo lleve a sentir malestar y a discutir con otros por esa razón. Un hincha no tiene el estigma de ser violento que sí carga el barrista, incluso dentro de las propias narraciones de los barristas. Al hincha se le considera alguien que quiere al equipo pero que no llegaría al punto de agredir físicamente a los demás, mientras que el barrista pudiera no tener un interés tan marcado por el fútbol como tal. El siguiente relato deja entrever la concepción del barrista como el actor violento del fútbol, en contraste con el pacífico hincha, concebido como alguien no despojado de emociones pero sí de lo que se nombra como violencia:

¿Cuál es la diferencia entre un hincha y un barrista?

"Que el hincha es el que en realidad va a ver fútbol y que en realidad va ir a alentar al equipo. Gane o pierda. Siempre va a estar ahí: alentando al equipo, dándole críticas constructivas o críticas negativas. No sé, qué sé yo. Y el barrismo no. El barrista es aquel que… que no ve fútbol, el que va al estadio como… piensa que ir al estadio es ir a hacer desorden, a pelear, ir a matar y no. Entonces es la diferencia entre el hincha y el barrista."

¿Un hincha no es violento?

"No, un hincha no es violento. Un hincha puede tener sus…sus emociones fuertes, sus emociones bajas. Pero un hincha nunca va a ser violento, un verdadero hincha no es violento. Un verdadero hincha se sienta a alegar con otro y: "bueno, ganó usted"; "bueno, mejor"; "ya". Eso es un verdadero hincha. Pero el barrista no. El barrista es que ya alega con otro y ya le saca un cuchillo y le pega la puñalada. Entonces esas son como las diferencias. No se llevan de la mano." (Entrevista 4).

El *campo* configura cosas que son posibles. La ubicación en el estadio, en tribunas que corresponden a los distintos *habitus*, hacen aceptables unas u otras prácticas: el estadio se configura como espacio para la reproducción diferencial del habitus espectador. Al aficionado y al hincha se les permite la violencia desde elementos verbales, simbólicos y psicológicos, pero no agarrarse a puños, cuchillo o machete con otros: esa es una acción concebida como posible en el barrista, no en el aficionado ni en el hincha. Se asume como admisible y lógica la violencia de tipo verbal, aspecto que se relata como generalizado en los distintos espectadores del balompié:

¿Cómo interpretamos, entonces, que haya señores en Preferencia, Oriental, que griten, que ataquen?, porque hemos hablado de violencia distinta clase. ¿Cómo podemos interpretar eso?

"Yo miro esos viejitos y yo quisiera llegar así. Yo "eh, hermano. Esos dos hinchas, uno de Nacional y otro de Medellín. Y el uno es alegando y el otro es alegando, pero nunca se llega a esa discusión así como de terminar enfrentados". Cada quien alega con su… hay violencia como que verbal y hay violencia ya agresiva, pues. La verbal, eso como que, en fin, la tenemos todos los hinchas, pues, como tal: 'ah, qué maricada',

‘que este árbitro’, ‘que este jugador’. Pero, en realidad, no. Ese hincha, cuando uno ve esos señores como en Oriental, Preferencia, en Norte, que alegan pues y son… agreden verbalmente, pero son como consecuencias del fútbol. Como esa pasión que uno expresa por el fútbol. Otra cosa es ya como la agresividad, ya eso es ir más allá. Eso ya es como no pensar bien las cosas.” (Entrevista 4).

En el escenario competitivo del fútbol espectáculo se interpretan ciertas prácticas como naturales o inherentes al fútbol: la agresión verbal, el ataque oral al jugador, al árbitro y al hincha del otro equipo se asumen como aspectos colaterales al balompié de alta competencia: generalizados en el *habitus* hincha, en el que está incluido, además, el barrista. En otras palabras, la violencia verbal se concibe como parte de la dinámica misma del fútbol espectáculo y componente transversal del *habitus* espectador como categoría superior. Lo que sí se demarca, en ese ejercicio de diferenciación de los *habitus* hincha y barrista, es un contraste entre las consecuencias de esas expresiones verbales:

¿Cómo se pasa de lo uno a lo otro? De la violencia verbal que, dijiste, está muy generalizada entre los hinchas, incluyendo los hinchas de esas tribunas, a la agresión física.

“No sé, porque cuando uno es un barrista uno: ‘ah, este marica’. Entonces uno ya lo quiere ir a esperar afuera, a la salida, con un canto. Uno le canta a ellos y ya los quería esperar como que a la salida. Esa es la agresividad, ahí es donde empieza como que esa agresividad porque uno no ve bien las cosas, no las ve bien como son. Ese hincha cuando alega así, verbalmente, es el que alegó en la cancha pero, bueno, sale y ya. Y es con otro ánimo: ah, bueno, ¿perdió su equipo? Bueno. ¿Ganó? Ganó. Ya lo que se dijo en la cancha, ya como que se queda allá. Un barrista no: un barrista si se dijo en la cancha que en la canción dice que nos vamos a matar afuera, entonces eso es lo que van a hacer ellos: salir a matarse afuera.” (Entrevista 4).

Bajo esa comprensión de la violencia verbal como esperable y hasta natural, ella se instaura como práctica admitida en el campo del fútbol espectáculo y transversaliza a todo el *habitus* espectador. El hincha agrede en la cancha, lanza expresiones verbales ofensivas pero no pasa de ahí en primera instancia: se le percibe como excluido de las agresiones en las que el contacto físico o el choque corporal se involucra. Por su parte, el barrista lleva el tema a

otros lugares, extiende el ejercicio de la violencia y lo plasma en agresiones de tipo físico y material.

El hincha asiste al estadio y, para el caso colombiano, se suele ubicar en las tribunas Oriental y Occidental, a diferencia de los barristas, quienes, tradicionalmente, se instalan en las tribunas llamadas populares: Norte y Sur. Al hincha se le considera alguien que no sería capaz de matar por fútbol, posibilidad reservada para el barrista: al hincha se le considera alguien incapaz de ese tipo de actos. Así el barrista se vaya para Oriental u Occidental sigue siendo barrista. Si alguien que asiste a las tribunas Occidental y Oriental participa en un hecho de violencia se mira con sospecha: es probable que sea un barrista que no ingresó a las tribunas populares:

> *¿Vos pensás que la violencia en el fútbol está de forma exclusiva solo en Norte o en Sur?*
>
> "Por lo general, la violencia siempre se ha visto en Norte y Sur, sino que como ya hay tanta hay tanta hinchada, hay veces los de Sur, como no hay más boletas, como ya la hinchada está copada, les toca Oriental. Por ejemplo, en los partidos importantes que pa' no perderse el partido, se hacen en Oriental y allá forman el descontrol."
>
> *¿Alguien de Occidental o alguien de Oriental mataría por fútbol?*
>
> "Sí, porque hay veces, como le digo, no… no hay cupo, no hay más entradas en la Sur entonces se van para Oriental a ver el partido allá y… pero son los mismos sureños, barristas. Pero no creo que la gente de bien vaya a matar por fútbol. No." (Entrevista 7).

Antes que como barristas la identificación inicial es como hinchas: al otro, antes de identificarlo como barrista, se le identifica como hincha. Al hincha no se le ataca sino al barrista. El barrista diferencia claramente a quien es un simple hincha, en estado de normalidad, alguien no considerado loco:

> *¿Qué razones tendría uno para agredir a otra persona en el contexto del barrismo?*
>
> "Pues, que lo agredan a usted."
>
> *¿Siempre es en defensa? ¿Nunca es que uno sea el que ataque?*

> “(Risas). No, a veces también, pero, por lo mismo: pues, porque son hinchas de otro equipo. Pero usted no va a coger a cualquier hincha pues. Por ejemplo, yo veo una familia, una esposa, con camisas de Nacional. ¿Que vamos a pegarles? No, uno sabe quiénes son los barristas también, los locos.” (Entrevista 6).

De esa manera, la disposición de atacar es exclusiva del barrista hacia otro barrista y no a un hincha cualquiera. Se supone que el hincha, en su disposición, no está presto para la agresión. Por esa razón, no se le agrede ni considera dentro del plano del enemigo. Muchos sujetos se reconocen como hinchas pero no se unen con otros para manifestarlo: son hinchas pero no se asumen como barristas, con las discrepancias conceptuales entre una y otra condición como se verá en la descripción del *habitus* barrista.

Habitus barrista

Los hinchas que se integran con otros con quienes comparten equipo de preferencia, en grupos, nombrados, según el caso, combos, parches o bandas y globalmente llamados barras, se constituyen en barristas. El barrista, implicado con el fútbol, el equipo y la barra (en un grado variable, no homogéneo, en cada uno de ellos), considera flojos a los *habitus* aficionado e hincha, menos implicados con prácticas dentro del *campo* del fútbol espectáculo.

Antes de iniciar el análisis del *habitus* barrista, es necesario aclarar que se tocan distintas características de sujetos posibles, haciendo énfasis, por los objetivos de la investigación, en quienes se estructuran como violentos. El barrista, como cada una de las categorías citadas en el texto, no es esencialmente violento: en otras palabras, el barrista no es violento por naturaleza. Se interpretarán algunas contingencias psicológicas y sociales, dentro de una interpretación psicosocial, que permiten ese tipo de configuraciones y prácticas sin pretender ubicar al barrismo ni al barrista como contexto y sujeto violentos por esencia. Así como, por la pretensión analítica del estudio, se toman discursos que hacen factible que se estructuren sujetos violentos también es posible asumirse como barrista sin ser violento: la violencia no es una característica inmanente del ser barrista pero sí una posibilidad que debe ser sometida a mirada crítica.

El barrista violento, como espectador que ejecuta prácticas de violencia física o material, se configura en un campo y con *habitus* específicos: el campo propicia la emergencia de esa prácticas y no tienen sentido por fuera de él. Para ser barrista no hace falta

cumplir con cada una de las posibilidades que se mencionarán en las siguientes líneas: no se trata de una enumeración, cual receta, de los ingredientes sine qua non para acceder al *habitus* barrista sino una descripción y análisis de algunas posibilidades de sujeto que allí se materializan.

El *habitus* barrista, aparte del seguimiento de las novedades del equipo, que también está presente en el *habitus* hincha, tiene diversas prácticas dentro de las que se incluye el consumo de drogas como parte del ritual grupal, la constancia, el viajar, acumular kilómetros recorridos acompañando al equipo sin importar lo que ello implique, como ejercicio de fidelidad con el equipo y la barra. No mentir, como metonimia de no fallar, se constituye en la forma discursiva de denotar compromiso, entrega, continuidad independiente de las circunstancias:

¿Qué significa eso? ¿No mentir en el contexto del barrismo?

> "¿No mentir? No mentir. Por ejemplo, ¿sí me entiende?, o sea estar ahí siempre. No mentir. Ni un paso atrás. No mentir. O sea, siempre estar ahí, estar pendiente de todo del verde." (Entrevista 5).

Las barras, grupos de personas hinchas de un mismo equipo de fútbol, dentro de su lógica interna, surgen como contexto de interacción para el acompañamiento del equipo favorito. Sin equipo de fútbol no habría barra. En otras palabras, para ser parte de una barra se hace imprescindible, en primera instancia, ser hincha, como se describe en la siguiente cita:

> "La barra no es la que se ha ganado los campeonatos. O, ¿sí me entiende?, usted no se pone la camisa de la barra. Usted siempre va a ser la camisa del Medellín, el rojo. A uno le gusta, pues, el equipo. Es que la pasión… usted pertenece a una barra es por un equipo y usted llega a hacer muchas cosas por el equipo: viajar, ¿sí me entiende?, pedir plata. Pero, obviamente, ya eso es ser, pues, de la barra, ¿sí me entiende? Con la barra. Usted con la barra hace muchas cosas por el equipo. Pues… ese es el objetivo de una barra: siempre alentar al equipo, ¿no?" (Entrevista 6).

Si la decisión es pasar del ser hincha a asumirse como barrista no se puede renunciar a la lealtad, la permanencia y el apoyo constante. Al equipo hay que acompañarlo independiente de los resultados deportivos. El cuerpo, como espacio de memoria, se emplea para hacer duradero y visible el compromiso con un gusto que se nombra como del alma:

> "Pues la frase de este tatuaje es que… es que el Medellín puede seguir hasta los 200 años y yo lo quiero seguir viendo hasta allá. No me importa si sale campeón o no, con tal de yo verlo pa' mí es una alegría, salga campeón o no salga campeón, esté en la A, la B o la C. Pa' mí es el equipo del alma. Siempre estará ahí." (Entrevista 2).

El asistir al partido de fútbol se pone por encima de varias de las demás cosas de la vida, incluida la familia. Las funciones, ejercicios y conductas en el estadio y fuera de él configuran el barrista. La compañía permanente al equipo de fútbol es un aspecto innegociable del *habitus* barrista y se hacen sacrificios de diversa clase para cumplirlo, incluso el discutir con seres significativos:

> "Obviamente, la familia no va a estar contenta, pues qué bueno dejar de ir al entierro de tu abuela porque te fuiste para un partido. Y tampoco va a estar toda la familia y todas las amistades y, peor aún, la novia. Saber que uno ha perdido muchas novias por eso, que nunca va a estar contenta sabiendo que vos no tenés un fin de semana libre para ir con ella a un paseo sino porque tenés que ir a un partido de fútbol. Entonces tiene que esperar que no haya partido para poder ir, al paseo o a la actividad que se quiera hacer." (Entrevista 8).

Todos los hinchas sienten una afinidad emocional por los equipos pero difieren en las maneras de manifestarlo y exteriorizarlo. Luego de la incorporación del *habitus* hincha, la preferencia de un equipo, se propicia la apropiación del *habitus* barrista, ligado a prácticas particulares que diferencian al barrista del hincha y el aficionado, unas muestras de entrega mayor al hincha, un sujeto leal al equipo y a la barra:

> "¿Quiénes me hicieron hincha? El verde, o sea el equipo me hizo hincha. ¿Y quiénes me hicieron barrista? Pues los estadios. Los estadios fue que me hicieron barrista, porque al yo ver… al yo ver jugar al verde así yo quería ir pa' todos lados y ya

comenzar a viajar en mula y en mula, ¿sí me entiende? Pa' todos lados. Pero más que todo los *parceros*, ¿sí me entiende? Con los *parceros* era que yo me iba para todos lados y con ellos era que *tan*, seguía en la calle." (Entrevista 5).

Se es hincha porque le gusta el equipo pero se es barrista cuando se hacen más cosas que el hincha promedio: por ejemplo, no es viajar de cualquier forma sino demostrando el amor con riesgos y sacrificios. El *habitus* barrista obedece a la asistencia a los estadios, en condición de local y visitante, a diferencia del hincha, quien no tiene inconveniente en seguir los partidos a distancia:

"No, yo le dije a mi papá. Un día esas palabras me las dijo él y yo le dije que no, que a mí no me gusta ver partidos por televisión. Yo si no estoy en el estadio me da es como tristeza, a mí me da tristeza cuando veo los partidos aquí. Por eso yo creo que estoy como estoy, tan aburrido. A mí me gusta es verlos allá de frente y alentar a mi equipo." (Entrevista 7).

Sentirse parte activa del juego, alentando con su voz y cuerpo, estructura al *habitus* barrista. El barrista lidera el espectáculo en la tribuna mediante acciones de apoyo al equipo de preferencia que son valoradas y hasta seguidas por hinchas y aficionados. Para el barrista no es suficiente ver los partidos sino que es preciso considerarse un actor protagónico del espectáculo: al barrista se le valora en la medida en que su grado de fanatismo, de entrega incondicional, sea mayor. El encontrar un sentimiento en el fútbol sustenta la disposición de matar, que no se ve comprensible en otro deporte, así ni se sepa claramente la lógica de esas otras disciplinas:

"Todos los bombos y los redoblantes comienzan a retumbar y ese estadio como que se quiere es tumbar, recaer… se quiere es caer. Entonces ahí es donde usted: '¡qué chimba eso como tiran esos extintores, esos trapos grandes!' Por eso que usted se enamora locamente de un equipo y no le ve significado a otros deportes por lo mismo: porque eso, pues, yo no le veo como… como otra cosa como al tenis. Tenis solamente es que encesten el balón en una cesta y ya. No le veo como… como la alegría, como el amor: '¡ay juemadre!' No le veo como… como el significado que uno para matarse

por otro deporte. ¿Por qué? Por lo mismo: por la alegría que se siente en un estadio, pa'." (Entrevista 3).

El ambiente del estadio se describe diferencialmente por tribuna, considerando más aptas unas para la observación propiamente del fútbol y otras cargadas de múltiples riesgos. No se quisiera que los hijos se expusieran a esos peligros relacionados con el *habitus* barrista pero sí se aspira transmitir el gusto por el equipo, el *habitus* hincha, con la observación de los partidos de fútbol, sin descartar el ver, desde una tribuna como Oriental, construida como zona para hinchas, a los barristas de Sur o Norte, pero sin involucrarse directamente en ese espacio. Por esas vivencias límite, la posibilidad de morir y el consumo de drogas como acción frecuente, es que se reitera entre los propios barristas el temor a que un hijo suyo asuma el *habitus* barrista, aunque sí se anhela reproducir el *habitus* hincha.:

Si tuvieras hijos, ¿te gustaría que fueran barristas?

"No, la verdad sí me gustaría llevarlos al estadio y que vean fútbol, que vean lo bonito que es el fútbol. A mí me gusta ir a Oriental y ver desde Oriental a los muchachos del Sur. ¿Pero uno estando allá con un niño?, ¡no! Uno sabe que allá es otro ambiente. Allá se tira mucho vicio, entonces como que no es una tribuna apta para uno llevar a un niño. Pero desde que uno vaya en modo ver fútbol, sí me gustaría llevar mi niño a ver fútbol." (Entrevista 4).

El barrista se reconoce como poseedor de un *habitus* diferenciador del hincha. El *habitus* barrista incluye tener la sensación constante de ser agredido, de ser potencial objetivo de ataque de los otros. No se trata, necesariamente, de una condición deseada sino de algo inherente al ser barrista: la concepción de inevitabilidad de la confrontación en el encuentro con el otro, generalmente el barrista de otro equipo, se constituye en aspecto orientador con efectos en la acción, como se lee en las dos próximas citas, en las que se interpreta que el barrista está expuesto a morir a diferencia del hincha, condición que no lo convierte directamente en potencial víctima de ataques de los otros y que, adicionalmente, no se liga a prácticas como el viajar en condiciones de riesgo con tal de demostrar el fanatismo, la entrega. En primera instancia, ser hincha no te expone a morir pero ser barrista sí:

Si tuvieras hijos, ¿te gustaría que fueran barristas?

"Hinchas sí, pero es que, pues, barristas, yo no sé, ya es una palabra muy diferente. Porque uno no, pues, como uno… pa' ser barrista, o la gente que es barrista, sabe que está expuesta a muchas cosas, ¿sí me entiende?: a la cárcel, a puñaladas o así… así a usted no le guste pelear y usted lleve una buena intención; usted sale a viajar o no falta, ¿sí me entiende?, hinchas de tal equipo que le van a tirar así usted vaya normal." (Entrevista 6).

"No, que fueran hinchas pero que no sean barristas como uno, ni locos así, que viajar en mulas, no. Que uno todo lo que vive, uno… uno en eso busca mucho la muerte. Uno hay veces está vivo es de milagro." (Entrevista 7).

El *habitus* barrista tiene como precursor al *habitus* hincha, mucho más generalizado entre la población y con múltiples vías de adquisición. El *habitus* hincha se incorpora desde influencias familiares, escolares, barriales y mediáticas. Para acceder al *habitus* barrista es necesario haber adquirido previamente el *habitus* hincha, cuyo origen se remite, casi siempre, a los primeros años de vida. La barra, espacio de encuentro de hinchas que apoyan grupalmente al equipo de preferencia, se consolida como un *campo* potente de reproducción de la práctica de agresor que, como se argumenta en otro momento, está ligado a la práctica de agredido. Sin embargo, como puede visualizarse a continuación, ese gusto inicial por el fútbol que enmarca la llegada a la barra pudiese ser eclipsado por intereses como el deseo de pelear con los otros:

¿Cuál es la diferencia entre un hincha y un barrista?

"Que el hincha es el que en realidad va a ver fútbol y que en realidad va ir a alentar al equipo. Gane o pierda. Siempre va a estar ahí: alentando al equipo, dándole críticas constructivas o críticas negativas. No sé, qué sé yo. Y el barrismo no. El barrista es aquel que… que no ve fútbol, el que va al estadio como… piensa que ir al estadio es ir a hacer desorden, a pelear, ir a matar y no. Entonces es la diferencia entre el hincha y el barrista. (Entrevista 4).

El hincha, considerado normal como se menciona en distintos momentos del análisis, puede ni ir al estadio y seguir los partidos por televisión. El hincha sigue el fútbol, a diferencia del barrista, que, aunque asiste al estadio, podría tener prácticas orientadas a la violencia:

> *¿Tendrías amigos o has tenido amigos hinchas de otros equipos distintos al que prefieres?*
>
> "Sí tengo amigos hinchas del Medellín, hinchas de otros equipos, pero no son barristas: son hinchas así normal, por televisión, pero no van así que al estadio ni nada."
>
> *¿Cuál es la diferencia entre un hincha y un barrista?*
>
> "Que un hincha sí vive el fútbol como es. Un barrista mata por el fútbol." (Entrevista 7).

El hincha del otro equipo podría ser amigo, pero no tan fácilmente si es un barrista. El barrista carga con el estigma de ser quien llegaría a violentarse en el *campo* del fútbol espectáculo, práctica que no se interpreta como posible en el hincha: para el barrista ser amigo de otro barrista se considera difícil, con el peligro vislumbrado de una agresión entre ambos, a la vez que se admite la posibilidad de relacionarse cordialmente con un hincha.

Dentro del contexto estadio, se asume que quienes agreden se ubican en las tribunas Sur y Norte y son de una condición económica baja. En una reproducción del imaginario de la división social de las clases el estadio fracciona, según esa narrativa, a hinchas en las tribunas Oriental y Occidental, no violentos, gente de las clases media y alta; y a los barristas, violentos y de clase baja, en Norte y Sur. Se establece una relación directa entre la clase social baja y la predisposición a la violencia desde ese repertorio interpretativo:

> *¿Y si por ejemplo te hicieras amigo de alguien sin saber que es hincha de otro equipo?*

> "Ah, obviamente lo he tenido, pero es muy distinto un hincha a un barrista. ¿Por qué? porque un hincha, un hincha no se va a poner a dar la vida por un equipo. Podemos suponer: una niña, una niña por ahí de papi y de mami qué se va a poner a dar la vida por un equipo, por ahí de… de El Poblado, una niña de El Poblado. Niñas que tiene con qué, qué se va a poner… si mucho ir a un estadio entrará a Occidental, a preferencial. Y si le gusta mucho entra por ahí a Oriental cerquita de Sur, pa' sentir lo mismo. Pero no, nada que ver, pa'. ¿Tengo amigos hinchas de Medellín?, sí. Pero son otras cosas distintas: son hinchas. Pero un barrista, pues sí… un barrista qué va a… toca *güeriar*[3] con él." (Entrevista 3).

El *habitus* barrista se reproduce trascendiendo las barreras biológicas que hacen inevitable el envejecimiento o la muerte de los sujetos situados en ese campo, además del cambio de actividades que los alejen del contexto. Otros llegan a ocupar ese lugar, ya con unas disposiciones más o menos estables: casi como una obra de teatro, llegan a leer y ejecutar el libreto que otros han escrito. La incorporación del *campo* a los sujetos que transitan en él, materializada en el *habitus* que se agrega, garantiza la perpetuación independiente del cambio de sus agentes, con las adaptaciones y modificaciones propias del *campo* del fútbol espectáculo, espacio, además de continuo en algunos aspectos, dinámico y cambiante en otros. La reproducción del *habitus* barrista se da, incluso, cuando el adulto y el joven son hinchas de equipos distintos: las prácticas relacionadas con esa condición se incorporan desde la hexis corporal independiente de las preferencias deportivas de los actores que interactúan:

> "Pues… es tesa la cosa. No, no, no, o sea, obviamente, no al punto pues de ciertos conocidos que tengo, pues que entre los hermanos se han dado cuchillo y todo por ser de diferentes equipos. Pero, el caso concreto mío es *bacano* porque eh… digamos que mi tío era barrista también, o tal vez podría decirlo que lo es. Él es de una barra actualmente, pero bueno. Cuando yo estaba niño, me acuerdo que lo acompañaba al estadio. Él era hincha del Medellín, es hincha del Medellín y yo lo... me llevaba. Yo estaba muy niño y entonces él entraba al estadio, iba y pegaba su trapo en la tribuna Oriental y yo lo acompañaba, pues me llevaba." (Entrevista 8).

[3]*Güeriar* significa pelear, luchar con el otro.

El *habitus* barrista se reproduce bajo distintas vías como las previamente evaluadas y se materializa su incorporación mediante acciones muy específicas en las que el fanatismo, la entrega desmedida y la disposición de morir o matar emergen como posibilidades. El desplazarse a otras ciudades, incluso a otros países, es una de las mayores muestras de entrega que puede tener un barrista en su contexto, acción que propicia el encuentro con los otros, con la posibilidad de que se dé la violencia en esa interacción. En las siguientes páginas se profundizará cómo la dualidad agredido- agresor dentro del *habitus* barrista enmarca la estructuración de sujetos que ejercen la violencia.

Agredido- agresor: relación dual que estructura al sujeto violento

La idea instaurada de demostración de superioridad mediante el uso de la fuerza, la lucha por el prestigio asignado culturalmente al enérgico, al vencedor, al que humilla al otro, cultiva agentes dispuestos a matar o morir, acciones enmarcadas en la dupla agresor-agredido o agredido-agresor, en el evitar ser superado y el aplastar corporal y simbólicamente al otro. La cultura, dentro de su valoración, pide que el barrista sea violento y el sujeto incorpora la violencia a su accionar, la violencia como lealtad, entrega y muestra de amor exacerbada.

En el *habitus* barrista el otro es peligroso y atentará contra la propia integridad. La defensa, legitimada socialmente, se consolida como el impulso, el motor, para el ataque. Las roles de agredido- agresor se convierten en modo integrado de comprensión de las interacciones con barristas de otros equipos. No hay lugar para las dudas: el otro es un agresor al acecho y hay que estar a la defensiva ante un ataque inminente:

> "Si uno no, ellos lo agreden a uno. Eso pasa: si uno se encuentra un hincha en una mula[4] si tú no te paras primero ellos se paran y ellos se lo fuman a uno." (Entrevista 5).

Se dice que el barrismo no se relaciona con la violencia, pero ella se nombra, se reconoce como parte de la interacción con otros barristas enunciando varias de las prácticas

[4]Una mula es una denominación de un tipo de vehículo. Un significativo número de barristas en Colombia usan ese como medio de transporte irregular entre ciudades para el acompañamiento al equipo de preferencia.

factibles. Dicha probabilidad, la del encuentro violento, se incrementa si el otro con quien se encuentra es hincha del tradicional rival deportivo:

> "Pues profe, el barrismo es una cosa. Pa' mí el barrismo no es que pelear, que chuzar a otra persona, que andar con cuchillo o machete ni nada de eso. Pa' mí el barrismo, es ir a alentar al equipo en la tribuna, con el salto, las manos y el mejor instrumento que tiene uno es la voz… mas no que… que porque yo voy a ver a un hincha de Nacional por ahí, ¿y a mí qué me está haciendo? ¡Nada! Entonces uno pelear por los colores. Eso es una cosa, pero en un clásico, porque si usted en un clásico se queda parado, usted es hincha de Nacional y yo del Medellín, yo no llevo nada y usted lleva un machete, un ejemplo, y si yo me quedo parado acá, usted me puede matar. ¿Sí me entiende? Eso en un clásico, eso uno tiene que pelear por la vida de uno. Pero pa' mí el barrismo es eso, de ir a alentar al equipo solo con la voz." (Entrevista 2).

El otro es un posible agresor por lo que es necesario estar a la defensiva si se quiere conservar la vida. No se concibe la posibilidad de compartir en convivencia un espacio de cruce entre hinchas de distintos equipos como la mula: el otro debe estar a distancia y no hay opciones de que reciba un trato respetuoso de su parte. El encuentro en un espacio como la mula hace que, en algún momento, los otros lo quieran agredir:

> *¿Y por qué razones agrede uno a un hincha en una mula? ¿No podrías hacerte amigo de él, hablar con él, respetarlo? ¿Por qué razones se agreden?*
>
> "¿Por qué?, por los colores. Porque ya saben que uno es de Nacional y uno ya sabe que ellos es de otro color y que no somos… no podemos ser amigos."
>
> *¿No pueden ser amigos de un hincha de otro equipo?*
>
> "De poder sí, sino que es…eso… no. Eso es muy raro uno estar viajando con otros equipos. A la hora veinte esperan la… la caída de uno pa' tirarle a uno. Así vayan con uno en la mula le tiran a uno." (Entrevista 7).

La posesión de armas, la actitud vigilante activa y la disposición a entrar en combate estructuran la práctica de agredido, la idea constante de que será atacado, en el que, simultánea y consecuencialmente, se configura la práctica de agresor. La forma en que se comprende el ellos termina por configurar el nosotros: se piensa que los otros son agresores y la praxis propia se encauza hacia convertirse en lo que supone son los otros:

> "Entonces uno se va involucrando: andar con cuchillos, con machete, a no estar tranquilo por ahí en la calle o saber que usted en cualquier momento se los va a encontrar y ya tiene que pelear." (Entrevista 6).

Como parte de esa interacción con otros barristas al margen del propio grupo, se despliega la creencia férrea de incompatibilidad entre la existencia propia y la ajena estructura la tendencia a la agresión. La idea recurrente de que la propia vida está en riesgo materializa acciones contra los otros:

> "Pues, no sé. Primero que todo como por la rivalidad entre equipos; segundo, porque uno va como que en medio de la droga, entonces todo eso: entonces a uno en carretera no le importa si matar a alguien: uno va diciendo "o es la vida de ellos o es la vida mía". Porque él no va a pensar, tampoco hay veces, como uno. Nosotros teníamos muchos hinchas y nosotros los dejábamos ir: "no, hermano. No le hagamos nada. Robémoslos y ya". Pero otros no pensaban así: otros pensaban que hay que matarlos, que después de robarlos que había que matarlos, que había que tirarlos de las mulas. Entonces son cosas como que impactan." (Entrevista 4).

El encuentro circunstancial con los diferentes en un mismo espacio marca la dualidad dicotómica: el nosotros- ellos se comprende no bajo una relación de iguales sino en una interacción en la que unos querrán imponerse sobre los otros. O se es agresor o se es agredido, sin espacio para los matices. No se quiere ser agredido por lo cual se agrede, sin que sea forzoso un ataque previo del otro:

> "Pa', lo que pasa es que uno, por ejemplo, uno ve un hincha y si él no lo ataca a uno, uno lo ataca a él, ¿sí me entiende? Ya eso es algo que viene como… como por decirlo así, una tradición. Ya usted ve un hincha que… si usted se queda quieto él lo ataca a

usted… y si usted… y si usted se queda quieto ahí se lo… se lo fuman. Pero no, en cambio ese… no, eso no se puede evitar. Porque uno va montado en una mula y cuando ve son los otros hinchas que se le subieron a uno y ahí es donde se forma el *cogeculo*, ¿sí me entiende?" (Entrevista 5).

En el contexto del barrismo la venganza se sustenta como motivo frecuente de agresión: uno de los propios, conocido o no (pero, a fin de cuentas, "de los nuestros"), fue asesinado o herido por los otros y nos corresponde, legítimamente (dentro de esa lógica), efectuar un acto de similar calibre. El sujeto que efectúa un acto de violencia dentro de ese contexto actúa legítimamente amparado, según esa idea, por el encontrarse castigando a "quien lo merece":

> “Y, como le digo, más de un hincha del Medellín nos ha quitado muchos *parceros*, nos los han matado. Entonces ya uno queda con el rencor. Y eso nos lo sacan en cara cada rato, que nosotros te matamos a yo no sé quién. Entonces queda uno rencoroso ya, con ganas de matarlos también.” (Entrevista 7).

En una lógica de ataque y respuesta al ataque, los cánticos estimulan el encuentro violento, mensajes con carga ofensiva que pueden desencadenar la agresión física. Ambos sujetos o bandos enfrentados sacan armas para no ser agredidos, constituyéndose en agresores:

> “Pa’, no tiene que ver con eso, pero, pues, sí tiene que ver. Porque uno… la alegría y el sentimiento llega con la violencia. Esos cánticos, los cánticos: usted le tira a otro, a otro hincha un canto y usted le… pues, el otro hincha se ofende y ahí es donde comienza la violencia. Se ofende y bueno: ¿vamos a darnos?, saca *una* machete y usted también saca *una* machete. Vamos a darnos, ¿no? Como le digo: si él le tira usted tampoco se va a dejar dar. Entonces ahí, ahí está.” (Entrevista 3).

La narrativa de encuentros violentos en carretera, historias épicas que se cuentan de barrista a barrista y se convierten en referencias inevitables de acción, permea los imaginarios barristas, llegando hasta aquellos integrantes que no se enlistan en las rutas de la mula, del recorrido en

el que dejar la vida es la moneda con la que se paga, que ya se asume como parte del ambiente y como algo natural:

> “Me han contado casos de amigos conocidos de la barra que se encuentran con hinchas de otros equipos y pues si viajan los apuñalan y los tiran de la mula y si hay mujeres las violan y después las tiran de la mula y te encontrás con una cantidad de cosas que es increíble lo que pasa. […] Yo creo que se está volviendo un problema de orden público, es normal que una mula de 20 hinchas de Nacional montados encima de ella y va otra con 20 hinchas de otro equipo montados en ella y se enfrentan entre ellos.” (Entrevista 8).

No es necesario que exista una provocación manifiesta de parte de los otros. Su presencia, por sí sola, ya representa un riesgo que es necesario atender. Los otros, en la representación compartida dentro del *habitus* barrista, pudiesen quitarnos la vida si no nos anticipamos a su acción. La petición de evitar o frenar la agresión es ignorada:

> "Los barristas, barras bravas, uno mismo, los que viajan en mula y todos pa’. Todos porque no es que uno quiera sino que le toca pa’, porque usted… a usted lo van a atacar y usted, pues, no se va a dejar atacar. Entonces usted va a buscar unas… y, en ese momento, uno como que pierde el conocimiento de la vida que usted ni escucha a la otra persona: “¿por qué me va a matar? Vea que yo no soy de eso... vea que tan”. Usted como que: “vea que es del Medellín, vamos a atacarlo, que *tan*... vamos a matarlo”. Sólo por una camiseta, por un color. Pues que uno pierde la razón de eso, de conocimiento. Por eso es que uno mata y come del muerto, como dicen." (Entrevista 3).

El matar al otro es una de las posibles consecuencias lógicas con la visión del otro como potencial agresor, como ser que puede originar un riesgo y al que es posible agredir antes de recibir su ataque. La concepción del otro como enemigo pudiese estar inmersa en más *campos* del espacio social y no corresponder a una mirada exclusiva del fútbol espectáculo y, más particularmente, del barrismo. La mirada de ataque- defensa y el deseo de eliminación del otro están enmarcados en la intención de vengar hechos previos. En ese

sentido, sería conveniente reconocer otras posibles salidas a los conflictos, alternativas al margen del odio y la intención de supresión de la otredad:

> "En nuestra cultura y en nuestra sociedad igual creo que ese otro, ya lo había mencionado, ese otro lo veo como un enemigo, como alguien a eliminar. Entonces que el que no esté conmigo está contra mí, está en contra de mí. Entonces yo pienso que… que cuando sentimos ese sentimiento de apropiación que algo es mío, entonces un equipo es mío, yo siento que… que, en esa medida, caemos como en una lógica de ataque-defensa." (Psicóloga deportiva).

Sin embargo, pese a esa idea generalizada de que los exclusivos agentes productores de violencia son los barristas, con el alto riesgo de asumirse como verdad absoluta, circulan discursos y se ejecutan acciones que ofrecen comprensiones alternativas del fenómeno: también se presentan hechos de violencia en los que los protagonistas son hinchas y no barristas. Otros actores al margen del barrismo participan de la construcción o reproducción de imaginarios que afectan la convivencia o propician la violencia. En el mismo sentido, el fútbol se constituye en *campo* en el que distintos actores involucrados asumen la violencia como una práctica aceptable, sin que esa idea se dé únicamente dentro del barrismo. Esa comprensión ampliada del fenómeno se desarrollará en el parágrafo relacionado con la reproducción.

De esta manera, se describieron tres niveles de implicación con el fútbol y las prácticas relacionadas con ese gusto dentro del *habitus* espectador: el *habitus* aficionado, el *habitus* hincha y el *habitus* barrista. El *habitus* barrista, con las configuraciones subjetivas que estructuran sujetos violentos en el contexto del fútbol espectáculo, se enmarca en unas lógicas de disputa, de lucha por la hegemonía y la posesión de distintas formas de capital. En las próximas páginas se abordará la relación entre los capitales, primordialmente económico y simbólico, y la violencia.

Los capitales económico y simbólico en la violencia asociada al fútbol espectáculo

El fútbol espectáculo opera como un *campo*, con relativa autonomía con respecto a las sociedades en que se desarrolla, desde aspectos relacionados con su práctica como de su consumo como espectador. En ese sentido, se configura como un contexto con sus propias

particularidades y no como simple producto social que funciona como réplica de los demás *campos* o contextos. Bourdieu (2000) reconoce la imposibilidad de comprender las lógicas internas del deporte basándose en las dinámicas sociales hegemónicas del sitio de referencia y, con ello, abre la opción, y hasta necesidad, de comprender la distribución y lucha por la ubicación jerárquica en aspectos que no se limiten al economicismo imperante:

> Si es cierto, como tiende a sugerir mi interrogación, que el sistema de instituciones y agentes relacionados con el deporte tiende a funcionar como un *campo*, se sigue de ello que no se puede comprender directamente lo que son los fenómenos deportivos en un momento determinado en un entorno social determinado poniéndolos directamente en relación con las condiciones económicas y sociales de las sociedades correspondientes: la historia del deporte es una historia relativamente autónoma que, aun cuando se halla escandida por los grandes acontecimientos de la historia económica y política, tiene su propio ritmo, sus propias leyes de evolución, sus propias crisis, en suma, su cronología específica, (p. 175).

El *habitus* espectador, como práctica dentro del *campo* del fútbol espectáculo, configura modos de actuar que pueden romper las dinámicas dominantes en la sociedad en la que se desenvuelven esas acciones. En ese sentido, el capital económico se queda corto si se toma como parámetro exclusivo para comprender las prácticas allí consumadas, entre ellas las ligadas con el consumo, el acceso a información y seguimiento a las competencias como espectador.

En el barrismo las condiciones económicas, como se expone en varios fragmentos, no son el factor predominante en la definición de la estructura, por lo que es reduccionista concebir la violencia exclusivamente como producto de la falta o escasez de capital económico. “Hablar de capital específico significa que el capital vale en relación con un *campo* determinado, es decir, dentro de los límites de este *campo*, y que sólo se puede convertir en otra especie de capital dentro de ciertas condiciones.” (Bourdieu, 2002, pág. 120). El capital simbólico por el que se lucha en el barrismo se relaciona con la configuración de ciertas prácticas: robo, mendicidad, agresión y disposición de exponer la vida. La posesión del capital simbólico requiere de la valoración de otros sujetos con los que se interactúa: no se

refiere a condiciones objetivas como pudieran ser las relacionadas con la distribución del capital económico. Bourdieu (2010) lo expresa de la siguiente forma:

> …la estructura de un campo es un estado -en el sentido de momento histórico- de la distribución, en un momento dado del tiempo, del capital específico que allí está en juego. Se trata de un capital que ha sido acumulado en el curso de luchas anteriores, que orienta las estrategias de los agentes que están comprometidos en el campo y que puede cobrar diferentes formas, no necesariamente económicas, como el capital social, el cultural, el simbólico, y cada una de sus subespecies. (p.12).

La lucha por el capital, económico y simbólico, estructura sujetos con características particulares del espectador nombrado como barrista: de esta forma, se configuran *habitus* conducentes a la violencia. Todo barrista es hincha de un equipo de fútbol, pero no todo hincha se puede clasificar como barrista: el *habitus* barrista incluye el riesgo latente de ser agredido o agredir (los *habitus* agredido- agresor), la posibilidad de resultar privado de la libertad y prácticas como el consumo de drogas, el viajar de forma irregular y la disposición de robar si no se cuenta con el capital económico suficiente para la compra de boletas de ingreso a los estadios o para desplazarse entre ciudades o hasta contando con ellos, en búsqueda de alcanzar el capital simbólico aun contando con el económico.

El capital simbólico se consolida como el orientador de múltiples prácticas del *habitus* barrista que no siempre se reconocen explícitamente como tal y se obtiene, en esa escala de valoración propia del contexto, por acciones como el robo de trapos a otros grupos; el desplazar territorialmente a los otros comprendiendo el hacerlos retroceder u obligarlos a correr como una vergüenza de alta magnitud; la disposición de morir o matar, herir o ser herido, recibir o propinar un daño físico; y el acumular kilómetros de recorrido a los lugares donde el equipo preferido actúe, preferiblemente si ello implica sufrimiento, como rebuscar el dinero requerido, el aguantar las inclemencias climáticas y el privarse de comer o dormir.

Se considera como normal al hincha y se juzga como entendible que tenga ese afecto por el equipo, mientras que el amor que el barrista le tiene al equipo no es normal, va más allá de esos límites socialmente aceptables con prácticas intensas que pudieran llevar al fin de la propia existencia o a la pérdida de la libertad. Sin embargo, y reiterando que la reproducción

no se da de forma lineal, por más que el barrista sepa cuál es la exposición a la que se somete en el juego de pasión extrema con los peligros ligados no necesariamente concibe como deseable que sus hijos repliquen su *habitus*:

> *Si tuvieras hijos, ¿te gustaría que fueran barristas?*
>
> "No, que fueran hinchas pero normal. O sea, una persona que le guste su equipo y ya, ¿sí me entiende? Porque no me gustaría que mi hijo sufriera una puñalada, que mi hijo le pasara lo mismo que a mí: que sufriera en una mula y, en todo el caso, que terminara en un lugar como este. Porque ahora viajar en una mula, todo el tiempo no va a tener plata y ¿a qué le va llevar eso? A robar. A eso le va a llevar eso: a robar. Los mismos compañeros le van a ofrecer vicio y ahí es donde cae en el vicio. Y del vicio, un paso al cementerio o un paso acá, a un lugar de estos." (Entrevista 5).

El barrista sabe a lo que se expone y acepta tal pacto tácito al ingresar a la trama: no elude el riesgo y no se convierte en impedimento para su deseo de apoyar al equipo, de sentirse protagonista del espectáculo al estar allí, independiente de las dificultades que ello envuelva. Hay razones consideradas superiores, valoradas por encima de la vida ajena y hasta la propia, que hacen admisibles las eventualidades implicadas.

No importa, para el barrista, el no recibir ningún incentivo económico de parte de los futbolistas del equipo del cual es hincha. Un cuestionamiento frecuente que se les hace a estos espectadores es el aludir el factor económico como argumento con frases como “ellos (los jugadores o equipos de fútbol como instituciones) no le dan nada a usted”, inquiriendo su entrega desmedida, su pasión desbordada, pero el actuar barrista no se encuentra necesariamente impulsado por la expectativa de beneficios de este estilo. Más que ello, les resulta irrelevante el no recibir bienes materiales en función del fanatismo hacia el equipo de fútbol amado y la barra que lo alienta. Más que una recompensa de tipo material o económica, la disposición de morir por ellos se justifica en el capital simbólico implicado, la valentía, la lealtad, la permanencia y demás ejercicios que son valorados positivamente por los demás barristas. La vida propia puesta en riesgo es la moneda de cambio por la felicidad que se expresa recibir de parte de esos deportistas que actúan en el equipo amado:

¿Vos qué pensás? ¿De pronto los futbolistas y los equipos se preocupan porque alguno de ustedes murió en carretera?

"Por eso le digo a usted, pa': ellos no nos dan a nosotros nada. Ellos no nos dan nada, absolutamente. Ellos no nos dicen "vea, llévese este mercadito", "llévese esos 300, 400 mil pesos pa' que esté en carretera", pa' que vaya otra ciudad". Pero, pa', nos da una alegría inmensa, pa'. Un amor que no nos da nadie, pa'." (Entrevista 4).

El barrista pide dinero para ir a cumplir con el ritual de acompañamiento permanente al equipo de preferencia. De esa manera, con la obtención de recursos a través del pedir a otros, se configura el práctica de mendicidad, nombrada en otros párrafos. Si un aficionado al fútbol o un hincha promedio no tienen recursos económicos se quedan en la casa, ve el partido por televisión o lo sigue por Internet o radio. Esa alternativa no es tan viable para el barrista, como ya se narró con anterioridad. La familia, en ocasiones, se convierte en un *campo* reproductor, como apoyo económico para que el barrista acuda a la ceremonia:

"Cuando yo empecé en la barra, ¿no le digo que me tocaba volarme a pedir monedas en el estadio pa' poder *dentrar*? Ya cuando nosotros sacamos el trapo y todo eso, mi papá me echó mucha cantaleta con mi mamita pero mi mamita me apoyaba. Yo le decía: "mamita, regalame pa' la boleta". Me regalaba pa' la boleta, pa' que me fuera para el estadio. Mi papá: "sígale *alcagüetiando*". "Deje que sea feliz". Y mi mamita siempre me ha *alcagüetiado* con Nacional. Siempre, pa' donde sea. "Mita, no tengo para irme para la excursión". "¿Cuánto le falta?" Tanto. "Váyase para su excursión". "Manéjese bien". Ella me ha *alcagüetiado* todo lo que tiene que ver con Nacional." (Entrevista 1).

El dinero, pese a lo que se pueda pensar desde una visión estrictamente economicista, no es el bien más valorado en este espacio y el barrista prioriza elementos simbólicos como lo codiciable y lo digno de ser resguardado, cuidado hasta si corresponde perder la vida en su defensa. Las representaciones propias del campo del barrismo contienen un aprecio elevado para condiciones subjetivas allí establecidas: el amor por el equipo expresado de distintas formas, entre ellas la disposición de ponerse en riesgo. El trapo, en el que se plasma una presencia territorial, representa la existencia: el barrio, la comuna o la ciudad se sintetizan en

ese objeto. Simbólicamente, y con evidentes efectos fácticos, el trapo tiene un valor preponderante, al margen del ínfimo precio económico, objetivo, que cueste su elaboración: su pérdida representa la muerte, razón por la que el trapo se defiende con fortaleza:

> "A ver, pues yo digo que pa' una barra los trapos son todo, ¿sí me entiende? Los nombres, lo que lo representa. Eso… eso donde una barra pierda eso, ya. Entonces ha pasado en ocasiones, en muchas barras, que les roban a los otros y ya eso queda… queda casado para toda la vida, ¿sí me entiende? Ya siempre que se pillen se van a dar duro. Así ya no recuperen los trapos ni nada pero ya saben que se los robaron. Eso a una barra la deja por debajo de todas. Como decir: les robaron el nombre. Tal barra se llama así y se robaron ese trapo que dice el nombre de la barra. Ya, hasta ahí. Así pienso yo y lo mismo las prendas: eso se las roban y todo, siempre que hay por ahí peleas." (Entrevista 6).

Lo social hecho cuerpo: cuerpo que quita porque estima valioso un objeto, cuerpo que lucha por conservar objetos. El valor asignado a las prendas, trapos e instrumentos se configura en la interacción. Un trapo sin los colores que representan al equipo o una camiseta sin el escudo del club apoyado, independiente de la calidad, marca o costo económico en el mercado, no valen en el *campo* del fútbol espectáculo para el *habitus* barrista.

Esos mismos objetos, con los colores y símbolos del equipo incluidos serán preciados tesoros que hay que proteger, para el caso de los propios, o quitar, para los ajenos. Objetivamente, por su costo material, ninguno de esos objetos pudiese representar la vida; subjetivamente, esos elementos representan la vida. Por ello matan y se hacen matar. La ruptura de fronteras geográficas, como se plantea en otro momento, es uno de los ideales dentro del *habitus* barrista: el trapo representa el camino recorrido, el llevar a otros lugares la casa, la familia, el que el nosotros ocupe un lugar en territorio de ellos:

> *¿Por qué un trapo llega a tener un valor tan alto que la gente hasta está dispuesta a dar la vida por él?*

> “¿Un valor tan alto? Porque el trapo representa, ¿sí me entiende?, la… la… la banda de uno, ¿sí me entiende?, los kilómetros que uno lleva viajando. Todo eso, todo eso representa el trapo. (Entrevista 5).

Si partimos de la idea de que "un trapo es como la vida", el quitarles objetos a los otros representa, simbólicamente, matarlos. De esta forma opera la práctica de robo simbólico: es motivo de orgullo el despojar a los otros de sus trapos o prendas, con un valor comercial menor pero con un gigantesco valor simbólico establecido en la interacción. La carretera es un espacio físico en el que se admiten prácticas específicas: en ese espacio la vida es otra por lo que las reglas del juego son distintas. Es admisible, en ciertas circunstancias, quitarle las cosas al otro porque pudiera tener elementos que sirvan como trofeo, que otorgan un capital simbólico. De otro lado, si "un trapo, un trapo, es como la vida de uno", el barrista está dispuesto a morir si hay alguna posibilidad de perder un trapo:

> “Ah, no. Eso en carretera ya la vida es otra cosa profe. Porque en la carretera uno ve una persona de otro equipo, de otra ciudad: puede tener mini trapos, puede tener escudos, puede llevar un trapo y todo eso. Uno piensa en eso nada más en carretera, cuando uno ve una persona de otro combo. Entonces uno le tira es a cogerle el bolso, la bolsa o lo que lleve, porque hay muchos… muchos llevan trapos, mini trapos y todo eso: camisas, prendas. Todo eso, todo eso, es una reliquia pa’ uno. Uno sabe que lo quitó en carretera, además un trapo, un trapo, es como la vida de uno.” (Entrevista 2).

Partiendo de la valoración que tienen esos objetos en la interacción barrista, la identidad se plasma en el trapo: el quitarles el trapo a otros representa, en ese sentido, despojarlos de su existencia simbólica. Se existe y se reconoce la existencia del otro en la medida en que se tenga un trapo que así lo exponga: el trapo, elemento central del capital simbólico barrista, se establece como unidad superior a la posesión de un capital económico. La presencia grupal es materializada con la ubicación territorial de la tela en la tribuna. Para el barrista, más que para cualquier otro espectador del fútbol, el mostrarse ante los otros cobra relevancia: allí, en ese contexto del fútbol espectáculo, siendo visible para los demás, es que se dota de significado el objeto. Un trapo que no se exhiba en ese espacio no cobra notabilidad. Así como para los barristas su propio trapo tiene valor para los de los demás

equipos se carga de valor simbólico, tanto como para tener la intención de robarlo y exhibirlo como trofeo:

> "… si vos vas bien a una tribuna sin ningún trapo no sabés si hay barra o no, es una hinchada normal: así está Oriental, así está Preferencia. Inclusive hay gente que tiene sus banderas y eso, pero dentro de la barra digamos que los trapos son uno de los significados tal vez más importantes, tal vez el más importante. Entonces digamos el trapo pues mío […] cuando lo sacamos valió 60 mil pesos, creo, y eso es bobada pues. Eso no vale nada, pero el otro día cuando ya estaba pegado a la tribuna valía millones, cualquier barra del mundo daría millones por él y es el trofeo más preciado precisamente por eso: porque para una barra, digamos, lo más importante son los trapos, entonces para las otras también. Entonces tener un trofeo como un trapo de otra barra, sea el que sea, pues es como ganar la pelea, como ganar la batalla." (Entrevista 8).

El *habitus* barrista asigna un valor preponderante a los objetos que, simbólicamente, representan a la barra, su familia, su vida. En esos preciados objetos, además, se encuentra, muy frecuentemente, representado su barrio, su comuna o su ciudad, por lo que el aspecto territorial contiene una notabilidad significativa. Por ello se explica, en parte, la defensa de esos objetos a ultranza y la disposición a robárselos a los otros. En el vacío de capitales imperante se busca significar la vida variando la concepción del capital y su valoración colectiva: quien pone en riesgo su vida se narra como un héroe en una parte del círculo barrista mientras que para la concepción social externa a ese contexto es nombrado como delincuente:

> "Eso es lo que uno ya viene a pensar ahora en día: ¿uno por qué se hace matar por un trapo?, ¿por qué se hace matar por colores? Esa es la pregunta como que del millón. Pero uno cuando está involucrado pues en eso de ver el barrismo así desadaptado uno sabía que el barrio de uno es como el honor. Entonces el trapo, eso es lo que representa uno: el barrio, muchas veces de esos… nosotros Los del Sur los trapos son de cada barrio, de cada comuna. Entonces sí: tener el trapo y tener un trapo, por ejemplo, de un contrincante que usted se lo quitó es un orgullo. ¡Imagínese pues! Muchos se hacían matar por otro trapo y era un orgullo." (Entrevista 4).

La vida del barrista está en constante peligro, en el afán de proteger los trapos propios o hurtar los ajenos. El interés de ganar capital simbólico hace que el barrista se exponga a morir con tal de obtener los objetos preciados que lo ubican en una zona de reconocimiento grupal. Quien tiene el trapo, objeto de alto valor en el contexto, está dispuesto a matar si alguien intenta robárselo o logra hacerlo:

> "Yo estaba… yo estaba en… en Bogotá. Un partido Nacional- Millonarios. Estaba frente a la cárcel La Picota, cuando había un trapo de Millonarios colgado, ¿cierto? Había un trapo de Millonarios colgado en un patio y entonces yo dije: "no, ¿sabe qué? Ese trapo va pa'… pa' la *city*, pa' Medallo". Y claro: de una fui yo, lo des… le quité las cosas esas y me lo metí de *güevas*. Al yo cogerlo yo quería seguir robando en esa casa, porque yo pensé que estaba sola. Cuando yo abro la puerta así de esa casa estaban son puros hinchas del Millonarios así todos descamisados, todos peludos: unos tirando pega, otros tirando bazuca, otros fumando marihuana. Y entonces yo… yo al verlos así yo de una salí corriendo. Cuando al ratico ya tenía por ahí una cuadra encima, por ese trapo. Y era el que más pegara puñaladas." (Entrevista 6).

El perder un trapo, el que otro se lo robe o intente hacerlo, es una de las peores deshonras sufridas por un sujeto o un grupo barrista, por lo que la venganza ante tal humillación podría incluir la muerte. El barrista da un valor sublime al trapo propio y también al ajeno, de allí que la disposición de morir por quitarlo o por defenderlo es tan marcada, incluso con la reprobación explícita de dichas acciones a nivel discursivo.

El barrio de residencia, dividido simbólicamente entre verdes y rojos para el caso Medellín, se estructura como espacio para la confrontación con la lucha por la posesión del trapo: defender el propio y quitar el ajeno. El trapo, objeto que materializa esa ubicación territorial, se valora como si de la propia existencia se tratara o incluso hasta más allá. La posibilidad de que el barrista de otro equipo sea concebido como amigo, incluso siendo conocido de una infancia previa a la incorporación del *habitus* barrista, es vista con desconfianza. La vida hay que darla si el trapo puede ser arrebatado por los barristas de los otros equipos: perder el trapo es morir:

"No, en el barrio… porque, una vez, le cuento una historia: una vez, uno… se levantó desde chiquito conmigo. Entonces, yo tenía el trapo de la banda, un trapo que mide por ahí… por ahí 15, 20 metros. Entonces él sabía dónde estaba y me lo quería voltear. Entonces, por ese dilema, a mí me llegó el rumor: 'no, ese tipo está haciendo eso, eso, eso pa' voltearle el trapo. Y ojo con eso que usted sabe que eso... por eso lo pueden estar matando a usted'. Entonces eso es como la vida de uno pa': si me lo roban me matan a mí o me caliento. Entonces ahí es donde uno como que: eh, cuál *home*, cuál amigo, que cuál *hijueputa home*. ¿Aquí? ¿Amigo? Amigo ratón del queso."

Si te intentaran robar el trapo, ¿estarías dispuesto a dar tu vida por él?

Sí, por eso salí de dilemas con el chino, dilemas con el chino y me partió la cabeza como por acá (se señala)." (Entrevista 3).

Lo simbólico, como bien se puede advertir con la valoración del trapo y de las acciones en el contexto del barrismo, define buena parte de la jerarquización grupal formal y hasta informal. La repartición del poder dentro del *campo* del barrismo se da por distintos factores objetivos y subjetivos, considerando que "…la noción de capital rompe con la visión economicista de los fenómenos sociales y sugiere la posibilidad de considerar una amplia gama de recursos susceptibles de generar interés por su acumulación y de ser distribuidos diferencialmente en los espacios de juego, generando posiciones diferenciales en el marco de estructuras de poder." (Bourdieu, 2010, pág. 12). En ese sentido, los sujetos que transitan ese espacio de interacción acuden a prácticas materiales y simbólicas que los dotan de un prestigio grupal: el capital simbólico, y no exclusiva ni necesariamente de forma prioritaria el capital económico, definen la ubicación de los actores en ese contexto.

El capital simbólico asignado a los trapos y prendas vigoriza prácticas conexas con la violencia. El dejar sin representación al grupo del barrio o sector de residencia que apoya al equipo rival motiva el robo de símbolos. Recuperar el objeto que le habían robado al grupo representa una humillación para los otros, con una resurrección simbólica tras la pérdida de la vida representada en él:

> “Yo llego a una fiesta y están 20 hinchas del Medellín Y ah, listo, ahí están. Pero llego a una fiesta y hay 20 hinchas, hay cinco y tienen una bandera, ahí ya hay una cosa diferente. Y si son en el barrio mío, es el barrio el que represento, digamos mi barrio lo representa mi bandera, el barrio mío lo representa una bandera en la barra de ellos. Yo tener la bandera de ellos es que ya ese barrio no tenga más representación, sacar otro pues ya sería perder el honor y no sé qué cosas. O que en todo el mundo lo ve como que recuperarlo es como pegar la mayor cachetada del mundo al otro: “ah, mirá me lo quitaste pero yo te lo recuperé”. (Entrevista 8).

Robar el trapo representativo de los barristas del otro equipo del propio barrio significa quedarse con el dominio absoluto del territorio, eliminar al otro de la lucha por la hegemonía geográfica local o dejarlo en posición simbólica de sumisión. El estatus adquirido por quienes logran tal fin impulsa su acción, con el reconocimiento de los otros que lo elevan a la categoría de héroe grupal. El capital simbólico disponible en el *campo* del fútbol espectáculo se adquiere, para el caso del barrista, mediante prácticas en las que la degradación del otro aparece como maniobra definida.

El estatus en el *campo* del barrismo se adquiere mediante prácticas que favorecen las posesiones de capital, económico y, primordialmente, simbólico. Carecer de un elevado capital económico no es, por sí mismo, un aspecto que imposibilite el ser considerado positivamente si se tiene o lucha por la adquisición de capital de tipo simbólico. Esa claridad es pertinente, pues rompe con ideas hegemónicas instauradas en las que el factor monetario sería el ítem exclusivo de clasificación.

Para corresponder al *habitus* barrista se requiere de recursos para la compra de la boleta, los desplazamientos dentro y fuera de la propia ciudad para acompañar al equipo y la compra de indumentaria representativa (como camisetas, trapos y banderas). Sin embargo, la no posesión de capital económico en el barrismo es, a diferencia de otros campos, una posibilidad de tener un capital simbólico: se valora a quien realiza actos que demuestren el compromiso hacia el equipo y la barra, enfrentando las adversidades que implica no tener disponibles, de forma fácil y directa, los recursos materiales para acceder a los bienes. Esa es la razón por la que, incluso, varios agentes que poseen el capital económico para desplazarse por medios como avión o bus de transporte regular prefieren irse por carretera de manera

irregular: así acceden al capital simbólico representado en el valor del riesgo asumido y sobrepasado:

> *¿Da un prestigio viajar en esas condiciones de riesgo? ¿En la barra uno adquiere un prestigio por el hecho de no viajar en bus sino hacerlo en mula?*
>
> "Pues sí, yo digo que sí. Porque, como te digo, si tú viajas en un bus tú eres un salchichón, una salchicha que te da miedo montarte en una mula. Y en la mula es donde se forma el rigor con... con los otros… con los otros hinchas cuando uno se los encuentra en la carretera." (Entrevista 5).

El capital simbólico se representa a través de la legitimidad que se adquiere y sostiene dentro de la barra, concretado a través de gestos que demuestran la potestad para ser reconocidos como barristas. El participar de los cánticos en el encuentro grupal es pagar el derecho a ser considerado parte, un mandato ineludible del habitus barrista: se canta para alentar al equipo del cual se es hincha y al que se acude a acompañar al estadio y si alguien no lo hace no tiene valor en esa multitud. En esa misma vía de la obtención de capital simbólico, constituida en acciones bien calificadas por sus pares, una de las prácticas que dota de reputación dentro de la barra es el viajar acompañando al equipo a distintas ciudades e incluso países. Si quien viaja tiene un capital simbólico, si los kilómetros recorridos equivalen a ganancia de estatus, se entiende que muchos se lleguen a exponer cuando carecen de los recursos materiales para demostrar su fidelidad a la barra y al equipo:

> "El mensaje que yo siempre he dado nunca va a cambiar: para nosotros lo más importante es el equipo, por encima de todo; segundo, lo más importante es el aguante dentro de la tribuna: el que no canta no sirve y si usted no va a ir a cantar a una popular pues se puede ir para cualquier tribuna. […] El mensaje es que tienen que viajar: la persona que esté digamos en el grupo cercano y que no viaje no sirve tampoco, o sea no sirve pa' nada, no tiene por qué estar ahí. O sea, es preferible que se vaya para otra parte: en la barra hay muchos combos y hay muchas otras tribunas en las que también puede estar." (Entrevista 8).

En un primer vistazo, la posibilidad de viajar estaría relacionada con la posesión del capital económico requerido para ello. En otras palabras, sería una acción exclusiva que premiaría a los integrantes de condición económica superior. Sin embargo, algunas rutas alternativas han permitido que otros actores, desprovistos del dinero suficiente, consigan equipararse y, en determinados casos, superar a aquellos de clases altas. El viajar en mulas, sin costo económico, emerge como práctica reiterada en el *habitus* barrista, principalmente en sus agentes de estratos bajos, encumbrándolos a la ganancia de prestigio. Entre más arriesgue la vida más capital simbólico obtiene:

> "No, porque eso es adrenalina. Eso para nosotros es eso: conocer otras ciudades sin tener que pagar pasaje. Pero, de todas maneras, uno siempre tiene que llevar la mentalidad para la carretera, que uno se puede caer de una mula, se lo pueden coger extraditado en otra ciudad, se puede caer de la mula, se puede morir… pues, ¿sí me entiende? Hay mucho problema en la carretera, como lo hay de bueno también: lo bueno es que uno viaja gratis, conoce ciudades que uno no conoce, conoce partes que uno nunca había escuchado y todas esas cosas; y lo maluco es eso: que uno se puede quitar la vida muy fácilmente en una mula." (Entrevista 2).

El riesgo implícito en el recorrido no es algo indeseable sino el impulso mayor para decidirse a hacerlo. Incluso teniendo el dinero para evitar una cantidad considerable de peligros el barrista puede preferir exponerse, con la firme ganancia de capital simbólico ante sus pares. Equivalentemente, podría alternar el transporte regular con la mula, para no renunciar a la llamada adrenalina involucrada en el traslado difícil. Para sustentar la concepción biológica del gusto se acude a explicaciones relacionadas con la adrenalina, con lo que se experimenta al ir en medios no regulares:

> "Pues yo no le veo… yo no le veo qué es la emoción de aguantar hambre, pa', qué es la emoción de aguantar frío. ¿Se siente una adrenalina muy *chimba*? Sí, se siente una adrenalina muy *chimba*. ¿Pero qué? No es como usted llegar a un estadio, llegué *melele*… aguantar hambre, usted llegar a la casa y 'mijo, ¿cómo llegó de…? ¿Llegó bien?' Usted viaja en una mula, un *rocazo* mal dado en la cabeza, partido la cabeza, una puñalada en la *espaldera*. ¿Por qué se dio eso? Porque estaba viajando en una

mula teniendo plata. Si viajo en mula y tengo plata, viajaría por ahí medio pedazo y cogería el bus y… y estaría bien, ¿no?"

¿Y no te haría falta la adrenalina que decís sentir cuando lo haces de esa manera?

"Pues, sí haría falta. Pero por lo mismo le digo, pa': si le hace falta la adrenalina y uno tiene con qué pagar el *buseto*, el bus, viaja medio… prácticamente medio… medio camino y el otro lo puede seguir en el bus." (Entrevista 3).

El pedir y conseguir dinero por parte de otros (familiares, conocidos o, incluso, desconocidos), estructurando la práctica de mendicidad, o el vender algún producto para completar lo requerido, tienen un fuerte valor simbólico en ese colectivo: se otorga un prestigio al agente que lo obtiene. Cuando no resultan efectivas esas prácticas (o, también, sin agotar esas aternativas dentro de un marco legal), para asuntos como comprar las boletas de ingreso a los estadios o desplazarse a otras ciudades o países, pueden darse acciones en contra de otros: la práctica de robo, materializada, por ejemplo, con el robo a comerciantes u otros hinchas en carretera. El interés por acceder al capital simbólico, la lealtad al equipo y a la barra, propicia que los agentes estén dispuestos a ejercer la violencia como recurso:

"Pues… son como los… no tengo ropa. Como le estaba diciendo: no tenía la ropa para ir por allá un viaje de casi 15 días, viajando en mula día y noche, pa'. Pues en mulas solamente se podía hasta Colombia, todo lo que era Colombia. Prácticamente de ahí pa' allá no se podía casi, prácticamente casi, solamente era: sólo robe, pague bus y ande bien. Como dice uno: 'dándose buena vida'. Entonces no tenía que estar robando a los mismas hinchas la ropita y sólo lave la ropita y robe pa' comer, comprar la droga pa' y pa' la dormida." (Entrevista 3).

El barrista puede tener ropa en su casa y viajar con una cantidad mínima y puede tener dinero para pagar su pasaje de bus o excursión y preferir desplazarse en mula: en ese *campo* de interacción no es la economía el asunto principal, relegada por lo simbólico. La ruptura de fronteras geográficas, como bien figurado, tiene un mayor valor cuando se consigue en el rebusque, la adversidad, el ridiculizar las dificultades económicas consiguiendo los recursos,

con dificultades, para estar allí. El salir avante de ese maremágnum, el recorrido como carrera de obstáculos, es motivo de presunción:

> "Ese día estábamos jugando en Pasto y más de uno: 'vamos pa' Perú, vamos pa' Perú'. Porque no llevaba ni los viáticos, de la ropa ni para ir hasta allá. Pero, como le digo, la envidia y la so… la supervivencia en el… en ese desierto, en ese bosque que uno mismo se mete, toca sobrevivir sí o sí, pa'. Y pues fue una experiencia muy *chimba*." (Entrevista 3).

El equipo de fútbol predilecto es concebido como el que permite embarcarse en la aventura de recorrer el país o hasta el continente de la forma que sea. Así los equipos no aporten dinero para que esos viajes sean posibles el barrista asume que gracias a ellos, a esos conjuntos deportivos en la competencia, logra el objetivo de romper las barreras geográficas, como el capital simbólico representado en la fidelidad y acompañamiento sin importar el lugar. El equipo, por sí mismo, contiene el refuerzo simbólico que motiva la acción barrista.No importa que el equipo no dé nada económico en un campo donde lo simbólico está muy por encima en la escala de valoración:

> *¿Cómo fue ese viaje a Ecuador y cómo fue ese viaje a Perú?*
>
> "Yo me sentí muy… muy contento por conocer otro país de cuenta de mi equipo. Conocí… ¡no, es que la felicidad que yo sentí no se puede explicar!"
>
> *¿Y por qué decís que de cuenta de tu equipo? ¿Ellos dieron algún dinero para ese viaje?*
>
> "No dieron nada, pero jugaban allá y, como le digo, yo lo sigo donde juegue y allá fuimos a dar: a Perú y a Ecuador." (Entrevista 7).

En ese orden de ideas, el capital simbólico opera más que el capital económico en el barrismo. La propia vida funciona como moneda de pago: simbólicamente, el que la vida esté expuesta, la disposición de morir, brinda un capital simbólico reconocido en ese *campo*. El viajar en condiciones de riesgo, como una de las prácticas con carga simbólica más fuerte,

dota, a los agentes que se atreven a efectuarlas, de un reconocimiento de los demás integrantes del grupo, quienes, simultáneamente, desaprueban otras formas de desplazamiento. El viajar con buena cantidad de dinero equivale a no adquirir el capital simbólico inherente al cruce con otros hinchas, que, por lo general, se relaciona con la violencia:

> "Ah, la verdad, porque si uno está en la… en la… ¿cómo te digo?, por ejemplo yo: yo cuando jugaba el verde acá en Medallo, yo de una decía: "no, yo voy pa' Medellín". Mi papá me regalaba 20 mil pesos: "váyase en bus". Y yo: "no, pa', no pa'. Esos 20 mil pesos me sirven pa' la entrada". Y cogía la mula y de una pa' acá pa' Medallo. Pero, ¿cómo te explico eso *home*? La verdad uno también, ey a todo eso lo lleva a uno las compañías que uno tiene también. Porque tú te vas en un bus, relajadito, parchado, porque se va uno tranquilo en un bus, ¿sí me entiende?, y no te expones a nada. Y los compañeros tuyos te están diciendo: "uy, ¡qué salchicha!, ¡qué salchicha!, ¿te vas en bus?, uy, ¡qué salchichón de pollo! ¿Cómo te vas a ir en bus hombre si la que engorda es la montaña?", o sea la mula. Y, entonces, ya uno… entonces tan, uno se va con la corte. Se va con toda la corte completa. (Entrevista 5).

El barrista puede viajar en la mula incluso contando con los recursos económicos para desplazarse en bus o en otro medio de transporte regular. Recorrer lugares detrás del equipo de fútbol, asistiendo a las ciudades en las que el calendario deportivo doméstico o internacional señala, es más valioso si para ello se expone la integridad física, si se llega al destino luego de superar el frío o calor, el hambre, las condiciones adversas del recorrido.

Cualquier actor desprovisto del *habitus* barrista o sin la comprensión de ese universo simbólico alternativo que allí orienta la acción, considera que el viajar en condiciones de riesgo o el robo son cuestiones con raíces netamente económicas. Mientras para el barrista las múltiples prácticas que rompen con el deseado orden social, tales como el viajar sin pagar pasaje o despojar a los otros de sus pertenencias, tienen un determinante valor simbólico la lógica de la policía, al igual que otros actores que no incorporar el *habitus* barrista, es que obedecen, sencillamente, a la carencia de recursos materiales para el apoyo al equipo:

> “Sí, claro, la policía también arma sus dispositivos en las vías para evitar, no es que se desplacen, es que sufran accidentes montados en las propias mulas, volquetas, pegados de las bicicletas (…) Algo así, se estigmatizan por algo, pues bastante delicado eso: porque son gente que se desplazan de ciudades a otras sin tener los pasajes. Y si no tienen los pasajes no tienen para la boleta, al no tener para la boleta se ven abocados a cometer un hecho punible, como un hurto, como un *raponazo* o ir a pedir, ¿cierto? Entonces vienen a ciudades donde no conocen la forma de desplazarse o la dinámica de la misma ciudad, entonces van a verse incurridos en que puedan cometer un delito para conseguir la boleta.” (Policía).

El capital simbólico puede representar la obtención de capital económico y viceversa: no se trata de aspectos contrapuestos o excluyentes en su naturaleza. El asunto relevante en este caso es visualizar la notabilidad que el capital simbólico adquiere en el *habitus* barrista. Las razones para la materialización de acciones en contra de los otros no se reducen a una simple operación material, económica.

Si usted está dispuesto a morir obtiene capital simbólico. La vida opera como dinero simbólico: quien se monta a una mula sabe lo que le puede ocurrir, incluyendo caerse o cruzarse con hinchas de otros equipos, matar o fallecer, pero lo hace. El escenario se concreta y los actores se acomodan: está en disputa el honor con las otras barras y no se quiere ser derrotado. En esa transacción, en la que la vida es el valor puesto en el mercado, el que uno de los propios muera es perder capital simbólico. El *habitus* agresor, anteriormente expuesto como concepto ligado al *habitus* agredido, se activa ante la posibilidad de ser superado por los otros y que el prestigio colectivo se ponga en entredicho, además de la posibilidad de resultar siendo los atacados: la competencia, que contiene la violencia como recurso, más que en los estadios se da en las carreteras:

> «Estoy en contra con eso. En este momento dentro de la barra trabajo y hago cosas pensando en que se acabe, para que no continúe más eso porque a la barra no le sirve eso, la hacen quedar mal en muchas partes. Además de eso uno como barra no quiere perder, por decir algo, y esos pelados es normal que pierdan porque van tres en una mula y viene otra mula de hinchas de otros equipos entonces hay un hincha de Nacional o dos que pueden perder no solamente la vida sino que pierden la batalla. Y

> al perder la batalla los hinchas del otro equipo van a salir a decir: “ah, te cascamos, te corrimos, matamos a uno de los tuyos”. Y no es lo mismo en una ciudad donde está la ley, donde está la policía, donde se puede hacer justicia. Cuando te encuentran en carretera y te tiran al río Cauca, nadie va a saber quién te mató y cómo te tiraron al río Cauca, ni qué pasó, entonces es complicado por ese lado.» (Entrevista 8).

En el barrismo se le da valor al que pelea, acción que se asume como defensa de los colores representativos del colectivo. El superar confrontaciones con los otros, incluso acabando con sus vidas, marca la posibilidad de ascender en la valoración grupal, garantizando la obtención de capital simbólico, el ser reconocido:

> «Yo sí creo que hay una cosa muy importante y es en la escala como barrista se valora mucho el chico que enfrente cosas: el chico que siempre está dispuesto a la pelea… eh, que sea capaz de salir adelante en peleas. Entonces, claro, en la medida en que eso se va aumentando, el ego del chico va subiendo. Y lo que tiene es que la medida para escalar posiciones dentro de una barra puede ser esa. ¿En qué termina una confrontación violenta? ¿Qué puede ser lo máximo que haga? Pues asesinar a alguien. Entonces es una bola de nieve que se va envolviendo el ego del chico en decirle: “mirá, vos sos bueno porque peleás mucho, porque hacés defender los colores” y todo eso.» (Periodista deportivo 1).

Con la disputa de capitales simbólicos y económicos se configuran sujetos con la disposición de robar para acceder a esos valores. Se ejecutan robos materiales o simbólicos, sin que ambas motivaciones estén desconectadas o correspondan a una naturaleza distinta: el riesgo, que dota de capital simbólico al agente que lo afronta, está involucrado tanto en el robo de bienes materiales como simbólicos. Separamos ambos bienes con fines metódicos de comprensión, insistiendo que no tienen naturaleza bifurcada: el robo de bienes materiales para viajar, ingresar a los estadios y la compra de comida y droga emerge como materialización de la valentía de enfrentar el riesgo, incluso contando con los recursos económicos necesarios; de igual forma, el trapo no posee valor un comercial desmedido pero el obtenerlo está significado en el encarar el peligro involucrado en la pelea con los otros.

Lo simbólico atraviesa ambos tipos de prácticas de robo configuradas en el *campo*: en los dos tipos de acciones, el robo y el robo simbólico, como se codificó en esta investigación con fines analíticos, el ubicar al sujeto al que se le roba en posición de inferioridad motiva la acción y el ponerse en riesgo otorga un elevado capital simbólico:

Cuando uno va sin dinero, ¿qué hace?

«¿Qué hace? Robar… robar y delinquir, *quitale* a los demás las cosas: la plata pa' uno poder *dentrar*.»

¿Y no habría opción de ganarse ese dinero de otra manera o pedirlo?

«Porque es que hay veces uno le pide a la gente y lo menosprecian a uno y uno 'ah'. Ya después de que se siente menospreciado a uno le dan ganas de como quitarle las cosas. Porque hay veces la boleta sale muy cara y uno hay veces pidiendo, pidiendo, de 200 en 200 no le da.» (Entrevista 7).

El *habitus* barrista implica otras cosas que no pasan en el aficionado ni en el hincha. Desde esa condición emergen diversas prácticas que le permiten acceder al capital simbólico allí valorado, difícilmente comprensibles para los restantes espectadores del fútbol espectáculo. El barrista, con los citados capitales involucrados, debe corresponder al llamado y acudir a la cita para conseguir la legitimidad en ese contexto: hay que estar allí, así no se cuente con los recursos monetarios en un inicio. Cuando se carece de los recursos económicos para los viajes y entradas a los estadios, se tiene como práctica el pedir dinero, configurando la práctica de mendicidad:

"Al barrismo, yo seguí yendo al estadio, me le volaba a mi papá, me iba al estadio a pedir plata, a pedir monedas. Y un amigo cierto día me dijo: 'niño, vamos a meternos a La Sur que allá es todo, que tin'. En 1997 nos metimos allá y nos parchamos. Fue adonde inicié en la barra. Y ya se nos dieron las cosas y ya tenemos el parche de nosotros en la barra. Así fue que ingresé a la barra, por medio de un amigo." (Entrevista 1).

El práctica de mendicidad involucra prácticas como estar y dormir en la calle, aguantar hambre y soportar las condiciones climáticas adversas, el consumo de drogas, el pedir dinero y el hurto: el barrista, hasta en carencia de bienes materiales y económicos, efectúa prácticas para mantener el acompañamiento al equipo. Mientras que el aficionado y el hincha no ponen todo su capital, el barrista sí: incluso tiene la disposición de despojar a otros de sus recursos con el fin de estar allí en la cita. La práctica de robo, como parte de la práctica de mendicidad, está mediado, aparte de los elementos simbólicos antes analizados, por el deseo de conseguir los recursos relacionados con el seguimiento al equipo de fútbol, además de la obtención del capital económico para comer y consumir drogas:

> "Pues es que el barrismo está conformado como en muchas cosas, ¿sí me entiende? Pues… vamos a suponer: el barrista, que viaja en la mula, el barrista loco que está conformada por la *gaminería*, porque nosotros prácticamente somos es gamines: viajar en mula, aguantar hambre, aguantar frío, consumir vicio como un *hijueputa* por boca y nariz. Disculpe la expresión. ¿Y qué? Y perder muchas cosas pa', entonces el robo estaba era por comprar vicio y comer. Eso era lo que, supuestamente, *izque* era la vida buena en carretera: consumir vicio por boca y nariz pa'." (Entrevista 3).

La práctica de robo tiene prácticas como el hurto a los propios compañeros de barra o hinchas del mismo equipo. El robar no se trata de un simple rito para dejar al otro en condición de humillación o inferioridad, como sí sucede en la práctica de robo simbólico, dirigido hacia el barrista de un equipo distinto como se expone en otra parte del texto, con el capital simbólico como eje orientador principal. La práctica de robo tiene motivaciones adicionales al someter al otro y está enmarcado en la satisfacción de las propias aspiraciones materiales:

> *¿Cómo se da eso de ataques entre ustedes mismos?*
>
> **"**Porque vienen a robar a los… se roban entre los mismos barristas, vienen a robar. Por ejemplo, a mí me ha tocado *robarle* boletas a otros, a los mismos barristas pues de la Sur, pa' poder *dentrar* uno, ¡porque es la de uno! Entra uno: o se queda fuera él o me quedo fuera yo. Entonces empiezan conflictos, como también hay veces por los trapos,

porque ellos tienen unos trapos que son de… son ajenos y los van a robar. Entonces empiezan a pelear, se ven en la calle y pelean.” (Entrevista 7).

Pero la práctica de robo no se constituye, exclusivamente, por no contar con los recursos económicos para la compra de la boleta, con motivaciones extras por la posesión de capitales económico y simbólico, relacionados entre sí como se ha expuesto. Los hinchas del mismo equipo pudieran ser potenciales víctimas, tal cual se observa en esta entrevista:

¿Y si les ponen carnet a todos?

“Pues si le ponen carnet a todos, todos que entren y sería bueno. ¿Todos que sean abonados? *Chimba*, ¿no? No… no se robaría… se ro… es que se de todas maneras se robaría, pa’, pa’ consumir droga, pa’ estar con plata, pa’ vestir bien, se robarían… Imagínese usted que nos robamos hasta nosotros mismos: “¡qué *chimba* de prenda!”, “¡qué *chimba* de prenda vieja guardia!”, “¡qué *chimba* de gabán de Nacional!” Y uno no lo tiene y lo quiere tener, como la envidia, y se lo quita.”

¿Ha pasado? ¿Se ha dado eso?

“Obvio. ¿En carretera? eso es lo que más se ve, pa’.”

¿Entre hinchas del mismo equipo?

“Sí, el que se duerma pierde: esa es la ley de la carretera, pa’.” (Entrevista 3).

Todas las contingencias de la carretera pueden ser aprovechadas por el barrista. Así como el robo a los otros, incluyendo a los hinchas del propio equipo, aparece como posibilidad el lograr subir a bordo de una mula, bien sea con la autorización del conductor o mediante la propia astucia para evitar ser percibido, es considerado un acto de valiente, una misión que confiere capital simbólico al que la ejecuta.

Como parte de la configuración de prácticas que dotan de capital simbólico se encuentra la anteriormente mencionada de la invasión de carros (mulas, para el caso

colombiano), qu también puede darse bajo la autorización explícita del conductor, con el fin de no pagar pasaje en transporte público establecido es una práctica frecuente del *habitus* barrista. Los conductores (llamados *ferchos* en el discurso de la siguiente cita) pueden estar o no de acuerdo con la práctica. Si rechazan llevarlos, apoyados por los policías (nombrados como *tombos* en el fragmento próximo), podrían estar impulsados por el temor de que se dé el encuentro con barristas de otros equipos, sabiendo de sus posibles consecuencias:

> *¿Cómo es eso? ¿Se monta uno, el chofer se da cuenta o es cuando no se da cuenta?*
>
> "Llega uno y la espera en una parte donde uno sepa que la mula va a parar. Hay veces que los *ferchos* le colaboran a uno, como hay veces que le dicen a uno que no, porque bajan otros hinchas de otros equipos o… o lo esperan a uno. Entonces empiezan a tirar piedra y les dañan pues los vidrios a la mula, entonces es por culpa de nosotros. Pero hay veces sí nos lleva hasta cierto lugar: "ah, que voy pa' tal lado, ¿le sirve hasta tal lado?" "Ah, sí, pa'". Nos lleva gratis. O como hay veces nos bajan los *tombos*, que los *ferchos* no… no les gustan que uno vaya allá. Entonces nos bajan también." (Entrevista 7).

El cumplir el ritual de fidelidad, el acompañar al equipo a la mayor cantidad de partidos, incide para que, incluso sin contar con el capital económico para ello, los sujetos barristas se embarquen. Esa carencia material se combina con la lealtad al equipo y a la barra, el compromiso tácito asumido de estar allí siempre, para propiciar diferentes formas de atentar contra los otros. Una práctica inicialmente aprobada se transforma en una acción censurable y con la cual se desvirtúa la potestad de ser considerado parte del grupo:

> *¿Los que se van en mula siempre es porque no tienen el dinero para hacerlo o hay en algún contexto del barrismo donde se le da un estatus a la persona que viaja en esas condiciones de riesgo?*
>
> "Dentro de nuestra barra, el que viaja en una mula no es de la barra, es uno más. Hay un grupo que se llama la Banda Pirata, que son aceptadas porque ellos verdaderamente lo hacían como se creó, que era con el ánimo de ir a ver el equipo porque no tengo plata y porque viajo como sea entonces me voy en una mula y llego al partido, consigo

la boleta como sea, no tengo plata, o puede que tenga la plata para la boleta pero no para el bus entonces me voy en mula, llego al estadio, compro mi boleta, entro, salgo y me devuelvo en mula. Eso hasta ese punto de vista está visto bien, porque eso fue porque se creó y por lo que empezó." (Entrevista 8).

El barrista que posee los recursos económicos para no exponer su integridad y viajar sin arriesgarse podría invalidar discursivamente al que se desplaza de manera irregular, ubicándolo en una posición jerárquica inferior dentro del grupo. Sin embargo, se acepta que hay líderes de barras que ejecutan esa operación de viajar por fuera del transporte regular y el capital simbólico obtenido puede llegar a sobrepasar el estigma que puede recaer sobre esos sujetos por su tipo de movilización, visto como propio de alguien marginal:

"Hay algunos, me imagino yo, que serán piratas y que no serán parte de la Banda Pirata que también viajan de esa forma y que van a los partidos y eso y de pronto también tendrán algún reconocimiento dentro la barra o algo, porque hay gente de los combos que también viajan de esa forma, y tienen un reconocimiento por ser de algún combo o alguna cosa, y hay combos que aceptan ese tipo de personas, pero digamos que nunca una persona que viaje de esa forma va a tener una importancia dentro de un combo por encima del resto de las personas: siempre va a estar por debajo, va a ser el de menos de nuestra barra, en la barra de Los del Sur. En otras barras, sé y conozco y entiendo que hay muchísimos de esos que son de los líderes inclusive de las propias barras." (Entrevista 8).

Dentro de la lógica comercial, considerando otro de los aspectos en los que el recurso económico está involucrado en el contexto, el espectador es el más anónimo entre los actores, si lo comparamos, entre otros, con los jugadores, entrenadores, árbitros, directivos, periodistas. Las acciones desarrolladas no necesariamente corresponden a la carencia de recursos económicos y aun quienes cuentan con todas las condiciones de comodidad pueden realizar acciones riesgosas, incluso aquellas que los lleven a perder la libertad, en busca del capital simbólico dispuesto para aquellos constantes, fieles en el apoyo:

¿Vos qué pensás de los equipos? ¿Los equipos se interesan por lo que les pase a ustedes, porque ustedes pierdan la vida?

> “Pues la verdad eso lo sabes tú: que no. Ellos qué les… ellos ni saben que debe uno existir hombre. Es la verdad: esos manes ni deben saber que uno debe existir. Si no que uno es un *güevón*. […] Mi papá… mi mamá se murió hace tiempo, ¿cierto?, y mi papá siempre me ha criado a mí, me ha ayudado en todo. No me la llevaba bien con mi madrastra, por las malas amistades: me tocó irme de la casa a vivir solo. Y ya cuando me fui de la casa mi papá me pagaba un hotel, vivía *reparchado*. Un hotel, me pagaba restaurante y yo vivía bien. Incluso así seguía buscando la mala vida: “no, que tan. Que un partido tal y tal”, pam, recojo todas las cosas, tan, tan. Las llevo a la casa de él y *pum*, a coger el *pony* pa’ *Medallo*, pa’ otra ciudad.” (Entrevista 5).

Independiente del estrato socioeconómico de los integrantes hay unos valores incorporados al *habitus* barrista que se asumen para ser parte, sin importar el origen o las posesiones materiales. Se cuestiona y se señala al que ejerce la violencia pero, simultáneamente, se le valora como poseedor del capital simbólico. El integrante busca adquirir un estatus dentro del campo y el ejercicio de la violencia, discursivamente castigado y señalado, es, a su vez, dotado de significación: la valentía, el resistir el ataque de los otros, el aguante, el pararse frente a la arremetida, el no correr ante la agresión de los otros son exaltados como valores deseables, muestra de hombría y defensa del estatus grupal: valores constitutivos del *habitus* barrista. De forma implícita, y a veces explícita, se reconoce ese encuentro con los otros como un espacio competitivo en el que no se quiere perder. En contraposición a estos bienes grupales, el huir a la provocación o intento de agresión es una deshonra inadmisible, una muestra de debilidad que puede llevar a la derrota en el combate, como se puede notar en las siguientes dos citas:

> *En el caso de cuando se encuentran dos combos o bandas, dos grupos de personas hinchas de dos equipos distintos, cuando alguien se niega a enfrentarse o que dice “más bien no peleemos” o que llama a la convivencia, ¿cómo es vista esa persona?*
>
> “No, pues, no. Una loca. Así. Sí, ahí mismo le dicen: “uy, ¡qué churreta!” Pues, por ejemplo, si vamos todos: entonces, por ejemplo, uno sale corriendo y ya detrás de ese se va otro, ¿sí me entiende? En cambio, si ven a otro bien parado y antes diciendo: “vea, vamos a pararnos”. Eso es así, es que ese es el folclor de las barras y lo, culturalmente, al que corra es una loca. Así, o el que no se pare es una loca.” (Entrevista 6).

¿Qué pensás en el caso del barrismo hay barristas que dicen "al otro lo odio", "si lo veo lo mato"? ¿Qué piensas de ese tipo de expresiones y también acciones de querer eliminar o desconocer al otro?

"…si el rico llega a la tribuna y se va de viaje o se encuentra con un hincha de otro equipo, pero al lado suyo van otros 20 que son de estratos 0,1,2,3,4 y son violentos te va a tocar pararte o correr. Y si corrés vas a quedar como una loca ante toda tu… ante toda tu barra y toda tu barra te va a recriminar y te van a dejar como el más bobo. Inclusive, te pueden hacer *bullying* el resto… *bullying* el resto de la vida o te pueden sacar. ¿Por qué? Porque si llegan a perder, la culpa va a ser tuya, porque fuiste el que corrió. Y los otros así también corran, pues vos fuiste el primero entonces vos vas a ser el que pague esas consecuencias." (Entrevista 8).

La virilidad puesta en duda por no responder al ataque con violencia está ligada con otros códigos establecidos dentro del *habitus* barrista: un varón debe enfrentarse al otro y no evadir la confrontación cuando se puede presentar. Huir de la violencia implica pérdida de capital simbólico en el contexto del barrismo. Dentro de esas pautas de comportamiento no está bien visto, en los espacios de ataque colectivo, tener un grupo ampliamente más numeroso que el bando opuesto: atacar a los otros cuando tienen una clara desventaja en el número de personas no se considera una acción que otorgue estatus en ese *campo*. El prestigio se gana venciendo en el combate en una condición similar de fuerzas:

Y si uno dice "muchachos: calmados, no peleemos por eso", ¿es visto como débil o qué? ¿Cómo lo ven los otros?

"Lo ven como una, supuestamente lo llama uno, una loca. O que no… o que no sientan el rigor y salgan a correr. Que no sientan… que sientan la presión y salgan a correr. Ah, correlones, son locas: es como… como una ofensa, pa', pa' un equipo. ¿Que salga a correr? La peor, ¿no? […] Entonces uno… uno… pues… personalmente yo le diría: nosotros dos vamos a darnos nosotros dos, pa' que…pa' que la vuelta quede. Y así uno se gana un respeto más ganado que uno dándole todo ese poco a esos poquitos. Se lo ganaría más uno a uno: como par hombres." (Entrevista 3).

La huida a la arremetida del contrario es catalogada como falta de hombría y al agente que la efectúa o la propone a sus compañeros como poco hombre. En esa representación de masculinidad, el hombre enfrenta la arremetida en lugar de evadirla. Si el barrismo es un contexto de hombres, con la mirada de hombría relacionada con la agresividad y al enfrentamiento –y, por tanto, no al correr–, se da por sentado que quien si se quiere tener buena reputación el pararse, el mostrarse fuerte y firme ante los otros se hace imprescindible:

> "…como barrista que sos, también aceptás que existe un folclor, que existe una fiesta, que existe una alegría, pero que existe una violencia. Y que no es que uno tenga que coger un cuchillo e ir a matar al que sea, no, pero a la hora de un tropel te tenés que parar y tenés que enfrentar […] Además de eso, antes que nada pues lo digo: nosotros somos hombres, hombres y nos hacemos respetar. No quiere decir que en ningún momento vamos a ir dando el mensaje equivocado de ir a agredir, no. Pero somos hombres y hay que tenerlo claro porque llegan momentos donde te vas a encontrar con dificultades y como hombre que sos las tenés que afrontar porque estás en una barra." (Entrevista 8).

El que ingresa al *campo* del barrismo debe acogerse a esas concepciones, con la disposición a pararse, el mostrarse firme y fuerte ante la arremetida de los otros, considerando, como planteara Bourdieu (2010), que quienes ingresan al campo deben tener cierta aceptación, así sea implícita, de las normas que allí orientan la acción:

> Pero el campo social como campo de luchas no debe hacernos olvidar que los agentes comprometidos en ellas tienen en común un cierto número de intereses fundamentales, todo aquello que está ligado a la existencia del campo como una suerte de complicidad básica, un acuerdo entre los antagonistas acerca de lo que merece ser objeto de lucha, el juego, las apuestas, los compromisos, todos los presupuestos que se aceptan tácitamente por el hecho de entrar en el juego. (p.13).

No se trata de una disposición individual, la carga asignada al nombrado desadaptado, sino un recurso, a veces implícitamente valorado, para adquirir el capital simbólico que da el

reconocimiento grupal. Incluso, en determinados casos, ese bien simbólico pudiese representar el acceso a algún bien material:

> “Pues muchas veces pasa así en combo. Me tocó ver mucho a mí que: "ah, que esté *man* chuzó a tantos del Medellín”. “Eh, bien, bien, bien. Así es que tiene que ser. Hay que matarlos”. Y no sé por qué. ¿Que se robó un trapo de otro combo? “Bien, a este se le da una excursión gratis” o algo así. Y no sé por qué se le alaba. Pues, antes de corregírsele o corregirlo se le alaba. Pues sí. Ya es un grande, ya lo tienen que respetar y no.” (Entrevista 4).

No hace falta que la aceptación de las condiciones del *campo* sean avaladas de manera explícita. Las normas, incluyendo aquellas establecidas informalmente sin que estén mediadas por un mandato jerárquico sino mediante la interacción entre pares, deben ser aceptadas si se quiere ser parte, como analizara Bourdieu (2010):

> Para que un *campo* funcione es necesario que haya gente dispuesta a jugar el juego, que esté dotada de los *habitus* que implican el conocimiento y el reconocimiento de las leyes inmanentes al juego, que crean en el valor de lo que allí está en juego. La creencia es, a la vez, derecho de entrada a un juego y producto de la pertenencia a un espacio de juego. Esta creencia no es una creencia explícita, voluntaria, producto de una elección deliberada del individuo, sino una adhesión inmediata, una sumisión dóxica al mundo y a las exhortaciones de ese mundo, (p. 13).

Es tal la carga simbólica configurada en la interacción, una especie de aceptación y materialización del *campo* en su propio cuerpo, que sujetos que ejecutan ese tipo de acciones directamente, el viajar en mulas y participar en hechos de violencia en esa concepción dual agredido- agresor expuesta en otro espacio de este texto, descalifican esas prácticas, no les encuentran un sentido desde el plano discursivo explícito:

> “Entonces yo veo… como que no le veo como la tensión a eso ya. ¿Sí me entiende? Entonces yo no le veo como… como futuro a eso, pa’. Yo no le veo por qué tanta gente ya lo coge es como de moda pa’, como de deporte, ¿no? Como “vamos a viajar en mula, vamos a conocer cuál es ese rigor, cuál es la adrenalina, a aguantar hambre”.

> Yo no sé qué le ven a aguantar hambre, aguantar frío. A media noche y lo coge un aguacero por ahí *dentrando* a Bogotá que hace un frío el *hijuemadre* y se moja y aguanta mucho frío pa'. Son cosas que usted, uf, se siente asolado." (Entrevista 3).

Estos mismos sujetos, desprovistos del *habitus* barrista que representa la valentía como un capital simbólico, pudieran no estar en disposición de ejecutar las acciones antes señaladas ubicándolos en otro campo: la representación de incondicionalidad y fidelidad, que dota al agente barrista de un estatus grupal, no necesariamente le brinda reconocimiento en lugares al margen de este *campo* específico. En ese orden de ideas, no se matarían por un trapo si no estuviera dotado del valor simbólico construido en la interacción dentro del *campo* del barrismo. El sentido se construye en la interacción y no es un capricho aislado de un desadaptado, lugar común de juicio ante esos sucesos: matar o hacerse matar por otro trapo, por fuera de ese contexto, resultaría inconcebible, al igual que hacerlo en el campo del fútbol espectáculo para un sujeto que no cuente con el *habitus* barrista:

> "Eso hay que cuidarlo y más de uno dice que la vida, pues, folclóricamente también. Pero, a la hora de la verdad, también eso hay que cuidarlo y si toca dar la vida… pero, para mí, pues eso es, no sé. No sé. ¿A ver qué le digo ahí? Por ejemplo, porque es que usted se pone a pensar… no, usted se pone a pensar: usted dar la vida por un trapo, ¿no? Eso lo dice cualquiera, pero otros, los que los sienten y los tienen, piensan diferente, ¿sí me entiende?" (Entrevista 6).

El fútbol espectáculo se presenta como un *campo* de lucha en el que lo más importante es lo simbólico, como se ha ilustrado a través de varios elementos tales como la vida como moneda de cambio, las prácticas de robo simbólico, el reconocimiento a la valentía y la entrega. La lógica hegemónica a nivel supone que es el capital económico el eje central de toda acción, pero en el *campo* del fútbol espectáculo logramos captar formas alternativas de lucha, en las que los componentes simbólicos, construidos en la interacción, reproducidos e incorporados en el *habitus* barrista, juegan un rol protagónico.

El *campo* del fútbol espectáculo se encuentra enmarcado en una multiplicidad de actores, como ya se expresó en otro momento, con la presencia dinámica de capitales en disputa por los agentes allí inmersos que configuran distintos *habitus*, relacionados con

prácticas que allí se efectúan. La barra, como espacio cargado de consideración emocional para el *habitus* barrista, se significa de forma mítica como se podrá comprobar en el próximo tema de análisis: la familia, como estructura y como concepto poderoso a nivel social, constituye la potente estructuración simbólica de ese espacio.

La familia: campo estructural y estructurante del habitus

La familia, como concepto y como construcción cultural, es una de las estructuras sociales más potentes. En la presente investigación emergió como una de las estrategias de reproducción de imaginarios y prácticas de violencia en el *campo* del fútbol espectáculo. Esa categoría superior apareció en dos subcategorías, con la familia como estructura social y la barra como estructura familiar. Para claridad analítica el texto se presenta en esas dos vías, si bien hay una relación directa entre ambas, siendo dos vertientes de un mismo análisis.

Los valores familiares se relacionan con prácticas de consideración prioritaria a los propios, el cuidado del otro integrante, la postura solidaria ante las necesidades de los demás elementos de ese grupo primario, con la exaltación del nosotros- ellos en la dicotomía familiar- no familiar. Al familiar se le pone por encima del resto de la humanidad: así existan dificultades internas, problemas de convivencia y discusiones al interior de esa estructura al familiar se le defiende ante los no familiares que pretendan afectarlo.

La mención de que un potencial agredido es un familiar, considerando la emoción inserta en tal denominación, podría evitar que los compañeros de la barra lo conviertan en su víctima. En términos generales, al familiar no se le ataca así tenga una preferencia distinta de equipo. La posibilidad de frenar la arremetida al otro se podría examinar si se trata de un integrante de la familia, por lo que una forma de reprimir o frenar el ataque hacia el otro, visto como enemigo, es expresar que se trata de un primo. En lo no dicho queda el margen de posibilidad de que si no se tratase de un amigo o conocido dicha expresión de llamado al no ataque no emergería y el hacerlo sin esa mención, de que es un miembro de la propia estructura familiar, no conseguiría el mismo efecto en el grupo:

> “De pronto me pasó una anécdota una vez: yendo por la Avenida Colombia unos *parceros* míos de la barra tenían unos manes del rojo ahí y le estaban dando duro. Y

cuando llegué eran par compañeros del barrio, par amigos del barrio. Y ahí mismo tocó “ey no, ya no más muchachos. Venga que es el primo mío”. Tocó meter la mano en el fuego por el *pelao*. ¿Cómo va a dejar? Usted sabe que la amistad va por un lado y los colores van por otro. Si yo veo un amigo mío que es hincha del Medellín o de otro equipo y yo veo que lo van a matar, ¿yo cómo lo voy a dejar matar? No se puede.” (Entrevista 1).

La familia consigue la reproducción del *habitus* en sus integrantes de menor edad, con la enculturación mediante prácticas que son puestas como posibilidad y luego incorporadas, descritas como producción de la naturaleza del ser hincha con la que se supone nacen los seres humanos. A su vez, la barra, de forma semejante, reproduce lógicas de comprensión entre las que la familia tiene un papel preponderante: su estructura, las relaciones entre sus integrantes, los valores que sustentan diversas acciones y la concepción de los externos corresponden a representaciones sorprendentemente afines con el ideal hegemónico de estructura familiar. Ambas perspectivas se abordarán en las próximas páginas, reiterando la relevancia de contemplar la familia como una categoría unificada, un concepto que se extrapola y generaliza en los distintos *campos* del espacio social.

La familia como campo de reproducción del habitus barrista

No se es barrista sin ser hincha, aunque no todo hincha llega a ser barrista, como se expuso en otro espacio. El *habitus* hincha, anterior y elemento sine qua non para la estructuración del *habitus* barrista, encuentra en la familia a su más potente *campo* reproductor. Antes del nacimiento los padres proyectan que su hijo perpetúe su preferencia, idea materializada en los primeros años de vida mediante prácticas, intencionadas o no, para que se logre esa incorporación. El adulto pone a circular características del *habitus* barrista, los colores, la vestimenta y la música, pese a que, desde el discurso, se le atribuye al niño una supuesta elección autónoma, libre:

"O sea, en un futuro me gustaría que mi niño hiciera parte de Los del Sur, que hiciera parte de Los del Sur. Y… y a mi niño le gusta mucho el fútbol, se sabe los cánticos de Nacional. En mi casa incluso me reprochan que por qué le estoy metiendo esa idea al niño en la cabeza y yo le digo que cuál idea. Yo no. Él me dice que le ponga los discos de Nacional, yo se los pongo. A él le gusta, ¿yo qué puedo hacer? ¿No? Y mí me da

felicidad ver a mi niño con la del verde. ¿Yo qué más le puedo pedir a la vida? (risas)" (Entrevista 1).

El niño es investido del *habitus* hincha incluso antes de que tenga opción de elegir: desde meses de nacido, o incluso días, es vestido con la camiseta del club de fútbol; llevado al estadio con la firme intención de generar la reproducción de la preferencia de sus progenitores o adultos cuidadores, más frecuentemente masculinos; y le son narradas historias épicas sobre los triunfos y jugadores destacados de épocas antiguas de ese conjunto deportivo. La reproducción, como hecho concreto y como intención, se ilustra en estas dos citas:

"Desde pequeñito, pues, en la casa le inculcan eso, el papá, y ya a uno se le mete eso en la cabeza y empieza uno, pues, lo empiezan a traer desde pequeño a uno al estadio y uno se va pegando a eso. Pues sí, ¿sí me entiende? El sentimiento.

"Sí, claro. Yo me sueño llevando a mis hijos de la mano al estadio, a la popular. Sí, imagínese: si yo llevo más de la mitad de mi vida en eso, ¿cómo no voy a querer que mis hijos lo hagan?, como cualquier otra persona en cualquier otra cosa." (Entrevista 8).

El *campo* familiar produce y reproduce el *habitus* hincha. Todos los dispositivos para la apropiación se ponen a circular, de modo que la reproducción se dé ingeniosamente: las prácticas de socialización dotan de creencias como sobre el equipo al que hay que amar, amparados de los aparatos simbólicos que garanticen la enculturación: los cánticos, la ropa y las expresiones emocionales y/o verbales favorables con respecto a la preferencia que se pretende grabar se ponen en servicio del objetivo. El camino queda señalado para que el niño llegue a incorporar el *habitus* barrista en un futuro:

"¡Uy! Es algo que, ¿sabe qué? Que yo nunca pensé que iba a ver en la vida. Algo que me llena de orgullo y me siento orgulloso de que mi niño sea hincha de Nacional. Tiene 4 añitos y se sabe los discos del verde. Y…y cada que sale una camisa del verde se la tienen que comprar. Y yo me siento orgulloso de eso. Y cuando salga… incluso cuando estuve en la calle lo llevé al estadio y… y… quizás llegué a recordar hasta el momento que me llevaron a mí la primera vez al estadio cuando lo veía a él corriendo

por esas tribunas como loquito. Y cuando salga vuelvo y lo llevo y que se vuelva barrista si es lo que él quiere (risas)." (Entrevista 1).

Si bien es claro que el contexto familiar puede reproducir el gusto, con acciones concretas que lo ponen como el curso deseado, esa reproducción no se da cual destino marcado, como secuencia prescriptiva. La familia, como potente campo reproductor, puede conseguir que los integrantes menores incorporen el *habitus* hincha, el cual se interpreta como un bien a compartir, una propiedad a heredar. En un juego de contradicción, los adultos dejan el *habitus* hincha como herencia simbólica pero se lamentan por las prácticas derivadas que los jóvenes ejecutan llegando, incluso, a cambiar de idea sobre el haberles transmitido ese gusto:

"Mi mamá, mi papá, mi hermanito. ¿Qué me han dicho? No, mi papá me dice que se arrepiente de darme ese… ese don; mi mamá triste, porque esa puñalada me la pegaron en Armenia por ir a alentar a Nacional a otra ciudad. Se mantienen tristes con el equipo, no lo quieren ya." (Entrevista 7).

El *habitus* barrista, forma de ser espectador del fútbol profesional a nivel local, rompe formas hegemónicas previas de asumir ese rol dentro de esta disciplina deportiva: la diferenciación, expuesta en otro apartado, entre el ser hincha y el ser barrista. Ese cambio propicia la emergencia de conflictos, enmarcados, primordialmente, en las diferencias en la concepción del fútbol y las prácticas que de allí se derivan. Para el hincha resulta inconcebible que exista el *habitus* barrista, como se desarrolló en otra parte del texto. El conflicto entre un padre hincha y un hijo barrista se concreta:

¿A tu papá le gusta el fútbol? ¿Es hincha?

“Es hincha. Pues… a él le gusta pero él me decía muchas veces: “mijo, ¿usted por qué se va matar por eso un equipo, mijo? ¿Usted qué le ve a eso, mijo?” entonces yo le decía: “pa’, yo estoy enamorado locamente de un equipo pa’. Yo estoy enamorado locamente de un equipo pa’ y yo doy la vida por ese equipo, pa’”. Él me decía: “no mijo, vea usted la única… la única… la única que tiene es a su abuelita. […]

Entonces… usted… le decía eso y a la tarde ya podía estar cogiendo una mula pa' irse a viajar pa'." (Entrevista 3).

El *habitus* hincha y el *habitus* barrista tienen una misma lógica de base: el apoyo a un equipo de fútbol determinado, diferenciándose, claramente, en las prácticas ejecutadas, descartadas, ignoradas y descalificadas por ambos tipos de espectadores del balompié. Mientras que para un barrista pudiera resultar aceptable el viajar en mula exponiendo su vida un hincha preferiría quedarse en su casa viendo el partido por televisión, por citar un ejemplo concreto en la acción. Desde esa diferenciación, muy explícita en la relación actual padre-hijo, se desprenden choques generacionales, en un marco como el analizado por Bourdieu (2008):

> Los conflictos generacionales oponen no clases de edad separadas por propiedades de naturaleza, sino *habitus* producidos según modos de generación diferentes, es decir por condiciones de existencia que, oponiendo definiciones diferentes de lo imposible, de lo posible y de lo probable, hace que los unos experimenten como natural o razonable unas prácticas o aspiraciones que los otros sienten como impensables o escandalosas, y a la inversa". (p.101).

Pese a participar activamente en la configuración del sujeto en su afición, transmitiéndole el amor por un equipo de fútbol y, usualmente, algunas de sus prácticas, dentro de la familia el hincha cuestiona a aquel que incorpora prácticas constitutivas del *habitus* barrista:

¿Cómo es tu relación con ellos?

"Pues excelentes pa', excelentes. Gracias a Dios con todos mis… con todos los allegados a mí soy muy… pues… bien. A ellos no les gusta mi forma de ser, pero ya se tienen que resignar, ¿no? Ya viendo pa' ver qué se puede hacer por mi vida. Qué se puede hacer. Sí, salir adelante. Intentar ser otra persona, otra persona de bien o mejor… otra persona de... Sí, otra persona." (Entrevista 3).

El *habitus* hincha no siempre se transfiere fielmente en cuanto a la preferencia de equipo: otro elemento adicional de conflicto intrafamiliar. El adulto pretende que el hijo

incorpore el *habitus* hincha, correspondiendo al mismo equipo de identificación, pero no siempre se da. Sin embargo, vale la pena mencionar que el gusto por el fútbol y su interés por seguirlo, el ser espectador (independiente de si como aficionado, hincha o barrista), se reproduce desde el campo familiar: la observación del fútbol a través de medios masivos de comunicación o con la asistencia a los estadios se presenta como alternativa concreta desde la familia. Sean los padres hinchas de un equipo y los hijos de otro existe una transferencia evidente del *habitus* hincha en esa interacción:

> "Pa', mi historia es muy charra, porque a mí no me gustaba el fútbol. Yo desde pequeño, pues, no le botaba como tanto interés al fútbol y mi papá siempre ha sido pues hincha pues así a morir del Medellín. Y yo me acuerdo que él a mí me llevaba a los estadios y al Medellín y a mí nunca me gustaba. Yo me ponía a llorar. Yo "no, no pa'. A mí no me gusta ver el partido, a mí no me gusta". Y él cada vez que me llevaba a mí no me gustaba, yo me ponía a llorar. Un día, no sé por qué, un primo que ya no está, ya está muerto, resulta y acontece que me da por ir al estadio con él a ver a Nacional y yo desde ese día pues como que quedé impregnado de Nacional." (Entrevista 4).

De igual forma, es importante reconocer otros tipos de interacción familiar que estructuran al sujeto como hincha. No se trata, exclusivamente, de una transferencia generacional lineal padre-hijo. La reproducción del *habitus* barrista, y ya no hablando únicamente del *habitus* hincha, se transmite desde distintos actores familiares. No hace falta que exista una invitación abierta y explícita a nivel discursivo para que el otro sea agente del *habitus* barrista, pues las acciones se configuran como estrategias potentes de reproducción, como explica Bourdieu (2008):

> ...lo esencial del modus operandi que define la maestría práctica se transmite en la práctica, sin acceder al nivel del discurso. Uno no imita modelos sino las acciones de los otros. La hexis corporal le habla de manera directa a la motricidad. (p. 119)

En ese sentido, un barrista que le diga a su hermano que no asuma dichas prácticas, directamente que no sea otro barrista, pudiera estar reproduciendo lo opuesto desde la praxis:

"Lo mismo a mi hermanito: yo lo cojo y mi hermanito ya es de esos que ya quieren ser como era yo. Yo lo cojo y yo le digo: “no, las cosas no son así. Yo lo llevó al estadio pero usted va es conmigo”. Vamos que… “No, que pa’ Sur, que pa’ Sur”. Y yo: “no, pa’ Sur no. Vamos pa’ Oriental”. Y de allá vemos fútbol, de allá también se puede alentar. Lo he llevado al estadio y él me ha dicho: "no, es que aquí en Oriental no cantan, aquí no se paran". Ya lo que les gusta es esa algarabía de Sur." (Entrevista 4).

Dentro del contexto familiar se cumplen con todos los procesos de socialización hacia la barra. Allí se instala la reproducción social de las prácticas, que son características del *habitus* barrista, con lo que el camino queda dado para su incorporación: “Hablar de *habitus*, entonces, es también recordar la historicidad del agente (sumando la dimensión histórica a la dimensión relacional), es plantear que lo individual, lo subjetivo, lo personal es social, es producto de la misma historia colectiva que se deposita en los cuerpos y en las cosas.” (Bourdieu, 2010, pág. 16).

El *habitus*, en su contundente poder reproductor, podría valerse de la observación para invitar a querer reproducir, casi de forma calcada, lo vivido por un familiar. Se podría suponer que el haber perdido a un familiar en función de la ejecución de acciones correspondientes al *habitus* barrista serviría como blindaje, o mínimamente advertencia fáctica, para que otros integrantes del grupo filial evitaran tal replicación pero ello no necesariamente opera linealmente. :

"No, lo mataron *dentrando* a Cali, una de las plazas más calientes pa’ los hinchas de Nacional *dentrar*. Lo mataron, le metieron como… como 17 machetazos. Lo mataron los hinchas del América. Desde ahí, hace como 3 añitos, desde ahí ocurrió como una… como un cambio en la vida, ¿sí me entiende?, en mi vida ocurrió un cambio. Yo veía todas esas cosas de él, todas esas cosas… cosas que, ¿sí me entiende? Me daba como tristeza, dolor. Muchos dicen: “si usted no sale adelante con eso no piensa lo que le pasó a su hermano”. Y yo en ese momento, pues en ese momento a mí yo no tenía nada que ver. Si me matan igualmente por eso mataron a mi hermanito también y él nunca, nunca, como que nunca como quería cambiar, porque yo no sé." (Entrevista 3).

En ese mismo contexto familia se comparten las prácticas de modo que el niño reproduzca el *habitus* hincha. Como aspecto trascendental es pertinente reconocer que el *habitus* permite subvertir el *campo* y el barrista encuentra líneas de fuga a esas prácticas realizadas: así como un padre puede influir en la adquisición del amor por un equipo, la constitución como hincha, las prácticas desarrolladas en ese sentido pudieran no ser las mismas de generación a generación. De igual forma, el *campo* del fútbol espectáculo puede ser transitado de maneras muy variables, de modo que en un mismo momento histórico unos sujetos puedan ocupar ese espacio de formas variadas y hasta contradictorias.

La familia, reproductora del *habitus*, es, a su vez, crítica sobre las consecuencias del seguimiento al equipo amado. Se transmite el amor por un conjunto deportivo, en este caso del fútbol espectáculo, pero se cuestionan las prácticas ligadas con ese sentimiento expresado por el joven, continuamente relacionados, dentro del habitus barrista, con el sufrimiento y el riesgo:

> "Mi papá me llevó cuando era *chiquito* al estadio del Cali y ahí fue que empecé yo la carrera de fútbol. Ya empecé yo a ser hincha del Medellín, llegué a ser barrista, eh…empecé a coger las mulas, a viajar por todo Colombia siguiendo al Medellín. He dejado muchas cosas por el Medellín, he tenido muchos problemas por él, tengo muchos *aporriones*, he tenido muchos problemas con la familia por eso; pero sí, yo siempre he sido muy hincha del Medellín hasta donde sea. Medellín puede jugar en cualquier parte y yo lo sigo." (Entrevista 2).

La familia se consolida como *campo* reproductor de la violencia. El proceso de reproducción, contrario a la creencia generalizada, no tiene a las barras como configuraciones colectivas exclusivas. El gusto por el fútbol, el asumirse como hincha y la concepción de enemistad del diferente se transmiten generacionalmente. Aquí se encuentra un punto de ruptura con respecto a la versión hegemónica que sitúa al barrista como *habitus* exclusivo en la producción y reproducción de representaciones en las que se sustentan las prácticas de negación o intento de aniquilación de la otredad:

> "En mi casa todos son hinchas del Nacional. Incluso mi mamita en esos momentos tiene 94 años y no se pierde un partido de Nacional, odia al Medellín. Y en mi casa sí,

hay hinchas del Medellín, pero entonces ellos en lo de ellos y yo en lo mío, en mi barrismo y con mi parche." (Entrevista 1).

Pese a la idea hegemónica, que interpreta al sujeto que comete actos de violencia como producto de una familia desestructurada, en la que se avalan prácticas conducentes a la eliminación del otro, el barrista pudiera haber surgido de una estructura familiar en la que sus prácticas no son afines con las de los otros miembros. El barrista que participa o ha participado en hechos de violencia asociada al fútbol también puede provenir de familias en las que el respeto circula como discurso y prevalece en las prácticas, incluyendo las expresiones con respecto al propio campo del fútbol espectáculo. En sentido paradojal, un barrista que haya ejecutado prácticas de violencia puede, perfectamente, provenir de una familia en la que impera un discurso de respeto por la diferencia. La reproducción no se da de forma lineal y obedece a fenómenos de mayor complejidad a los relatos cliché:

¿Cómo ve el fútbol tu papá? Contame de él en el tema fútbol

"Mi papá ve fútbol tranquilo, feliz cuando juega el equipo de él porque también lo quiere mucho, sin necesidad de violencia. Va al estadio con mi hermanito: lo lleva a Oriental, son abonados. No, él lo vive en paz y feliz." (Entrevista 7).

La familia opera como espacio primario potente para la reproducción social del *habitus* hincha. Desde allí, como ya se analizó, se induce al barrismo, así no sea el propósito explícito o consciente, a través de prácticas familiaristas como las que han sido descritas, cumpliendo al detalle con todos los pasos en función de incorporar el *habitus*: el padre se alegra con los triunfos del equipo y se muestra más afectuoso con los otros integrantes de la familia cuando sucede; se le canta o se le ponen las canciones del equipo al niño y luego se narra que él, autónomamente, las pide; y al hijo, desde recién nacido, se le viste con los colores del conjunto preferido añorando convertirlo en hincha, suceso visto como la transmisión de un don, la transferencia de una herencia. La concepción de la familia, incluyendo prácticas familiaristas que se abordarán más adelante, se extrapola a la barra, que se dota de una concepción mítica simbólica que explica, al menos en buena medida, la fuerza emocional que adquiere para los sujetos allí inmersos.

La barra como estructura familiar

La familia, espacio primario de interacción, se considera el núcleo social por excelencia, fuerte *campo* de producción y reproducción de capital y representaciones entre sus integrantes. En función de sus roles y lugares ocupados en el espacio de ese *campo*, se dan relaciones de fraternidad, de ejercicio de poder por parte de los líderes, los padres, hacia los demás en la estructura y el discurso de los pares como hermanos circula con efectividad. Los vínculos establecidos, las relaciones entre sus participantes con la afectividad exacerbada, el sentimiento como objetivo interno materializado en el ideal de cohesión, configuran a la barra como una estructura familiar:

> "Porque es con alguien que cada ocho días vamos a integrarnos. Somos muchos, demasiados. Pero esos muchos, demasiados, nos conocemos demasiados. Todos, todos. Aparte de que somos sureños somos como amigos, somos como hermanos. Y entonces cuando uno crea una hermandad, uno a eso le llamaría como una familia y nosotros somos así: nosotros somos muy unidos. [..] Uno ya toma eso como una familia, con una hermandad, como un compromiso." (Entrevista 4).

La barra reproduce la estructura familiar con prácticas familiaristas muy distintivas: entre otras, el cuidado del otro, la solidaridad entre los integrantes del grupo, el llamado a la obediencia al mayor y la rebeldía del más joven que se niega a seguir fielmente lo ordenado por sus padres: esa paradoja enmarca la relación entre adultos y jóvenes, una ambigüedad presente que impide que esa relación se fije en un único polo, por lo que no se esencializa. Esa posibilidad contestataria, el adolescente o joven cuestionando o transfigurando los mandatos y tradiciones, introduce la constitución dinámica del *habitus*, que se transmite e incorpora con las respectivas modificaciones reconociéndolo como sistema dinámico.

En la estructura familiar hay unas marcadas jerarquías, establecidas con la repartición desigual del capital. Los adultos en la familia, en posesión del capital económico derivado de sus años de actividades, son quienes deciden buena parte del rumbo del grupo. Los padres, también con el capital simbólico adquirido por la experiencia acumulada, asumen la responsabilidad de orientar, proteger y aconsejar a los miembros más jóvenes: los hijos. El cuidado, la protección por parte del adulto, el experimentado, hacia el joven emerge como práctica familiar dentro de la barra:

"Los gordos son los que llevan la barra de Los del Sur, que ya llevan tiempo. Son viejos en eso ya. Eran de los tiempos del Escándalo Verde, cuando la barra se llamaba Escándalo Verde. Son los que llevan la[5] barra, los que nos cuidan, los que cuidan La 70 pa' que no roben allá ni nada. Cuidan la… los trapos, ponen los trapos en la tribuna y son los que mandan allá prácticamente." (Entrevista 7).

El plano de las agresiones corporales es posible para personas jóvenes y en buena condición física: no se espera que alguien que no cumpla con esas características agreda, por lo que tampoco está bien visto el agredirlos. Los gordos, los padres de la familia barrista, no son percibidos como potenciales participantes directos en las situaciones de agresión. Por consiguiente, los adultos no son los actores protagónicos en la relación dual agredido-agresor:

"Pa', porque uno, pues… uno siempre respeta a la gente mayor, a los de la tercera edad. Porque uno… un señor de la tercera edad qué se va poner a matarse por un equipo. Un man... un man por ahí *paralítico* qué se va a poner a atacar a otro hincha. Por ahí si mucho le gritará pero uno si mucho le devolverá las palabras y ya. Pues no le papará ni bolas, ni le prestará atención. Por eso es que uno no haría eso." (Entrevista 3).

Los padres toman decisiones en cuanto a las posesiones del grupo familiar. En similar raciocinio, los líderes ocupan un puesto protagónico en las decisiones de la barra: el cuidado del trapo es una de las responsabilidades mayores, además de privilegio, que tienen esos adultos en el contexto grupal. El joven concibe al líder como señor y que alguna vez fue como él:

Contame quiénes conforman la barra, cómo está conformada. Si hay unas estructuras, unas jerarquías

"Está el líder, el tesorero, el que guarda todos los trapos y nosotros los… los ba…los… sí, ya los… los… los que forman la banda, los…los peludos. ¿Sí me

[5]Los gordos es el apelativo empleado para referirse a los líderes de la barra: el cuerpo como símbolo de poder, posesión, ocupación y experiencia.

entiende? Pero siempre van a estar el líder, que es el que manda al tesorero y el tesorero que es el que dice ‘bueno, estos trapos los vamos a meter en tal bodega, en tal casa’. El tesorero es el que recoge toda la plata para comprar todas las boletas. Y el líder es el que, como uno hice, los gordos, son los gordos, los gordos de la banda.”

¿Por qué los gordos?

“Son los cuchos, ya los… los… los señores. ¿Usted no ve que en una banda están los señores, como esos gordos con las camisetas, eso todo tatuado? Alguna vez fueron como nosotros y son los fundadores de la banda: por eso son *los líder*, los tesoreros y los que guardan los trapos.” (Entrevista 3).

Los líderes, llamados "los gordos" de forma coloquial, los padres dentro de la barra, son descritos como personas al margen de la pelea. La confrontación física se da por culpa de los jóvenes:

"Sí, por jóvenes porque, como le digo, los gordos son los que llevan la barra y ellos nunca se han visto en esas peleas de barrismo. No, ellos ya son adultos y nunca se han visto en eso." (Entrevista 7).

La violencia tiene un actor muy definido y predecible con base en criterios puntuales: joven, de baja condición económica y de pobre formación académica. Los jóvenes, los hijos en la estructura familiar de la barra, con un capital económico, cultural y simbólico inferior a los padres, son los que entran en el combate:

"Pues a ver, normalmente nosotros encontramos a los líderes de las barras como gente de estratos altos, pero los que intervienen en los conflictos siempre van a ser personas de un nivel educativo más bajo, que se dejan influenciar fácilmente por otros hinchas, o por un marcador o por otra situación o por otro flagelo. Pero siempre, claro, metiendo también a los menores de edad, que también son como unas esponjitas que absorben cualquier hecho de intolerancia y los van a significar en violencia. Los menores de edad también de los estratos 1, 2, puede decirse 3, personas entre 18, 23, 25 años, aproximadamente." (Policía).

En una visión lineal, causa-efecto, se interpreta al joven como actor mecánico de violencia, como quien traduce acciones de otros que lo influencian (de acuerdo con esa visión de ser susceptible y fácilmente maleable que se tiene de los sujetos en ese rango de edad) en violencia. El adolescente y el joven, prioritariamente de baja condición económica y cultural, se interpreta como un ser incapaz de actuar autónomamente, preso de las influencias externas de sucesos y personas.

El imaginario hegemónico apunta a una visión individualista de los fenómenos como la violencia: se concibe, desde esta perspectiva, que se trata de acciones aisladas de algunos -unos pocos- que se salen del cauce en un contexto de paz. En ese ejercicio interpretativo, son los jóvenes de todas las épocas, los inmaduros y, por ende, propensos a no manejar sus emociones, los culpables directos de que se presente la violencia:

> "No sé, no sé, no sé. No sé por qué uno menor de edad tiene esas formas de pensar. Yo también era así: yo pensaba que ir al estadio era ir a tirar vicio, era ir a robar, era ir a pelear con el otro. Y no, no es así. Uno ya alcanza una edad, uno llega y uno va a los mismos parches, uno hace el mismo todo pero ya con una responsabilidad: uno se hace acá en La 70 a sentarse, a tomarse los traguitos con otros amigos, para el estadio. Ganó o perdió Nacional, para la casa, juicioso. Uno menor de edad, no: perdía Nacional y quería ir a hacerse *destrabes* afuera, ya quería salir a robar. (Entrevista 4).

Se configura al sujeto violento con unos rasgos muy específicos, dentro de los cuales la edad es determinante. No toda la familia es partícipe de la violencia: los padres intentan que sus hijos no repitan errores, que no ejerzan la violencia, vista como una práctica exclusiva de la juventud, como una etapa del ciclo vital correspondiente a la llamada inmadurez:

> "¡Claro! Claro, porque ¿usted cuándo ha visto un viejo por ahí *chimbiando* en eso?, no. Eso somos nosotros los jóvenes: nosotros somos mismos los que buscamos eso y los que también, a veces, atacamos a otras personas. Por… por un equipo." (Entrevista 5).

El sujeto violento, en esa comprensión, se estructura bajo los parámetros socialmente establecidos y responde a esas ideas hegemónicas, según las cuales el violento es un joven, falto de madurez, al que le falta quemar etapas, sin acceso a oportunidades de tipo académico y/o laboral, de bajos recursos: en otras palabras, alguien preso de condicionantes externos muy reiterados y previsibles. La violencia emerge como etapa del ciclo vital, abandonada como práctica al alcanzar la llamada madurez:

> “Los inadaptados, los inadaptados, los que no saben en realidad lo que es el fútbol. Gente que… que piensa que ir al estadio es ir a robar, ir a pelear, ir a matar y no. Entonces para mí, como le digo yo, por unos poquitos pagamos todos. Hace… hace varios años, a nosotros nos suspendieron. Yo en eso era menor de edad. Nos suspendieron la barra Los del Sur a los menores de edad. ¿Por qué? Porque es que todo el conflicto, todo lo que se estaba armando, era por menores de edad.” (Entrevista 4).

Como fiel reproducción de la creencia popular instaurada en la estructura social, el menor es el problema de la casa, la eterna dificultad para los adultos, los responsables de que la familia cuente con mala reputación:

> "¿Para mí Nacional? Para mí Nacional representa muchas cosas. ¿La barra como tal? Hermano, en la barra hay una seriedad muy… muy estricta, pues, muy elegante. Me gustan esos manes de la barra: son manes que usted nunca los va a ver pues haciendo así desorden, son manes serios. Como le digo: es que los menores de edad son los que llevan el destrabe, entonces como por uno pagan todos incluían a muchos manes de barra. Pero, para mí, la barra Los del Sur es una… es una familia.” (Entrevista 4).

El amor por el equipo se establece como hecho que solidifica la unión grupal. Pueden darse separaciones o distanciamientos, diferencias pese a contar con el gusto por el equipo como elemento en común. La barra, como estructura familiar, no está exenta de conflictos, de dificultades de convivencia entre sus miembros. Del mismo modo, están latentes las alternativas de tramitación de esas diferencias:

¿De pronto te visualizas volviendo a la barra, volviendo al combo, una vez salgas? ¿Cómo te visualizas en el tema del barrismo una vez salgas de la cárcel?

"Estar con los muchachos ahí. Apoyarlos en lo que más pueda. En lo que yo les pueda servir ahí voy a estar en la barra con los muchachos. ¿Y en cuanto al combo mío? De lleno otra vez a todo, a volver a hacer murales, camisas, de todo. A hacer lo que hacíamos primero cuando éramos un combo grande. Ya somos un combo grande sino que se han perdido muchas anécdotas. Entonces toca salir a recuperar eso como combo que somos, como una familia. Y pa' adelante con esto."

¿Y cómo sería recuperar? ¿Qué cosas faltaría recuperar ahí?

"Eh... el compañerismo. ¿Cómo le dijera yo? Recuperar otra vez la unión que tenía yo antes cuando estábamos todos, que ya casi no hay unión en el parche de nosotros. Pero entonces… somos la misma familia sino que hay unas diferencias, entonces eso es lo que toda salir a arreglar con los muchachos. Que no sean diferentes entre ellos mismos. Que todos queremos a Nacional y todos estamos por una misma causa. Y sino que hay una indiferencia ahí pero eso se cuadra." (Entrevista 1).

El discurso dominante de la familia como modelo ideal de relación entre los seres humanos se incorpora como categoría constitutiva de la representación de la barra. La barra representa una familia para sus integrantes, su familia, concepción que estructura sus lógicas internas. Los valores promovidos para el campo familiar, concebidos como ideales sociales, aplican de forma idéntica para la barra: el amor, la lealtad, la incondicionalidad y la unión entre sus integrantes. Lo que se espera cotidianamente de un familiar comprometido se sitúa en la barra y el *habitus* barrista corresponde a la idea hegemónica de los valores tradicionales:

"Pa', porque nosotros somos una familia. Todos somos hermanos, todos nos ayudamos mutuamente. Dependiendo, pues en la banda mía ahí todos somos hermanos, todos salimos de la misma razón, de la misma pasión que es Nacional, de toda la misma alegría. Entonces todos nos ayudamos: ¿usted no tiene esto? Vea yo le colaboro con esto; ¿no tiene pa' la boleta? Vea le regalo la boleta o vea le colaboro con esto; ¿va

una excursión? ¡Ey, vea no podemos entrar allá en mula!, que tan… ¿nos van a colaborar o qué? Si hay cupo, de una, de una." (Entrevista 3).

Al familiar, a diferencia de esos externos, los no integrados con el grupo de pertenencia, el colectivo idealizado, se le habla con tranquilidad: se le puede llamar la atención por hacer algo indebido, por la existencia de un lazo emocional que permite que haya receptividad del mensaje:

"Ya si es un *man* del combo de uno o un conocido uno ya le puede hablar con propiedad, como decimos nosotros: "¡ey, loco: colabóreme! Ey, ¿qué pasa con ese problema?" ¿Sí me entiende? Porque son de los de uno. Pero un *man* que uno no conoce, que no sabe uno cómo está y le va a dar cuchillo a otro *man* y uno se va a meter le salen dando es a uno. Entonces muchas veces eso es lo que uno piensa." (Entrevista 1).

El barrista puede estar dedicado de lleno a la barra y encontrar en ella a sus únicos contextos de socialización: la descripción de ese grupo como una familia no precisamente obedece a una cuestión metafórica sino que allí pueden hallar características muy afines a lo que se comprende por este grupo primario a nivel social. Cuando otras redes se encuentran rotas o deterioradas la barra se consolida como un espacio para la interacción. La barra, como estructura familiar atravesada por la afectividad, opera como campo para el encuentro con otros:

¿Familia, amigos, estudio? ¿No tenés?

"No estudio; familia, no trato casi con ellos; amigos, los del combo mío, pues los de la barra. Y ya. Yo con familiares casi no trato." (Entrevista 2).

El habitus barrista reconoce la incondicionalidad como capital disponible en el *campo* del fútbol espectáculo, aspecto valorado por los demás y que lo pone en una condición de admiración, de legitimidad ante los otros. La barra es un espacio en el que la solidaridad se interpreta como valor relevante:

"La barra es una familia, una familia que mantengo muy agradecido con ellos. Sinceramente, me han colaborado demasiado. Una familia que están en las buenas y en las malas con uno." (Entrevista 1).

El barrista, con unos valores familiares muy arraigados, es leal a su grupo, trata de proteger y defender a sus integrantes ante cualquier ofensa o ataque de externos y está dispuesto a vengar la agresión o muerte cuando se presenta. La estructura familiar, configuración estructural y estructurante de lo social, se instaura y reproduce en la barra. Cuando la integridad de uno de esos integrantes fue vulnerada, dentro del discurso hegemónico instaurado, se estaría dispuesto a agredir a quien ejecutó ese acto. La disposición a buscar una venganza, lejos de ser cuestionada, es comúnmente avalada desde lo discursivo y más si el acto de agresión generó la muerte:

"Porque hacía 8 días antes en Bogotá… hacía 8 días antes en Bogotá, a nosotros nos habían matado a un amiguito. Entonces usted sabe que somos es una familia y los amigos le duelen a uno. Muchas veces en la cárcel y en las barras se conocen amigos de corazón, verdaderos. Aunque más de uno dice que no hay, pero son amigos de corazón. Entonces me mataron a un amiguito que me dolió demasiado y en esos días yo era muy loquito y muchas cosas, entonces uno no piensa hay veces. Entonces, como le digo: muchas veces uno no piensa las cosas antes de hacerlas sino cuando ya las ha hecho." (Entrevista 1).

Un imaginario instaurado en la estructura social es la defensa de los seres cercanos ante riesgos y amenazas, concepción exacerbada cuando se trata de un familiar: por la familia se estaría dispuesto a dar la propia vida si fuese necesario. Si los compañeros de la barra se consideran familia y uno de ellos es asesinado se quiere, y hasta se exige, un castigo para el agresor. Esa consecuencia no siempre se materializa desde las estructuras legalmente establecidas para ese fin, con la cárcel como mecanismo privilegiado: de esta manera, la venganza por propia mano, castigo no formal ni legalmente avalado, emerge con fortaleza:

"Por el fútbol no es. Es porque ya eso es como un diario vivir. Ya, por ejemplo, los robos y ya uno sabe que con un robo uno lo ve y lo mata, porque si no lo mata él a uno. Y, como le digo, más de un hincha del Medellín nos ha quitado muchos *parceros*,

nos los han matado. Entonces ya uno queda con el rencor. Y eso nos lo sacan en cara cada rato, que nosotros te matamos a yo no sé quién. Entonces queda uno rencoroso ya, con ganas de matarlos también." (Entrevista 7).

El que uno de los propios pierda la vida de manos de un barrista de otro equipo es un motivo de rencor. Los otros, en una rivalidad que trasciende la esfera deportiva, son ideados como enemigos, a quienes se pudiera estar en disposición de matar. En una identidad mutante, para nada esencial, esa disposición de agredir coexiste con un afecto familiar, protector y de respaldo para esa familia elegida en que se constituye la barra:

> “Pero bueno, digamos que es una gran familia, además de eso yo en este momento puedo decir que llevo más de la mitad de mi vida metido en esa barra, que crecí ahí, que me volví un profesional y todas mis cosas estando ahí, que me han visto pasar por varios trabajos. En esa familia he tenido problemas, he tenido demasiadas alegrías, tengo grandes amigos, tengo, por digamos así, unos rivales, por así decirlo. Pero sí: la barra es una familia que uno escoge, esa familia la escoge uno. Y me ha dado grandes cosas y sé que me va a seguir dando grandes cosas.” (Entrevista 8).

Se asume a la barra como un espacio en el que se reciben aspectos importantes para la propia existencia, ingredientes estimables para el crecimiento en distintas esferas, por lo que se le considera altamente relevante: para el barrista es su fortín, lugar donde es apreciado, contexto predilecto de socialización y donde encuentra un reconocimiento del que puede carecer por fuera de esa área.

En este apartado abordamos a la familia, como concepto y como estructura, en la forma en que se materializan las interacciones con respecto al fútbol desde temprana edad y la manera en que esas relaciones se extrapolan a la barra, concebida como colectivo con una alta carga afectiva entre sus integrantes. El amor hacia el equipo de preferencia, sacralizado en los rituales de apoyo desde la barra, impulsa múltiples acciones entre las que emerge la violencia, como se expondrá a continuación.

El amor como motor para la violencia

El amor, expresión máxima a nivel cultural del sentir, es la clave de una enorme cantidad de actos: la entrega, la solidaridad, la compañía y la disposición de morir se plasman en ese contexto grupal. Se da por sentado que el amor es un ideal social pero, paralelamente, puede ser el motor máximo para la eliminación de otros: los no familiares, barristas de otros equipos y los del propio que pertenecen a grupos de apoyo concebidos como enemigos. A la familia se le ama y por ella se estaría dispuesto a morir o a matar, llevando esa expresión a un nivel extremo.

Quien está desprovisto del *habitus* barrista no logra entender el amor que esos sujetos tienen por el equipo de fútbol: los sacrificios, el sufrimiento al que se exponen y los riesgos asumidos carecen de sentido por fuera del *campo*. Por ello, se usan adjetivos de desaprobación hacia ellos. El sentimiento construido en la fusión equipo- barra, materializados en las prácticas de apoyo, se incorpora al estar en el *campo* del barrismo:

> "Me da rabia porque más de uno dice que uno se hace matar, que… que uno es un desadaptado, que eso es *gaminería* y… porque no siente lo… lo que uno siente o porque nunca han estado en la tribuna de Los del Sur, pa' que vean lo que uno hace es por amor y lo que uno siente allá metido. Más de uno lo juzga a uno sin saber qué se siente estar allá." (Entrevista 7).

El amor opera como motor de agresión y muerte. La posibilidad de la venganza queda latente cuando el cruce no finaliza con la muerte del agredido, con el eventual encuentro posterior entre los implicados. El sentimiento por el equipo y la violencia conforman una combinación que puede ser fatal:

> "El sentimiento pa', que usted… usted como que se enamora tanto que llega como a matar. Llega a matar y usted… usted como que ve un hincha del Medellín, un hincha del América, un hincha de otro equipo y usted como que: "¡ah, esta gonorrea, home!", "¡esta *coscorria*!" ¡Cae de una! Y en un brinco lo puede estar hasta matando pa'. Uno *le* mete tantas puñaladas a personas que uno no sabe si se mueren o no se mueren. ¡Pues yo no sé si se morirán o no se morirán! (risas) La verdad es que, pues, que uno los mata y uno no sabe si se muere o no se mueren pa'." (Entrevista 3).

El insulto, la burla y los comentarios de descalificación del equipo preferido, aceptados dentro del *habitus* barrista como prácticas que avivan el ambiente futbolístico, dentro de un marco denominado "folclor", se constituyen, simultáneamente, en motivo de rabia y malestar. Se ama al equipo como a la madre y el que otro lo ataque, mediante expresiones verbales, gestuales y simbólicas, puede desencadenar en actos de violencia física.

El equipo de fútbol se vuelve algo sagrado, venerable, desde ese marco comprensivo, al igual que se vuelve sacra la madre en la concepción de la familia a nivel social. Así como resulta inadmisible que un externo a la familia se meta con la madre, la ataque o cuestione, es inaceptable recibir una expresión ofensiva hacia el equipo amado, ubicado en un altar afectivo:

> "Pues pa', como una ofensa, es como una ofensa. Es como si le estuvieran… muchas veces hay mucha gente que se ofende como cuando le tratan mal a la mamá. Entonces como si le estuvieran tratando mal a un ser querido que uno tiene, que es Atlético Nacional. Hay una frase que dice: Nacional… no…Dios, madre y Nacional, las tres cosas que uno más quiere en esta vida. Uno daría la vida por ello. Por eso es que uno se ofende tanto y llegaría hasta matarse con otro, con otro hincha por esas cosas." (Entrevista 3).

La defensa de lo amado es una de las muestras más grandes de amor. Así como a la madre, figura central en la idea popular de familia, el equipo se ama con tal intensidad que se tiene la disposición de morir en su defensa. Se concibe el estar en disposición de dar la propia vida como una muestra de amor. Vivir por la madre y morir por el equipo se ubica como juicio, ambiguo pero viable, con el que se orienta la acción:

> "¿Por qué? Por defender uno lo de uno. Por lo mismo: porque uno lo ama y se hace matar por lo que uno ama, ¿no? Como me hago matar por mi mamá y por mi equipo. Yo tengo una frase aquí que dice 'por mi madre vivo y por Nacional muero'. Eso lo representa como usted me lo está preguntando: me hago matar por mi mamá, me hago matar por mi equipo, porque los amo, ¿no?" (Entrevista 7).

El que otro se alegre por la derrota del equipo favorito, el conjunto amado, puede ser asumido como una provocación. Se aspira a que el equipo apoyado obtenga triunfos en los campeonatos en que participa, por lo que un resultado adverso duele. Ese sentimiento de aflicción acompañado por muestras de alegría por parte de los otros puede conducir a la agresión:

> "Pero ante todo eso, porque si uno está sano… yo tengo algo claro, que el que está quieto se deja quieto. Y eso es fundamental en esa vuelta, porque ahí uno hace eso, uno bien borracho, bien loco y que el verde haya perdido y uno pilla a un hincha del rojo pasar por ahí bien contento. Por ejemplo, en estos días hay clásico: donde el verde gane los hinchas del rojo no pueden ver porque se lo fuman. Y así son los del verde: uno se ofende y más si está bien drogo. Esa es la vuelta." (Entrevista 5).

El amor por la pareja, la pasión involucrada en ese tipo de vínculo, se equipara a la relación del barrista con el equipo de fútbol. Se ama al equipo de fútbol hasta un nivel irracional, incluso nombrado bajo términos como la locura. Tanto que hasta se llegaría a matar por él:

> "Pues pa', porque usted se enamora del equipo, usted se enamora y usted se vuelve loco, tan loco que da la vida por un equipo. Da la vida por eso que es tan bello, tan hermoso. Se enamora, es como cuando usted se consigue una novia. Así como en estos días, no sé si usted vio a un joven que mató a la mamá por una novia, que era una juez, no sé qué era. Y la mató, ¿por qué? Estaba locamente enamorado de ella. Que supuestamente no sé qué fue lo que pasó y la mató por cosas de la vida. Entonces es por eso que uno mata: por cosas de la vida, por el amor que uno tiene por el equipo. (Entrevista 3).

Dar la vida es una de las muestras más fehacientes de incondicionalidad con respecto a un gusto. El viajar sabiendo que la vida corre riesgo da un valor preponderante al acompañamiento al equipo. La alegría experimentada por el barrista en el estadio difícilmente se equipara con otras vivencias y, al considerar trascendental ese sentimiento, se sustenta la disposición de morir. Se experimenta un riesgo para la existencia, propia y ajena, asumido, en una relación indisoluble, con la alegría adjudicado al conjunto deportivo:

Por ejemplo, estando en otra ciudad, ¿vos qué sentís acompañando a Nacional? ¿Qué experimentás al acompañar a Nacional en una tribuna o en los desplazamientos hacia otra ciudad?

"¿Qué puedo sentir? Pues que estoy dando es la vida por Nacional, estoy dando la vida por Nacional y yo sé que allá tengo que guerrearla para poder sobrevivir. Entonces *cucho*, la vuelta es esa. Usted da como la vida por eso y son cosas significativas pa' usted matarse por él, por algo que no le va a dar nada, pero, como le digo, le va a dar es la alegría que usted no puede sentir en ninguna parte. ¿Usted ha entrado a un estadio?, ¿no? ¿Cómo se siente eso? Se siente hermoso, ¿no? Pues, diciéndolo así: se siente, uf, una cosa inmensa." (Entrevista 3).

El amor se comprende bajo las creencias más arraigadas de la cultura local sobre lo que ello encierra y se materializa en prácticas extremas. En síntesis: incondicionalidad, irracionalidad, disposición de morir y hasta de matar por lo idealizado. En el *campo* del fútbol espectáculo se reproduce la tendencia a la entrega desmedida por el equipo amado, con la violencia como una de las prácticas más relacionadas. La violencia, reproducida con la participación de distintos actores, amerita ser analizada con el fin de ampliar la perspectiva de comprensión del fenómeno, evitando replicar mecánicamente los discursos hegemónicos.

Reproducción de la violencia en el campo del fútbol espectáculo

La reproducción de la violencia tiene a otros actores involucrados, más allá de los barristas, en quienes se encarnan, de forma visible, prácticas que los ubican como los culpables absolutos, de acuerdo con el discurso dominante. Esa perspectiva, que niega o eclipsa la interacción de distintos actores y factores, amerita ser puesta en una visión crítica. Sería reduccionista afirmar que el fútbol tiene una lógica interna que, como esencia, lo configura como *campo* violento. Más que un atributo natural de ese deporte, como práctica o como espectáculo, es pertinente contemplar la serie de construcciones culturales y creencias populares que han sido incorporadas, fijadas y vistas como propiedades inmutables de ese *campo*.

Para guiar la comprensión de cómo la violencia no desaparece pese al cambio de actores que confluyen al contexto del fútbol espectáculo es importante considerar los diversos mecanismos de reproducción. En este ejercicio analítico se incluye una reflexión con respecto al rol de los medios de comunicación, la fuerza pública y el propio fútbol, con sus lógicas internas, como estrategias aliadas de la reproducción de la violencia, además de la exclusión como estilo de comprensión y medida recurrente para buscar la convivencia.

El posicionamiento alcanzado por el fútbol como gran espectáculo masificado ha dotado a esta disciplina deportiva a nivel profesional de un aura de intocable, incuestionable. ¿Por qué en otras disciplinas deportivas, en las que el contacto físico entre los jugadores es admitido no se presentan con tal frecuencia hechos de violencia? Lo que propicia la agresión en el balompié con mayor frecuencia que otros deportes no es, y concretamente entre sus espectadores, partiendo de ese detalle, el que se trate de un juego en el que se topan físicamente sus protagonistas: si esa fuera la razón principal este fenómeno sería igual o más recio en otras prácticas.

El cliché explicativo sobre la violencia asociada al fútbol que acude a señalar a la sociedad como la culpable, concepto que ubica discursivamente al fútbol como víctima de las dificultades meramente externas a ese *campo*, pudiese resultar insuficiente, y hasta inadecuado, para comprender las lógicas que propician las agresiones en este contexto. Un segmento de la comprensión de dicha particularidad puede hallarse en la aceptación implícita de acciones que, por fuera de ese *campo*, resultarían absurdas: la esencialización de construcciones específicas en el fútbol espectáculo que avalan y/o promueven la violencia:

> "Y eso es lo que pasa, por eso es que hay tanta violencia en el fútbol, Diego: porque la gente le da licencia al fútbol y lo hemos hecho nosotros los periodistas mucho para que en el fútbol se permitan ciertas cosas que en la vida sería imposible que las toleráramos, sería imposible. […] Inclusive hay otros deportes que son de contacto y las personas no se agreden como se agreden en el fútbol: ni los deportistas en el terreno de juego ni los dirigentes en las entrevistas previas o con actitudes que toman ni los aficionados en las tribunas. No se tratan tan mal como en el fútbol." (Periodista deportivo).

La medida de seguridad estatal de no permitir el ingreso de una de las dos hinchadas, asumida durante distintos momentos históricos, devela aspectos estructurales del *habitus* espectador en el *campo* del fútbol espectáculo que rompen conceptos hegemónicos sobre la violencia: puede ser ejercida por otros espectadores distintos al barrista, en quien generalmente recae la mirada al hablar de este fenómeno. Hinchas y aficionados, ubicados en las tribunas Oriental y Occidental para el caso colombiano, materializan acciones de violencia en las que, incluso, los barristas resultan siendo los agredidos. Así se despedaza la idea instaurada del barrista como el desadaptado, como el sujeto violento en un océano de paz imperante.

El barrista, acudiendo a la cita de forma clandestina, se ubica en una tribuna alterna a la cotidiana, asume el *habitus* hincha transitoriamente y busca pasar inadvertido en medio de hinchas del equipo rival: para ello, no porta los colores del equipo preferido, simula indiferencia al no exteriorizar emociones cuando hay goles a favor o en contra y, a diferencia de lo habitual, permanece sentado y sin cantar. Al ser descubierto, rompiendo la obligación de no asistir al partido, es señalado y violentado desde lo verbal y gestual, llegando hasta el plano físico: hinchas, y no necesariamente barristas, lo agreden y exigen a la policía su expulsión de la tribuna.

De otro lado, adultos, y no adolescentes y jóvenes, actúan en el rol de agresores, en contravía de la concepción cliché del sujeto violento. Por si fuera poco dentro de esa secuencia de cuestionamientos al imaginario hegemónico, en esas tribunas se ubican, mayoritariamente, personas de alta condición económica: los agresores resultan siendo ricos y no pobres, contrario a la asociación irrefutable instituida de la violencia con la baja condición socioeconómica. Estas condiciones alternativas en las que se rompe el lugar común de interpretación, claramente tangibles ante las agresiones por parte de hinchas (no barristas), ricos (no pobres) y adultos (no adolescentes o jóvenes), sirven para la reflexión sobre si la violencia está, como se menciona frecuentemente, concentrada en unos pocos y si esos pocos son únicamente los barristas. Basándonos en la siguiente cita, como mínimo, esa sentencia queda en entredicho:

> “Por ejemplo, en esos partidos pasados no dejaron entrar hinchas de Medellín al estadio, ni de Nacional, esto en el partido de Medellín. Y a los hinchas de Nacional

que cogieron en las tribunas les dieron muy duro. No fue ni en Sur ni en Norte: fue en Preferencia y fue en Oriental, más que todo, en las que se armaron la mayor cantidad de riñas. ¿Qué personas están en Preferencia? Los hinchas de Nacional de pronto eran barristas, pero los de Medellín no. Los de Medellín que están en Preferencia es que siempre van a Preferencia y es porque son abonados, porque ya tienen la entrada y se suponen que son gente que tiene: no creo que haya ninguna persona pobre se haga en Preferencia, porque no le va a alcanzar la plata para pagar la boleta". (Entrevista 8).

El análisis de este elemento deja abierta la posibilidad de que la reproducción del *habitus* espectador del fútbol espectáculo vincule, como práctica posible, la ejecución de la violencia y no que ella sea un aspecto exclusivo del *habitus* barrista, reflexión que implica mayor complejidad que ver la violencia como una práctica restringida y rotundamente localizada. Desde esa perspectiva, cobra pertinencia la evaluación de todo el *habitus* espectador del *campo* del fútbol espectáculo, además de la consideración de la variedad de actores que allí converge, con la violencia como dispositivo transversal y no como escueta práctica de unos sujetos desarticulados.

En el fútbol se admiten prácticas que serían inconcebibles por fuera de ese *campo*, inclusive aquellas que se relacionan con el irrespeto, el ataque y la humillación. La visión del otro como enemigo por el portar una camiseta del equipo rival hace que su concepción como ser humano sea ensombrecida. Si al otro se le considera como persona, más allá de los colores, existe la posibilidad de convivir con él:

¿Por qué razones uno no agredería a un hincha de otro equipo? ¿Qué razones tendría uno para evitarlo?

"¿Para uno evitarlo? Pues, no mirándolo por la camiseta, ¿cierto? No mirándolo por la camiseta o porque es hincha del equipo, no. Sino por... porque es una persona, porque es una persona igual que uno. Porque uno dice "no, es una gonorrea de la banda de tal y tal". Y no, uno tiene que mirar porque es un ser humano y tampoco. O sea, no mirarle por los colores. No mirarlo por los colores sino por… porque es una persona, una persona igual que uno. E igual que él tampoco… el que está quieto se deja quieto y no aguanta." (Entrevista 5).

El señalamiento y la exclusión son dos de las operaciones reproductoras por excelencia. El concepto de la seguridad como clave discursiva para evitar la confrontación sustenta decisiones por parte de distintas instancias estatales y no estatales: unos son incluidos y otros excluidos de la participación oficial del ritual deportivo, materializado con la asistencia a los estadios. De igual manera, partiendo de la noción individualista del fenómeno, se señala a quienes, se supone, ponen en riesgo el ambiente pacífico que impera en el contexto.

Excluir como estrategia recurrente para buscar la convivencia

Desde las distintas estructuras sociales se reproduce el imaginario de la exclusión como vía posible para alcanzar la convivencia. Esa concepción, si nuestro interés se orientara a identificar elementos transversales a los distintos fenómenos de violencia, podríamos encontrarla en otros *campos* distintos al fútbol espectáculo: nos enfocamos en él por ser nuestro tema específico de trabajo sin desconocer que el análisis efectuado en este *campo* pudiese ser extrapolado a numerosos contextos como ejercicio explicativo de múltiples medidas y estrategias de mitigación de la violencia.

En esa comprensión del sacar, aislar o excluir como medio para propiciar la armonía colectiva se interpreta, partiendo del precepto de encontrarse frente a un contexto de paz potencialmente vulnerable por unos desadaptados, pocos e identificables, que el sacar a esos elementos dañinos, nocivos, la convivencia se conservará o alcanzará. Los nombrados malos pueden contagiar a los buenos, por lo que es forzoso apartarlos:

> "Creo que eso hay que hacerlo, porque es que una manzana puede contaminar las otras. Entonces si nosotros no erradicamos o si las mismas barras no toman sus medidas para sacar esta manzana que de pronto está afectando el entorno, entonces va a terminar generando un problema mucho más grande. Entonces la idea es que esos casos puntuales se excluyan de la fiesta del fútbol para que el resto pueda convivir con la fiesta del fútbol." (Policía).

La eliminación del sujeto violento se nombra como posibilidad sin que nadie asuma explícitamente la materialización de tal acción. Las barras, sin otras posibilidades legales,

echan de su colectivo o les niegan su ingreso oficial a quienes nombran como agresores o riesgo para la imagen social del grupo. El capital simbólico de ser parte de la barra es negado o retirado a aquellos señalados:

> "Y no se pueden exterminar ni acabar, nada. Nosotros no somos policías, no somos grupos delincuenciales, no somos nada. Pero lo único que nosotros podemos hacer internamente es no aceptándolos en nuestra barra y, digamos, no hacer parte." (Entrevista 8).

¿Para dónde sacarlos? Se afianzan decisiones, explícitas o implícitas, como enviarlos a otras tribunas, como sujetos o subgrupos que no se acomodan a lo establecido formal o informalmente, despojándolos de la potestad de ser asumidos como parte de la barra. Los sujetos y grupos excluidos, o autoexcluidos ante los señalamientos, terminan por convertirse en enemigos de la barra oficialmente reconocida: una nueva barra se conforma y ya la enemistad no se limita a los barristas de los equipos rivales a nivel deportivo sino que se amplía a hinchas del mismo equipo:

> "Hay una barra que se llaman los *Reveldes*[6] que se hace en Norte y son liebres, pero son del mismo Nacional pero son liebres. Como… como el Medellín, que tiene su barra *quizque* la Rexixtenxia Norte y al frente la Chatarra y son hinchas del Medellín pero son liebres."
>
> *¿Qué significa eso de "liebres"?*
>
> "Son enemigos porque a ellos les prohibieron la entrada en la Norte como a los *Reveldes*[7] le prohibieron la entrada en la Sur. Entonces ellos se hacen al frente que es en Norte y la Chatarra en Sur y sacan sus trapos allá. Ellos saben que en allá en la Sur ellos no pueden *dentrar*." (Entrevista 7).

[6] Se conserva la grafía original que le asignaron a ese grupo: los Reveldes y no los Rebeldes, como sería por normas ortográficas. Posteriormente, este grupo se llamaría "La más fiel".

[7] Se conserva la grafía original que le asignaron a ese grupo: los Reveldes y no los Rebeldes.

Las diferencias con los líderes pueden conllevar a negarles el ingreso a la tribuna correspondiente a la barra mayoritaria o hegemónica. El estadio, tradicional sitio de la ceremonia deportiva, deja de ser la zona del cruce con esos otros, ahora no exclusivamente hinchas de otros equipos, trasladándose a calles, carreteras y demás espacios de circulación pública. El expulsarlos de la tribuna asignada, estrategia planteada como la solución, no lleva al fin del conflicto, trasladado a otros espacios de encuentro:

> "Sí, muchas veces se habla con el combo y si el combo es de esos desadaptados sociales el comité lo único que hace es sacarlos de la barra Los del Sur. Los saca y los manda para otra tribuna. No los manda pues necesariamente pero ellos ya deciden tomar otra tribuna, entonces ya quedan como unos rivales también, que es lo que está pasando en estos momentos: en Norte hay una barra que se hace a veces en la mitad, hay veces que se hacen… ellos tuvieron también un conflicto así con Los del Sur y Los del Sur decidieron no dejarlos *dentrar* más al estadio y ya donde se ven se quieren matar." (Entrevista 4).

Los mecanismos internos de las barras como grupos apuntan a la individualización, criterio nada alejado de los agentes del orden. No hay una mirada hacia las responsabilidades colectivas ni la consideración de las representaciones grupales que propician que esos sujetos ejerzan la violencia. La lectura que da la policía al fenómeno es perfectamente compatible con el discurso y la praxis de los líderes de las barras, quienes son legitimados para tal acción: el sacar a quienes se identifiquen como actores partícipes de agresión se interpreta cual fórmula efectiva para que la violencia desaparezca o se aminore:

> "Dentro de los mismos líderes de las barras, por ejemplo Los del Sur y los de Rexixtenxia, cuando ciertos participantes en las tribunas están atacando a otras barras los mismos líderes se encargan de evacuarlos y de sacarlos del estadio ¿Por qué? Porque dentro de ellos no quieren que por culpa de 2, 3, 4 o 5 haya una confrontación. Entonces cuando siempre hay las confrontaciones nuestros comandantes llaman a los líderes, venga hablemos, venga socialicemos qué pasa con este personaje, desde aquí se está viendo esa situación, solucionemos desde ahí, y los mismos líderes se encargan de retirar a estas personas que de alguna u otra forma están generando la violencia." (Policía).

Desde la mirada interna de la barra, en la misma sintonía de la opinión de otros actores, la expulsión de esos espacios de quienes se interpretan como los desadaptados desaparece el problema: el que ellos no accedan al escenario santificado, el estadio, se asume que se le dio trámite efectivo al conflicto. Si fuera de él, en sus cercanías o en zonas lejanas, se presentan desmanes no es un asunto significativo de preocupación. El objetivo generalizado, que aplica para diversos actores que convergen en este *campo* del fútbol espectáculo, es que esos desadaptados no contaminen el ambiente pacífico que, se da por sentado, allí predomina.

La exclusión de los agresores del escenario del barrismo por excelencia, los estadios, es usada como estrategia ante robos y demás actos. La barra actúa como agente vigilante, que expulsa al violento si lo ve en ese espacio de ceremonia. Si no hay problema en el estadio las medidas sirven (no sabemos lo que hagan afuera). El ser expulsado de la barra no garantiza que el sujeto que efectúa prácticas como el robo o la agresión no lo continúen haciendo, incluso en el mismo *campo* del fútbol espectáculo, pero se busca limpiar a la barra, aislar lo máximo posible del contexto estadio a esos actores que se asumen como los responsables del estigma y señalamiento social que recae en esos grupos:

> *¿Sirve de algo el sacarlos, excluirlos, expulsarlos del combo, de la barra? ¿Eso sirve para algo?*
>
> "Sí, en sí sirve. Porque mire que yo en el parche mío tenía como tres loquitos que eso ¡no! A toda hora eran problemas, robando y esto y lo otro. Y en estos momentos la misma barra no los deja entrar al estadio. Los ve en el estadio y los saca. Cualquiera que los ve ahí mismo los saca." (Entrevista 1).

En esa misma vía de propuestas de acción, con la exclusión como estrategia propuesta para la convivencia, se ubica la decisión de comités de seguridad, representantes de la fuerza pública y gobernantes municipales y departamentales de impedir el ingreso a las ciudades de los hinchas visitantes, con el llamado cierre de fronteras. Se asume que el hecho de impedir el encuentro entre espectadores con dos preferencias distintas es la única alternativa para que no se presenten actos de violencia:

> “Mientras tanto, me parece muy bien lo que han hecho: de que cada equipo con sus hinchas, el equipo local llena su estadio y mire que no ha pasado nada. Me parece excelente, porque no podemos ocultar que nuestro país sufre un problema de violencia en nuestra sociedad y que es la única forma en el momento de evitar cosas. Como decía, el gobierno debe entrar en esos focos, en esos puntos, para que, más adelante, esos índices bajen y se puedan volver a juntar los dos actores, los hinchas de los dos equipos puedan ir al estadio para ver si nuestra sociedad sí es más tolerante. Pero, en el momento, creo que es lo mejor que se ha hecho.” (Futbolista profesional).

La cárcel aparece como una de las instituciones más potentes dentro de las estructuras sociales, como espacio para materializar la exclusión del sujeto violento, encarnando el castigo que se espera del que se sale de control. Así como la policía actúa, de acuerdo con ciertas particularidades, como organismo avalado para el ejercicio de la violencia (considerada legítima), la cárcel opera como dispositivo legal de castigo. A nivel macro funciona como unidad legalmente instituida de venganza: familiares, amigos o conocidos de alguien herido o asesinado esperan, y hasta exigen, que quienes atentan contra la integridad o vida de sus seres cercanos lleguen allí. La violencia y la venganza se establecen como prácticas para, por más contradictorio que suene, castigar la violencia y la venganza.

De otro lado, las expectativas ante la cárcel como castigo pudiesen engendrar la banalización del daño causado: hago algo y pago por ello, sin que, necesariamente, haya una reflexión, arrepentimiento o transformación de los imaginarios que sustentan los actos. La cárcel funciona, metafóricamente, como el purgatorio en el sistema de creencias católico: se cometen actos en contra de otros, se va allí y se redime la culpa:

> *¿Qué pensás vos de los hinchas del Medellín o de los hinchas de Millonarios o de América?, por decirte 3 equipos*
>
> “Pa’, yo, en mi concepto, yo los odio pa’. ¿Por qué? Por lo mismo: por el amor que yo le tengo a mi equipo, pa’. Pues yo… pues yo con ellos nada que ver, que mochen. Y si toca matar uno y toca pagarlo uno lo paga, ¿no? […] Porque usted no tiene, no tiene que ver con lo que le va a hacer al otro: si lo va a matar… bueno, muerto quedó. Y si

lo cogen a uno, lo paga y listo. Uno era prácticamente como un animal ahí, eso era matar o morir." (Entrevista 3).

La separación, el no cruzarse con el otro, es una condición deseable. El que el territorio, asumido como propiedad exclusiva y excluyente, se divida y no haya opciones de encuentro es interpretado como la situación ideal para el barrista:

"Necesitamos es… por decir en el último clásico que yo estuve en la calle no hubo problemas, nada de eso, cada quien por su lado. Los del Medellín en Colombia y nosotros en La 70 y San Juan. A mí me parece que es una medida de seguridad muy buena porque cada quien está en su zona para divertirse y para celebrar." (Entrevista 1).

El regionalismo emerge como forma de vivir el fútbol aceptada, con la exaltación del nosotros como superior y la posibilidad de la aniquilación del ellos implícita. La negación de la ocupación del territorio considerado propio para esos externos que llegan impulsa la defensa de la ciudad propia, territorio vedado para los ajenos. El ataque al visitante se justifica en el amor a la comarca, una especie de defensa al honor regional. Las agresiones recibidas cuando la condición es opuesta, en los viajes detrás del equipo amado, estimulan un aire de venganza hacia los otros cuando son los visitantes.

La violencia emerge como práctica empleada para someter al otro, hacerlo sentir mal recibido en la casa, no querido. El hacer correr al barrista de otra región significa humillarlo, considerando el no pararse, el huir ante la arremetida, como un acto de cobardía: una forma simbólica de derrotarlo. Se entremezclan la competencia deportiva, el enfrentamiento dentro de la cancha, con la rivalidad entre los espectadores: al otro hay que ubicarlo en una posición de rendición en ambos planos. No basta con que el equipo preferido venza en el terreno de juego y el desplazarlos representa un gol, una anotación simbólica en la confrontación dentro del *habitus* barrista:

"Había un trapo que decía *quizque* "los del Ballet azul", las gallinas de Millonarios. Y así quedaron bautizadas desde hace mucho tiempo: las gallinas. Y pa' las gallinas, ellos saben que no los queremos, nosotros los paisas, como dice aquí el último disco

que sacaron los *parceros*, a los paisas vos nunca te le parás. Pero entonces, *indispensablemente* de todo eso, ellos saben que siempre va a haber una rivalidad entre nosotros, quieran o no quieran." (Entrevista 1).

Las medidas de regulación impuestas por el estado pueden ser esquivadas, burladas. El propósito de evitar el encuentro fracasa si existe la intención de violentar al visitante: no se ingresa al partido hasta teniendo el dinero para hacerlo, con tal de buscar la pelea; o cuando el otro es retirado del estadio antes de finalizar el partido se busca un lugar distinto, incluso por fuera de la ciudad, para atacarlos y causarles daños materiales al bus o vehículo que los transporta. La policía, encargada de materializar la exclusión con fines de evitar el enfrentamiento, aparece como entrometida y se descalifica por sus acciones que buscan impedir el cruce:

¿Por qué un hincha local recibe con botellas, con palos, con distintos objetos lanzados a los visitantes? ¿Por qué se hace eso?

"Es como un respeto que usted debe tener por la ciudad… es como el respeto que usted tiene que darle a la ciudad. Porque si ellos no nos dejan *dentrar* allá entonces nosotros tampoco los dejamos *dentrar* acá. Entonces, como dice uno, mala vida pa' ellos. Y los espera uno. Hay veces que uno tiene con qué *dentrar* al estadio y como solamente como por tener violencia no entra al estadio como pa' esperarlos que ellos salgan. Porque muchas veces salen ellos media hora, 20 minutos, antes del partido, de que se acabe el partido, para sacar… los *tombos* los sacan en… por eso es que uno dice los *tombos*, los sapos, comienzan a sacarlos en camiones, en buses, comienzan a evacuar de la ciudad. Entonces uno… uno los espera en los peajes, en el primer pueblo cercano que esté en la ciudad, pa' poder darle mala vida, pa'. 'Ah, no… que esa ciudad es caliente pa' uno *dentrar*'; 'vea como salieron los buses, todos dañados'. Entonces por eso es que es el respeto que uno debe le debe dar a la ciudad, pa'." (Entrevista 3).

El local espera a los visitantes para atacarlos. Es esperable que al ingresar al territorio ajeno se reciban ataques, por lo que cuando se es local los roles se invierten de agredidos a agresores. El ataque de parte de los otros se ve como inevitable, en la previamente nombrada

postura dicotómica en la que se agresor o se es agredido, sin matices u opciones por fuera de esta dualidad.

No se considera la posibilidad de que la arremetida violenta al llegar a otra ciudad pueda ser contestada de una forma pacífica: ignorar o huir no son opciones aceptables y, más que eso, son rechazadas con vehemencia. El local recibe con violencia física o material a los visitantes y los visitantes responden de modo equivalente. Es previsible que la respuesta ante los ataques sean acciones igualmente violentas. El líder no puede controlar a la totalidad de los integrantes de su grupo, por más que desee hacerlo. Aunque desde múltiples contextos se supone el control de los integrantes del grupo por parte de los líderes, los padres dentro de esa estructura familiar, la experiencia indica que no siempre lo que el padre ordena se cumple a cabalidad:

> "Digamos que nosotros vamos pa' Cali en estos momentos, vamos *dentrando* a Cali. ¿Quién le va a decir a un man que no le tire una piedra a un bus? ¿No? Entonces ahí ya le tira esa piedra a ese bus, le quiebra el vidrio. Ya eso es un problema porque todos los del bus se van a bajar, se van a coger con ellos. ¿Y quién estaba buscando problema? Siempre dicen que los que van en el bus, los que están ingresando. Y siempre va a ser al contrario. ¿No? Entonces, o sea, son unas rivalidades que hay ya en las barras. Yo digo que es algo que por mucho que usted, ¿cómo le dijera yo?, por mucho que usted tenga un combo y usted lidere 50 personas de un combo de una barra de esos 50 usted a todos los 50 no los va a controlar." (Entrevista 1).

Las medidas estatales de impedir el ingreso de los hinchas de ambos equipos en lugar de erradicar la idea del otro como enemigo la pudiese estimular. El que los hechos de violencia no se presenten en los estadios o en sus cuadras adyacentes no significa haber hallado una solución: el ver al otro con su indumentaria, vestimenta e instrumental camino al estadio, con el ritual de apoyo al equipo contrario, se genera antipatía y refuerza la predisposición de agredirlo en sitios distintos al estadio. El otro aparece como culpable de que ellos no accedan al escenario deportivo y el verlo caminar a acudir al partido representa una prerrogativa injusta. Si no podemos ingresar que ellos tampoco puedan:

¿Qué pensás de que, en ocasiones, no se permita el ingreso de hinchas visitantes o que haya cierre de fronteras para el ingreso de hinchas de otra ciudad?

"Eso es duro porque uno ve los hinchas de… por ejemplo en los clásicos: hay veces que les toca a ellos *den*…, uno ve los hinchas del Medellín todos vestidos de ahí pa' abajo pa'l estadio y uno sabiendo que uno juega también y no poder *dentrar* porque les toca a ellos, le da es a uno como rabia también, le dan ganas de pelear con ellos. Ahí es cuando empiezan las peleas con los otros equipos: porque uno hace pa' que ellos no entren tampoco." (Entrevista 7).

Se reprochan los actos pero no por su naturaleza, el daño causado a los otros, sino por las consecuencias que de allí se derivan, como sanciones o pérdida de beneficios. Esos que ejercen la violencia son desadaptados, nuevos en la barra: el estar adaptado significa, dentro de esa concepción, el no violentar. En otras palabras, la violencia viene de afuera de la barra y arriesga la paz que allí se ha logrado consolidar. La barra, como conformación grupal, castiga al combo (microgrupalidad) en el que se encuentra inscrito el actor que ejerce la violencia física o material:

"Hay muchas personas de esos desadaptados que son personas que llevan poco tiempo en la barra y ya la barra, la barra, lleva un proceso, un proceso… que si, por decir, a uno de los del combo mío lo ven en un problema de esos o quizás me ven a mí, a mí me sancionan el combo mío, con boletería, con todo, con todos los beneficios que tenemos en la barra nos sancionan, hasta una nueva orden. Entonces nosotros como líderes de combo y nosotros, en las reuniones de nosotros, nosotros hablamos mucho de eso, porque eso no nos sirve a nosotros que nos sancionen. ¿Por un desadaptado? Queda muy duro pagar nosotros todo." (Entrevista 1).

El barrista lamenta la medida de no permitir el ingreso de los otros, sus rivales desde la tribuna. El no tenerlos para cantarles, en ese ejercicio verbal de atacar y ser atacado dentro de sus claves concretas de interacción intergrupal, es un hecho que produce una molestia casi como para pedir que el otro esté. Se siente malestar al escuchar las expresiones ofensivas de parte de los otros, lo que no aplaca el mismo acto en dirección opuesta. Se les canta a los otros con el firme propósito de provocarles rabia:

¿Qué implica cuando uno le canta algo ofendiendo al otro? ¿Realmente eso tiene que ver con la violencia o eso no tiene nada que ver con la violencia?

"No, eso es como insultos, pero eso sí es violencia porque eso uno los ofende y todo. Pero eso ya casi no se volvió a ver porque la Dimayor puso una regla en las tribunas: que en los clásicos no entran sino los equipos de local. Por ejemplo, si Medellín juega de local, *dentra* la hinchada de Medellín; y si Nacional juega de local, *dentra* la hinchada de Nacional. Entonces ya casi no se ve eso, como cuando uno los tenía al frente a ellos que en un clásico uno les cantaba. Uno los estaba ofendiendo, claro, como ellos nos ofendían a nosotros."

¿Qué sentís vos cuando escuchás un cántico de un hincha de Medellín o de otro equipo hacia Nacional o hacia la barra Los del Sur?

"Me da rabia, porque nos están insultando, me da como… como ira. Ya." (Entrevista 7).

Convivir, dentro de esa mirada generalizada en el espacio social, significa el estar bien con el que se considera grupo propio: los compañeros de combo y, para algunos casos, de barra. Con respecto a los otros, esos externos a esa agrupación en la que se incluye el mismo sujeto, el plano ideal es "ellos en su sitio, nosotros en el nuestro": en términos sencillos y concretos, que no se dé un encuentro directo y que haya una definición marcada de ubicación territorial diferenciada entre el "nosotros" y el "ellos". Hay una idea de la inevitabilidad de la confrontación cuando se rompen esas fronteras establecidas y, por ende, las propuestas que apunten a evitar el cruce, el encuentro, son consideradas las ideales.

La imposibilidad de compartir el mismo espacio es consolidada como representación absoluta: si ellos pasan por el lugar significado como propio, o viceversa, hay un problema que se traducirá en agresión física. La división territorial remarca las consecuencias previsibles si hay un encuentro frente a frente en algún sitio:

> “Pues, que si nosotros no nos metemos allá y ellos no se meten acá, no hay problema. Entonces de ahí no… pues, ellos en lo suyo y nosotros en lo de nosotros. Mientras no se metan acá y nosotros no nos metamos allá, todo bien.” (Entrevista 3).

La convivencia es entendida como ausencia del otro en los propios espacios de tránsito o permanencia, no como la coexistencia con el considerado diferente. Desde distintas instancias que participan del *campo* del fútbol espectáculo se alimenta la ideación del otro como agresor al establecerse, formal e informalmente, esa división simbólica de áreas. La estrategia predilecta para aminorar la violencia, como se ha dejado entrever, es la exclusión y, como resultado de ella, se pide, por más paradójico que suene, que se presente la convivencia. Como parte de la reproducción social de la violencia, en esa construcción colectiva de imaginarios y prácticas, la policía, organismo representativo de la fuerza estatal, tiene una participación en este *campo* que es pertinente contemplar.

Reproducción- fuerza pública

El fútbol espectáculo acoge distintos roles, no estando como *campo* limitado a quienes participan en la competencia, en plano de jugar, dirigir, observar o comentar el juego. Adicionalmente, ante la serie de hechos de violencia que se presenta, la policía cumple una función de disuadir, reprimir las manifestaciones de violencia. En primera instancia, esa es la razón de que esa institución aparezca en este contexto. La policía, como entidad, se encuentra legitimada para ejercer una fuerza, casi nunca nombrada como violencia por el discurso institucional, por estar amparada legalmente y bajo particularidades en las situaciones que la hacen aceptable y hasta deseable. Se concibe el uso de esa fuerza como medio para impedir que ocurran daños aún peores:

> “Muchas veces el periodismo o las noticias nos hacen ver que nosotros no estamos facultados para ejercer la fuerza. Nosotros somos la fuerza pública y, como tal, está dentro de la legislación colombiana el uso de la fuerza y otros medios coercitivos que es lo que hace el ESMAD.” (Policía).

El ESMAD, Escuadrón Móvil Antidisturbios de la policía, grupo que participa en frecuencia en este contexto como encargado de dispersar masas que incitan o participan directamente de la violencia, figura como un actor casi deshumanizado, no presto para el

diálogo, que no escucha ni siente y golpea mecánicamente. La fuerza pública se incorpora al escenario de pugna ejerciendo prácticas como el uso de gases, la sustracción del terreno de pelea del registrado como agresor y el golpear a los que se encuentran dentro de la muchedumbre:

> *¿Y qué pensás, por ejemplo, de la policía, del ESMAD?*
>
> "El ESMAD es una *hijueputa* mierda, ahí me disculpa por la frase y la palabra. Porque ellos parecen sin sentimientos. Uno se le va acercar a uno a hablar así, pa' que no lo agredan a uno, o uno cogerle de habla y no: siempre es *tirándolen*. Lo cogen y lo montan en el camión, le dan feo, le tiran ese gas lacrimógeno, esa chimbada la encienden, un escudo que tienen ellos, con eso, con *paintball*, con una pistolita de *paintball*, que lo quemonea a uno. La policía sirve cuando le conviene, ellos solo sirven cuando convienen y ya." (Entrevista 2).

La forma en que los agentes del ESMAD hacen solicitudes a los espectadores del fútbol pudiera no ser en términos de respeto. El sentido de humanidad es ensombrecido al acercarse al barrista, quien reacciona ante la provocación al momento de ejercer la autoridad:

> "Muchas veces entre el ESMAD y los barristas va a haber una problemática que es que ellos llegan imponiendo como una… ¿cómo le dijera yo? Como muy imponentes, ni pidiendo el favor de requisarnos sino como a las patadas. Entonces usted sabe que nosotros podemos ser barristas pero somos es seres humanos, personas. Si usted a mí me pide un favor, con mucho gusto. Pero si usted me llega a mí a las patadas, a lo mal hecho usted sabe que ya eso es otra vuelta. Entonces ese es el pequeño choque que hay con la policía hay veces." (Entrevista 1).

El uso de la fuerza se acepta, por parte de la policía, como medio para controlar el desorden. Se reconocen, dentro de ese ejercicio, algunos excesos que deben ser sancionados mediante las instancias correspondientes. Dentro de la acción policial el uso de la fuerza no se nombra como violencia sino como la estrategia efectiva para evitar consecuencias peores:

> “Yo sí soy consciente de que a veces los compañeros se exceden, pero entonces para eso están los medios disciplinarios que tiene la institución si usted se excedió. Y nosotros estamos entrenados y facultados y capacitados para eso, para primero para preservar los derechos humanos, para conservar la integridad de las personas, pero si hay que hacer uso de la fuerza y los otros medios coercitivos como son los gases, como son los escudos, como son las tonfas, hay que hacerlo, porque si no los lesionados serían muchos más.” (Policía).

La policía queda como una barra más dentro del espacio social de confrontación. Por ello, en una extrapolación de lo que significa robar un trapo a otro grupo de barristas, el despojar a un policía de prendas y objetos que lo representan emerge como práctica posible, con la obtención de capital simbólico frente a los demás:

> *¿Has tenido algún encuentro con ellos? ¿Han chocado? ¿Te han agredido o vos agredido a ellos?*
>
> “Tanto así que tenemos hasta un frontal de los del ESMAD, un escudo. Tenemos un escudo y unas botas que le quitamos a uno del ESMAD en el estadio de Palogrande de Manizales.”
>
> *¿Qué representa para vos eso? ¿Tener eso?*
>
> “Pues pa’… que si uno… pues, eso es como un trofeo de guerra, pa’, ¿no? Vamos a suponer que la policía es otra hinchada: entonces uno le quita un escudo y eso es como si quitarle un trapo, un bombo.” (Entrevista 3).

Quien tiene la disposición de despojar al ESMAD de algunos de sus objetos característicos puede ser visto, aparte de como héroe y de obtener capital simbólico en el grupo, como loco por otros integrantes de la barra. Las barras, dentro de sus códigos internos, podrían sancionar acciones de agresión física o material hacia la policía:

> *Cuando hablaba con otro hincha me decía que les habían quitado un escudo a los del ESMAD y unas botas, que como un trofeo. ¿Vos qué pensás de eso?*

> “Muy loco el que le hizo eso. Muy demente. Pero, pues… yo quería ver qué reacciones tomaría como que la barra en eso, porque hacerle eso a un ESMAD eso implicaría una sanción bastante fuerte. Entonces no sé, pero muy desadaptado, pues, llegar hasta allá, hasta esos límites.” (Entrevista 4).

Cuando los policías asignados al contexto del fútbol espectáculo tienen una marcada preferencia con un equipo y no la dejan al margen de su rol social, el de la representación de la fuerza pública, pueden actuar conforme a prácticas del *habitus* barrista, quitando los trapos o demás símbolos, aprovechándose del poder dentro del *campo*, configurando la idea de que son un grupo más dentro de la confrontación. La policía, así, es una barra más a la mirada del barrista:

> “No sé si vos viste ese video donde pasaba eso y eso desencandenó que los hinchas del América perdieran el control. Inclusive unos de los policías les tomaron uno de los trapos que ellos utilizan, simbolismo que para ellos tiene un valor muy grande y se lo llevaron y se lo robaron los policías. Eso no puede ocurrir. Alguien llamaba a los policías o a las fuerzas del orden como una tercera barra; están las dos barras de los dos equipos que se están enfrentando y la tercera barra la llamaron algunos como las Fuerzas del Orden o la policía.” (Periodista deportivo).

La presencia de la policía con el uso legítimo, a nivel legal, de la fuerza, la confirma como un grupo más dentro de la batalla, en la que pueden entrar en escena más de dos grupos en choque, incluyendo, en esta cartografía, a la institución del estado: ya no son dos conjuntos en conflicto, dos grupos de barristas de distinto o, dando el caso, del mismo equipo de preferencia, sino que aparece un tercero en el escenario. El ingreso de la policía a la zona de afluencia de barristas y su intercambio de agresiones de lado y lado, con su clasificación simbólica como una barra adicional, puede ser, incluso, previo al encuentro violento entre hinchas de distintos equipos:

> *¿Y has participado? ¿Te han agredido? ¿Has agredido en ese tema del barrismo? ¿Te has encontrado a otra persona y la has agredido?*

> “Sí, en un clásico el año pasado me apuñalaron en la espalda. Cinco pela… cinco hinchas del Nacional, me apuñalaron en la espalda.”
>
> *¿Qué pensás de eso?*
>
> “No, porque me cogieron, porque estábamos peleando era con los policías, con los *tombos*, con los antimotines. Entonces uno llegó y tiró una cosa ahí que lo pone a llorar a uno.” (Entrevista 2).

La policía se representa como la institución que corta el recorrido, que limita, que impide. Los cánticos, productores y reproductores de imaginarios y representaciones, ubican la disposición de morir en el choque con los policías como un ideal, una muestra fehaciente de amor por el equipo que los dota del capital simbólico anteriormente analizado. El maltrato verbal que el barrista recibe por parte de los actores que encarnan la ley aumenta el odio hacia ellos y los consolida como un grupo enemigo más dentro del espacio social, pero con una diferencia, desde el estilo de agresión: no se les ataca de entrada, como sí a las barras, sino que se les violenta como respuesta a su ataque previo:

> “Hay una canción que dice *izque*: “cada noche, cada día. Entre llantos y alegrías, luchando con policías yo quiero morir. Estando junto a vos”. Entonces ahí lo que… lo que “luchando con policías” es como sacando del camino, ¿sí me entiende? Como que, eh, usted no ve que en el estadio los *tombos* “estos *maricashijueputas”*, “*gamineshijuemadres”*. Nos trata mal, entonces por eso es que ellos comienzan a ser como otra barra, pero ellos tienen una ventaja: que si ellos no nos atacan nosotros no los atacamos. Entonces esa es la ventaja que ellos tienen. Son otra banda, pero otra banda como... como otra banda con otras… con otra ley. Entonces ahí… ahí es donde uno les tira también.” (Entrevista 3).

Los policías son apodados como sapos, expresión que significa entrometerse en asuntos ajenos. Al evitar el choque o al cortarlo una vez se da, la policía es vista como incrustada en un espacio que no le corresponde, así sea su función establecida y hasta razón de ser. Sin embargo, se admite que la presencia de la policía puede, en determinadas

circunstancias, mitigar las agresiones entre espectadores del fútbol, convenciéndolos de sosegar la agresión:

¿Qué pensás vos de los policías, del ESMAD?

"Ah, los policías. La verdad eso… ey, yo te voy a decir una cosa: cuando uno está en un dilema, en un brinco, en un *cogeculo* así bien… bien azaroso, ahí que lo están dañando a uno, ¿cuánto yo no hubiera querido que… que unos policías llegaran a ayudarme el día ese que me cogieron a mí? […] Y uno decía "no, no. Sabe qué... uno le decía… uno…" Llegaban los *tombos*, a separarlo a uno, a quitarle todo y a *terapearlo* pues pa' que se vaya, ¿sí me entiende? Y vamos a ver que ahí lo están hasta previniendo a uno de algo, ¿sí me entiende? De una puñalada, de muchas cosas. Entonces en eso, la verdad, los policías hacen es su trabajo." (Entrevista 5).

El convencer al barrista de frenar la arremetida, el ataque al otro, puede ser tomado como una intromisión, si bien esa acción disuasiva es compatible con su función establecida. Dentro del *habitus* barrista circula el discurso de ataque a la policía, el cantarle como expresión de odio, el verlo como otro rival. Muchas de las aproximaciones de esos agentes del orden estatal a los barristas ocurren luego de un hecho previo de confrontación que se pretende mitigar, controlar. La desaprobación del rol policial en el *campo* del fútbol espectáculo pudiese estar relacionada con esa visión similar en otros *campos* sociales y no corresponder, esencialmente, a una noción desligada de la representación que carga ese actor:

¿Por qué los barristas odian tanto a los policías, o muchos de ellos al menos?

"La verdad yo no sé por qué ese odio por la policía. Pues la verdad… será por desde la calle que se ve eso, no solamente en el estadio. [..] Yo no tengo ese concepto del policía, ni cantarle a un policía porque ese es el trabajo que cumplen ellos. […] Ese barrista desadaptado tiene otros pensamientos: que la policía es… Lo quieren ver como un rival también. Yo nunca he visto que un policía agreda primero a una barra, nunca he visto pues: primero nosotros los agredimos a ellos. Ya ellos te responden y nosotros ya los queremos ver como los malos. Pero sí, la verdad no sé por qué tantos insultos, que *tombos*, que cerdos. Sí, muchos apodos." (Entrevista 4).

El respeto por el otro no se ve posible sin la mediación de un tercero en el espacio. La presencia de la policía, dentro de esa interpretación, es la única vía para que no se dé el choque con los otros. Independiente del lugar, al otro se le ataca si la policía no está presente:

> *A ver, hablemos un poco sobre los lugares: ¿hay lugares para la violencia y hay lugares para la convivencia? ¿Hay lugares donde uno respeta al otro y hay lugares donde no? ¿O cómo es eso?*
>
> "Pues lugares no hay porque el único lugar donde se pueden respetar el uno con el otro es donde está la policía, porque uno no puede hacer nada. Pero hoy en día ya no respetan ni lugares: eso donde sea uno se mata con el otro." (Entrevista 7).

El barrista se arma, como se vio en la configuración agredido-agresor antes citada, por la idea de que el encuentro con barristas de otros equipos puede conducir a un riesgo para su propia integridad. La opción de defenderse ante la inminente agresión que presume recibir de los otros hace que el no armarse sea percibido como un peligro de grandes proporciones. El policía detecta, mediante la lectura de ciertos códigos en el lenguaje corporal del barrista, la posibilidad de que porte algo indebido y decide corroborar qué tan cierta es su sospecha. Si al momento de ser requisado el barrista no lleva drogas ni armas el policía es probable que no haya inconveniente entre el barrista y el agente de la fuerza pública. Cuando los policías les quitan las armas los barristas se sienten indefensos ante la potencial embestida de los otros, por lo que los actores del orden se ven como responsables de una potencial agresión recibida luego del decomiso:

> *¿Por qué tanto odio de parte de muchos barristas hacia los policías o hacia el ESMAD? ¿Por qué los llaman los sapos?*
>
> "Porque eso es lo que uno piensa, ¿sí me entiende? Por ejemplo, a veces… a veces cuando uno está con… uno va caminando con toda la banda, que lo cogen los *tombos* a uno, por decirlo así, ¿sí me entiende?, lo cogen los *tombos* a uno y ya lo que hacen es raquetearlo a uno y quitarle la *bareta*, quitarle la punta, dejarlo *desmaniado* a uno, ¿sí me entiende? Dejarlo *desmaniado* pa' que llegara… pa' que llegue otro hincha y lo

dañe a uno. Entonces, por eso uno dice que son unos sapos. Pero ellos hacen es su trabajo.” (Entrevista 5).

La policía toma medidas para controlar los potenciales ataques, como el traslado al CAI más cercano, Comando de Acción Inmediata, nombre dado en Colombia a las unidades policiales de tamaño menor, lo que refuerza la concepción de entrometido de este actor del orden. La acción puede impedir la confrontación violenta o mitigarla una vez iniciada, pero el barrista no la acepta como apropiada, sintiendo rabia por ello:

Si la policía impide que ustedes se agredan, ¿por qué la atacamos?

“Porque son muy metidos, porque uno a veces dice pues ‘¿por qué son tan metidos?’ Y porque hay veces porque, por hacer que uno no ataque con los otros, lo llevan a uno *izque* pa’l CAI o lo encierran a uno 24 horas. Entonces a uno le da rabia que lo encierren a uno por eso.”

¿Y de pronto no están previniendo que termines haciendo un daño o haciéndote un daño vos también?

“Sí están previniendo, pero, como le digo, uno en esos momentos de ira y de rabia uno no ve eso. Y además uno todo consumido o con el vicio también uno no ve eso.” (Entrevista 7).

Aparte de la policía como institución, el estado aparece en el contexto bajo las decisiones de prohibir o limitar accesos a personas y/u objetos representativos para los espectadores al estadio, espacio de materialización de prácticas de apoyo dentro del *campo* fútbol espectáculo.

El valor simbólico asignado en la interacción hace de los trapos, instrumentos y prendas unos objetos preciados. Si los objetos que acompañan al barrista representan su vida, el quitárselos o privarles de la opción de llevarlos es casi como despojarlos de su existencia, dejarlos sin sentido. Cuando los actores estatales toman ese tipo de decisiones, simbólicamente, están agrediéndolos, causándoles dolor:

> “Yo he visto que a lo más que nos duele a nosotros como barristas es llegar a una tribuna y no tener con qué alentar a nuestro equipo amado que es Nacional. ¿Como qué? Como los trapos, los bombos, toda la instrumental. Voltea usted y mira la tribuna toda vacía, sólo aguante, a punta de palmas. Yo creo que a nosotros como barristas eso nos duele mucho.” (Entrevista 1).

Las razones que llevaron a la reducción temporal de las libertades colectivas, ya sea por castigo o por cuestiones de la llamada seguridad, no entran en el juicio de los espectadores del fútbol, por lo que no se constituye en una acción pedagógica sino en una medida que causa ira: el no dejarlos ingresar al estadio o el hacerlo sin los objetos que amenizan la fiesta no garantiza la reflexión sobre el acto que propició la sanción ni, por ende, la no repetición en caso de que se hubiera dado un hecho previo que motivara esa decisión. La medida gubernamental de impedir el ingreso de trapos y de la parafernalia para la fiesta en la tribuna no es asumida como justa y, adicionalmente, podría ser sorteada con facilidad:

> *¿Qué pensás de medidas como que no ingresen hinchas visitantes a los estadios?*
>
> “Eso es… pues… ya eso es… le da a uno rabia: “¡uy, cómo así que no nos van a dejar *dentrar*!” Muchas veces no nos han dejado *dentrar*. Muchas veces “que no, que no dejan *dentrar* trapos”. Pero, obviamente, en cada… en cada ciudad hay una banda. Hay una banda, como la sucursal más grande Colombia, que es Bogotá Verdolaga. Entonces, obviamente, ellos van a llevar su instrumental y ahí… y con eso uno es el carnaval y la alegría popular que uno llama.” (Entrevista 3).

Los cánticos producen y reproducen imaginarios con respecto a los otros actores del campo del fútbol espectáculo, concretamente del odio: allí se incluyen periodistas y policías. Odiar a la policía es parte de las prácticas aceptadas dentro del *habitus* barrista. Los policías impiden que el barrista se aproxime a los jugadores en la euforia del gol y le exprese su sentir cuerpo a cuerpo. El barrista, quien quisiera tener la libertad de desplazarse, resulta agobiado por el establecimiento de límites que le impiden acceder al terreno de juego y expresar su afecto directamente a los deportistas:

¿Qué pensás de la policía, del ESMAD? ¿Tienen que ver algo con la violencia? ¿Qué pensás de ellos?

"Sí, pa'. Nosotros, todos los barristas, todos, todos, todos, no es que Nacional es excepción que los odia, no, todos, todos odiamos a los policías. Hay muchas… hay muchas, muchos cánticos que tira a la policía y a los periodistas."

¿Por qué?

"Porque pa', porque si… si un policía no se *metería* a un estadio fuera muy… fuera muy diferente, ¿no? Todo mundo, ¿un gol?, todo mundo se mete a la cancha, mijo, a coger los jugadores y alzarlos. "¡*Juemadre*, metió el gol!", "¡*hijuemadre*, que tan!". Se metería a las canchas. Son como metidos, porque, ¿usted no ve que usted mete un gol y toda la tribuna se tira y llega hasta el arco y de una los del ESMAD o los *tombos* van retrocediendo todo eso? Son como muy metidos, son como, pues, los sapos, supuestamente, le llama uno: los sapos." (Entrevista 3).

La concepción de la violencia que apunta a la individualización eclipsa las construcciones colectivas involucradas en la estructuración de la violencia encarnada en unos sujetos señalados y, con ello, diluye las responsabilidades compartidas. Distintas estructuras sociales confluyen a producir y reproducir imaginarios sobre la otredad desde la disyunción, con el que resulta imposible convivir, aspecto, como se analizó previamente, nada despreciable en el interés de comprender el fenómeno.

Se imagina a quienes ejecutan actos de violencia como no interesados en el fútbol, así las agresiones estén impulsadas por el amor hacia el equipo de preferencia y los objetivos de agresión sean, principalmente, hinchas de otros equipos. Se establece una división, a partir de tal concepción, entre violentos como quienes no gustan del fútbol y no violentos como quienes sí. El uso de la tecnología para individualizar, dentro de esa lógica interpretativa, es la vía adecuada para acabar con la violencia:

"Tenemos que ir a la vanguardia de la tecnología. ¿Por qué?, porque si el delito también sufre una mutación, la policía y las instituciones también tenemos que

adelantarnos a esa vanguardia del delito. Entonces estoy totalmente de acuerdo con que se implemente cámaras, que se individualicen las personas que ingresan al estadio. Tenemos que tener un control más estricto para que las personas que gustan del fútbol no vayan a sufrir las consecuencias de las que no gustan del fútbol." (Policía).

El sujeto que ha ejecutado acciones de violencia física o material, por su parte, y a diferencia de lo expresado por un actor que no participa de ese tipo de hechos, puede ubicar al equipo de fútbol del cual es hincha en un sitial de privilegio, encumbrado al nivel de sacralidad de la madre. Amar a un equipo no es incompatible con matar y, de hecho, ambos aspectos pueden relacionarse:

"Nacional para mí es mi vida. Más fácil dejo a mi mujer que a Nacional (risas). Mis dos amores son mi madre y Nacional. De resto, de ahí pa' allá son ganancias." (Entrevista 1).

Ese mismo entrevistado, quien expresa su amor por el equipo como igual al experimentado hacia su madre y como superior que a su pareja, en otro momento rememora la situación en la que le quitó la vida a un hincha de otro equipo. En la narrativa empleada para referirse a quienes perpetran ese tipo de actos se les denomina desadaptados: quien mata a otro en el *campo* del fútbol espectáculo es alguien que no piensa, alguien despojado del nivel máximo de raciocinio, alguien que no entiende, un loco:

"Yo pienso que muchas veces hay muchos desadaptados que no piensan las cosas antes de hacerlas. Yo en mi vida cometí un error y nunca es tarde para uno reconocerlo. Yo… aproximadamente por ahí en el 2005, estábamos en una excursión y…y yo iba todo loco y todo así todo, no iba en mis cinco sentidos y yo maté a un hincha de Millonarios, al cual me tocó pagar. Me ha tocado sufrir mucho en la cárcel. Y por aquí uno aprende demasiado entonces ya eso no es lo mismo que nos vamos a coger piedra o que vamos a matarnos por eso." (Entrevista 1).

La violencia asociada al fútbol es un fenómeno complejo que no puede circunscribirse en su análisis a unos únicos actores, si se pretende trasegar por la surtida interacción entre actores y factores allí envueltos. La fuerza pública, como se expuso durante este parágrafo,

produce y reproduce imaginarios sobre lo que es interpretado como violencia y de a quiénes se adjudica la responsabilidad de tales prácticas. Aparte de las medidas de seguridad, establecidas por distintos entes públicos, privados, legales e ilegales, formales e informales, los medios de comunicación tienen un lugar protagónico en la circulación de discursos en el campo del fútbol espectáculo, con múltiples efectos entre ellos la reproducción de imaginarios y representaciones en los que se sostiene la violencia, por lo que ameritan ser incluidos en el análisis.

Reproducción- medios de comunicación

Los medios masivos de comunicación pueden ser examinados desde diversas orientaciones para dar cuenta de su relevancia en el *campo* del fútbol espectáculo como productores y reproductores de imaginarios que inciden, en un menor o mayor grado, en la emergencia de la violencia: los discursos sobre la competencia, el ganar y el perder; los adjetivos usados para valorar los rendimientos y resultados deportivos de futbolistas, entrenadores y directivos; la concepción de la otredad, representada, muy particularmente, en el rival deportivo, el regionalismo y el nacionalismo; las estrategias narrativas para describir lo desarrollado en los partidos, en el cubrimiento antes, durante y después de los juegos; el lenguaje empleado en el cubrimiento noticioso de hechos de violencia física y material entre espectadores; y los recursos literarios para transmitir las acciones de juego, con sus puestas en escena de tipo táctico y estratégico.

Como primera claridad, por muy obvio que pueda sonar, es pertinente enunciar que los medios de comunicación, además de productores y reproductores, son productos sociales, y sus actores involucrados, muy específicamente los periodistas deportivos - comentaristas de fútbol-, tuvieron y tienen influencia del contexto social. Allí definieron su perfil profesional y no por fuera de ese espacio de posibilidades. Al igual que el *habitus* espectador el *habitus* periodista es reproducido, garantizando el sostenimiento de la estructura social que lo contiene: así como el hincha adulto enseña al niño o joven esa disposición, el periodista en ejercicio reproduce su *habitus* en los futuros comunicadores, así no tenga una intención explícita de conseguirlo. Los recursos narrativos que ponen al gusto por el fútbol en el espectador como originado en la constitución biológica aplican, de forma idéntica, al periodista. La explicación del gusto se da desde una condición genética conjugada con la influencia de otros en los primeros años de vida:

¿Cómo se dio el gusto por el fútbol en tu caso, ya hablando en términos personales?

> "Ay yo no sé, Diego. Uno va sintiendo como una afinidad por las cosas, puede ser que uno viene predispuesto. Yo no sé si eso genéticamente habrá algo que uno sienta pasión por eso, pero la verdad desde chiquito y no sólo por eso, por el periodismo. […] Y yo, en esa época era en casetes, yo tomaba casetes y grababa programas deportivos para en el tiempo de vacaciones poder volver a escuchar programas repetidos: escuchaba programas repetidos de muchos programas de deportes. Inclusive sabía en qué momento de la grabación iba a decir tal cosa, pero yo sentía el placer y la necesidad de escuchar programas deportivos." (Periodista deportivo).

Los medios masivos de comunicación reproducen formas de actuar, de comprender, de acercarse al *campo* del fútbol espectáculo. Ponen a circular formas posibles de ser con respecto al rol de espectador, incluso provenientes de otras latitudes, conteniendo elementos característicos del *habitus* barrista:

> "Pues, no, todo comienza por la Internet. Uno llega y se conecta a Internet, entonces va buscando más información sobre el equipo. Se da cuenta que Nacional se fundó en tal año, que Los del Sur llevamos tantos años alentando a Nacional. Todo a través como de la Internet: uno se va aprendiendo como los cánticos, uno va viendo cuando Nacional lleva personas a otras plazas. También hay revistas, también influye mucho la televisión. Ver como uno, ya saliéndonos aquí de Colombia, que en otros países el barrismo también es pesado. Se ve mucha pasión por el fútbol en otros países." (Entrevista 4).

El barrista puede expresar apatía o desinterés por la información presentada en los medios, excepto aquella que pueda ubicarlo con respecto a sus planes próximos: a cuál ciudad debe desplazarse durante la semana y qué día. Esos datos pueden encontrarse en el noticiero o, sencillamente, por Internet, sin necesidad de acceder a programas deportivos televisivos o radiales:

> “No, a mí no me gusta leer periódicos ni que radio ni nada. Pero sí me gusta mirar que las noticias cuando hay un partido a ver qué es lo que hay; o mirar en Internet y buscar yo mismo las fechas o qué partido sigue; dónde jugamos pa’ ver qué día sale de viaje, pa’ que le alcance… pa’ que dé a uno el tiempo de llegar el día que es del partido. Ya.” (Entrevista 7).

Si la familia, como se mostró en otro apartado, es uno de los *campos* de reproducción más potentes, el que alguno o varios de los integrantes de ese contexto de alguien que se asume como barrista consuman medios masivos de comunicación no debe descartarse como vía de influencia indirecta para la configuración del *habitus*. Si el barrista no accede directamente a la radio o a la televisión pero sí su padre y él, a su vez, le ha transmitido el *habitus* espectador del fútbol, no debe ignorarse como factor implicado en la estructuración de la violencia:

> “En esos días existía *quizque* 45 minutos de fútbol antioqueño. No me lo perdía. Eh… y e*l cucho* mío a toda hora era escuchando el *Paisita* y muchas cosas de deporte. Entonces no… y entonces ya se metió uno a la barra de lleno y ya uno se mantenía enterado de todo lo de Nacional.” (Entrevista 1).

La reproducción de imaginarios relacionados con la violencia y los sujetos que participan de ella tienen a los medios de comunicación involucrados. La narración de los hechos de agresión entre espectadores del fútbol que se da en los medios masivos de comunicación se enfoca en la descripción noticiosa de los acontecimientos más que en análisis profundos y, en ese afán de objetivar culpables, no siempre es fiel a los hechos: al menos así es interpretado por el barrista. La denominación genérica de las barras como autoras de los acontecimientos tiende a la generalización, dando una única versión sobre estos grupos y sus integrantes:

> *¿Qué pensás sobre los periodistas y los medios de comunicación en el contexto del fútbol? ¿Tendrán alguna incidencia en la violencia o están al margen?*
>
> “No tienen nada que ver pero son muy amarillistas. Pues, usted va a ver en un noticiero y muestran una pelea de unas barras y nunca van a decir lo que es, ¿sí me

entiende? Siempre le ponen de más o de menos, involucran gente que… que ni tiene nada que ver. Son muy amarillistas. Lo que yo le digo: pueden ser tres o cuatro, por ejemplo, matan tres o cuatro a otro, pero eso ya, en general, es la barra.” (Entrevista 6).

No se reconoce al periodista y al medio como agentes violentos: la violencia sigue teniendo una fisionomía concreta e inalterable y es la del barrista. La violencia es vista como una práctica situada y no originada o influida por factores externos. La agresión tiene un rostro definido y es el del barrista:

¿Vos que pensás con los medios de comunicación? ¿Tienen que ver algo con la violencia?

“No, eso no tiene que ver nada con la violencia, porque la violencia la generamos nosotros mismos.”

¿La violencia en el fútbol sólo es de parte de los barristas o hay alguien más que sea violento?

“No, es de parte de los barristas.” (Entrevista 7).

El discurso hegemónico pone al barrista como el único agente de prácticas de violencia y al periodista como simple descriptor objetivo de lo que se presenta. La denominación de desadaptado es empleada para explicar las acciones que rompen el orden idealizado: el barrista carga con el estigma y lo manifiesta como producto de sentir algo por el equipo de fútbol que los demás no sienten, lo que los hace incapaces de acceder al sentido de sus prácticas. Los demás roles involucrados con el fútbol espectáculo son percibidos al margen de las manifestaciones de violencia: se ven como posibles víctimas y no como victimarios:

¿Los jugadores, por ejemplo, los periodistas, los hinchas que no son barristas, no tienen nada que ver con la violencia?

> “No, no tienen nada que ver porque hay veces hasta le quitan la vida a hinchas de Medellín que no son barristas, nada más por los colores. Ni los periodistas: los periodistas no hacen sino hablar lo que pasa, ¿no?”
>
> *¿Cuando les dicen desadaptados a ustedes es porque son desadaptados?*
>
> “No es porque somos desadaptados, sino porque ellos nos ven como unos desadaptados. Como le digo: no… no sienten lo mismo que uno siente por el equipo, ni lo han vivido.” (Entrevista 7).

La estructuración de sujetos violentos en el fútbol espectáculo es producto de la interacción de distintos actores, cada uno desde el rol puntual que desempeña a nivel social. El sujeto violento, encarnado en el barrista como culpable señalado, se concibe como alguien proveniente de un sector vulnerable, débil, con baja capacidad intelectual y susceptible a la interpretación literal de los mensajes enviados desde actores con incidencia pública como los futbolistas profesionales y los periodistas deportivos:

> *¿Vos como futbolista identificás otros actores distintos a los hinchas como agentes activos de violencia o la violencia se restringe, única y exclusivamente a esos hinchas?*
>
> “Todo va enlazado. Por ejemplo, la misma desinformación y la misma vulnerabilidad que tienen esos receptores de los mensajes hace que el entorno, lo voy a decir así, no asimilen bien el mensaje y lo conviertan en violencia. Y hay otros actores, como lo son, de pronto, las actuaciones indebidas de jugadores que generan violencia.” (Futbolista profesional).

El ejercicio explicativo iría en esta vía: los futbolistas tienen acciones indebidas que generan violencia, pero no se denominan, per se, como acciones violentas; los periodistas deportivos envían mensajes, no descritos explícitamente como violencia, que pueden propiciar que quienes los reciben actúen de forma violenta: los demás impulsan, pero la acción violenta está reservada para los barristas, de condición vulnerable, baja formación y con una pobre capacidad interpretativa que les impide asumir esas influencias sin transformarlas en actos violentos.

Las palabras expresadas en un medio masivo por un periodista deportivo y las actitudes asumidas por los futbolistas dentro del terreno de juego no se conciben como violencia, sino como desencadenantes de la violencia que, en esa lectura, es una práctica exclusiva de los barristas de clase económica baja y de pobre capital cultural. Al actor que ejerce la violencia se le considera preso de las condiciones del contexto en el que vive y el consumo de drogas, sin capacidad de elección:

> "Como no sólo son los jugadores sino la prensa: porque hay periodistas que envían mensajes que generan, sí, audiencia, rating, cosas así, pero no saben que en Colombia hay un sector vulnerable y que lo toma por otro lado. Por ejemplo, hablamos del caso de *Luis Castro y Carlos Montoya*[8], que ellos son actores, tienen un personaje montado, donde han ganado audiencia. Ellos crean un personaje donde ganan sintonía, audiencia, rating, en sus diferentes canales de comunicación pero los mensajes que envían a ciertos sectores, que son vulnerables y no tienen la capacidad intelectual de identificarlos, generan violencia." (Futbolista profesional).

Se explica mecánicamente, cual si lo dicho o hecho por los mencionados referentes, futbolista y periodista, operara como impulso; una mirada muy cercana, por no decir literal, al conductismo: los mensajes enviados funcionan como estímulo y la violencia ejercida por los barristas como la respuesta. Se asume lo recibido sin un proceso de incorporación, selección o rechazo a la incidencia.

En esa vía analítica es pertinente reflexionar sobre la violencia no como una acción aislada sino como práctica relacionada con las representaciones, imaginarios y, por ende, los discursos. El discurso de guerra, usado metafóricamente por los periodistas para describir las acciones del fútbol, se asume desconectado de las prácticas de violencia. Se parte de una concepción del ser humano como pasional y la agresión verbal entre las barras es vista como forma de exteriorizar y canalizar esas energías inherentes a esa naturaleza de carga biológica. El asunto que requiere mirada crítica es, desde ese marco interpretativo, el discurso de éxito que pone en una posición dominante al poderoso, definido por su condición económica o resultados independiente del cómo los obtenga, ensombreciendo otras posturas que existen en el contexto:

[8] Nombres modificados con respecto a los citados por el entrevistado, al tratarse de dos periodistas deportivos.

> “Lo que ellos siguen reproduciendo esa escala de valores donde el poder es el que manda o donde lo que manda es el dinero o donde el que manda es el que gana como sea. Entonces, más allá de los discursos, que si alguno trata de una metaforizar el deporte con términos de la guerra o cosas así o si hay una confrontación en un mismo estadio entre barras desde la palabra, yo no lo veo tan negativo. Me parece que esas son formas de desfogar un poco esas pasiones. Pero sí veo es ese periodista que todo el tiempo te está remarcando como la palabra del poderoso y no le está dando cabida a otras posiciones que hay alrededor.” (Periodista deportivo 1).

La instauración de un escenario competitivo anclado en la posesión material de los equipos profesionales se comenta como punto álgido en el discurso periodístico. En el *habitus* barrista, como ya se expuso, el capital simbólico tiene un peso mayor que el capital económico: cuando se está por fuera del *habitus* se piensa de forma opuesta y se concibe la posesión material, con su disputa competitiva, como la central. En ese terreno discursivo la violencia estaría relacionada con la diferencia en la posesión de capital económico por parte de los clubes de fútbol y el énfasis mediático en esa disparidad:

> “Soy como muy reiterativo y hago mucho énfasis con la radio, porque a veces desde los mismos comentaristas radiales, los mismos locutores, que, en su afán por crear una polémica dentro del fútbol, a veces con ellos, subconscientemente, estamos iniciando es a que vos como hincha de Nacional o yo como hincha del Medellín creemos cierta confrontación de que porque mi equipo tiene más plata, que porque este contrató al otro, en fin.” (Policía).

El barrista, a diferencia de lo imaginado por los actores desprovistos de su *habitus*, pudiese no estar pendiente directamente de lo expresado por los medios ni darle la importancia que se supone tienen los periodistas deportivos como personajes públicos. El *habitus* barrista tiene, dentro de sus lógicas de demostración de amor por el equipo y compromiso con el grupo, la asistencia al estadio más que el seguimiento del desarrollo de los partidos a través de los medios masivos de comunicación, a la que consideran la última alternativa:

¿Y no seguís a un medio específico, por ejemplo, o escuchar radio o ver televisión?

"No me gusta ni la radio ni la televisión para ver un partido. Ya que me toque, que me toque, que me toque ver un partido. Me gustaría, me gusta mucho ir a los estadios. No soy fanático como a la televisión y a los radios." (Entrevista 3).

El periodista puede incrementar el ambiente exacerbado por la pasión involucrada en la competencia con la parcialización o la emisión de comentarios que inciten la violencia. De igual forma, la manera en que relata los acontecimientos de agresión que se presentan puede llegar a empeorar la situación en lugar de sosegarla:

"Si yo soy absolutamente consciente de qué función estoy desempeñando como comunicador pues me tengo que dar cuenta de la responsabilidad que tengo y no puedo caer en los dos primeros factores que mencionaste, que es o dejarme apasionar como aficionado o por hacer ciertos comentarios, desencadenar actos de violencia en las otras personas e incluso volverme un actor de violencia." (Periodista deportivo).

Los periodistas deportivos reproducen lógicas en las que el regionalismo, la obligatoriedad implícita de superar al que llega de visita, aparece con fuerza. La derrota deportiva del equipo local, dentro de ese marco interpretativo, es un resultado inaceptable. La casa hay que defenderla y perder es lo opuesto al respeto, lo que podría favorecer la violencia, sin que se señale al periodista como actor violento sino como quien impulsa la violencia de quienes reciben sus mensajes:

"Incluso los mismos periodistas deportivos que dentro de sus mensajes, dentro de sus locuciones que hacen, están llamando a la violencia. […] Por ese tipo de situaciones, de frases, de palabras que están diciendo al aire…"vos no te dejás irrespetar en tu casa", sí, entonces son ese tipo de mensajes subliminales que le están mandando a los hinchas, a los fanáticos, para convertir eso." (Policía).

La confrontación verbal entre periodistas que se asumen como hinchas de equipos de fútbol rivales estimula que su audiencia replique esa manera de interacción con los espectadores con preferencia diferente. En igual lógica, se relata la incidencia de los futbolistas con sus posturas durante partidos relevantes como los clásicos:

¿Vos creés que la violencia que se vive en el fútbol la produce el fútbol o hay cosas al margen del fútbol que la genera?

"Yo creo que sí. Hay cosas al margen del fútbol que la generan. Muchos comentaristas, muchos programas se ve también como las rivalidades que se tienen comentaristas. Entonces todo eso influye también, yo creo, que pa' uno. Muchas veces uno que ve jugadores también, cuando hay clásicos, que como… como que son alentando, entonces son cosas que también influyen a uno como para uno ser agresivo también. Entonces yo creo que eso sí influye ahí bastante." (Entrevista 4).

Aparte del discurso que interpreta la influencia lineal de lo expresado por los periodistas deportivos y las prácticas de violencia de algunos espectadores, como causa-efecto, emerge una visión crítica en la que ambas acciones no aparecen enlazadas. Dentro de esa comprensión se enuncia que son pocos los barristas que, simultáneamente al desarrollo de los partidos, escuchan radio y que esos pocos están realmente interesados en ampliar detalles sobre lo observado y no asumen prácticas de violencia:

"Y no porque un periodista te diga algo vos vas a ir a ser una persona violenta. Eso es falso, eso es más que falso. En la popular hay muy poca gente que tiene radio, aunque hay gente que lo tiene, y la gente que tiene radio es un hincha… un hincha que vos sabés que… no, es diferente. Pero que vos sabés que él tiene ese radio porque él está pendiente y porque él quiere saber información dentro de lo que está pasando en el partido. En ningún momento esa persona va a ser un generador de violencia, nunca." (Entrevista 8).

La configuración de acciones de violencia se da por una interacción compleja de distintos aspectos, pero no puede ser explicada como simple efecto de lo expresado por un periodista. Esa comprensión de lo dicho por el periodista como la causa de la confrontación debe ser puesta en discusión:

"El periodista informa lo que es: si usted está de acuerdo lo dice, si está en contra también lo dice. Y el hincha puede captar, entender lo que sea y estar en contra del

periodista o estar en contra del equipo, pero no quiere decir que el hincha, al entender eso, vaya ir a atacar o a matar al otro hincha o al otro equipo o a lo que sea." (Entrevista 8).

El periodista, con su visibilización pública a los hechos y la adjetivación a los barristas, induce castigos para los espectadores, con prohibiciones que limitan las opciones de expresión de apoyo al equipo de preferencia en el estadio. Por esa razón, el comunicador es visto con resentimiento y podría, en determinadas circunstancias, ser agredido:

Ahora me contabas que aparte de los policías les cantaban a los periodistas, ¿por qué? ¿Qué pensás de los periodistas?

"Porque hay muchas veces que ellos nos insultan en periódicos, revistas, en la televisación que hacen en los… en los… en los estadios. Y ellos son los que prácticamente nos quitan muchas cosas, pa', como las bengalas. El estadio y la televisación dieron una especie de doblaje por los policías, la Dimayor, los periodistas y todo eso: pidieron que los estadios no se pudieran bengalas ni nada de eso, entonces por eso es que ya no. Anteriormente se veían las bengalas, juegos pirotécnicos dentro del estadio, pólvora y ahora no se ve. Entonces nos ofendimos, pa', y también la mala pa' ellos."

¿Y la mala qué significa?

"Pues, que si llegaría a la oportunidad y un… y un periodista se compararía con uno, uno le da también, ¿no?" (Entrevista 3).

Los medios masivos dan un predominio avasallante de la difusión de hechos negativos en el *campo* del fútbol espectáculo, relegando lo llamado positivo a un lugar secundario de relevancia. Faltaría, bajo esa lectura, un espacio mayor para hechos que ilustren otras posibles vías de comprensión del fútbol más allá de los actos de violencia. La reproducción de la violencia estaría sustentada en la opción imperiosa que se ofrece desde el periodismo:

> “Uno también se tiene que quedar con esas imágenes positivas del fútbol y no solamente de ver personas, o ver las noticias, que solamente realzan lo malo, porque es verdad: una noticia mala la dan tres, cuatro veces al día. Una buena, por ahí en la última sección del noticiero. Entonces, desafortunadamente, vivimos en un mundo amarillista, donde solamente se resalta lo malo y que lo bueno pasa de largo.” (Árbitro).

La visión exitista con la que se relaciona el fútbol y la masculinización de esa disciplina emergen como aspectos orientadores de la labor comunicacional. Los medios masivos encumbran al ganador, reproduciendo lógicas del triunfo como ideales sociales, además del privilegio marcado hacia el fútbol masculino en detrimento de la difusión de los eventos y logros femeninos en la misma disciplina:

> “Me parece que es muy importante hablar de la figura del periodista, no necesariamente el que reproduce la violencia, sino el que reproduce, todo el tiempo, ese factor del éxito no más. Y también puede estar ahí el factor del género. Por ejemplo, esta semana me enteré apenas de las fechas, yo sabía que ver la Copa Libertadores Femenina. Ya sabía que iba a ser en Medellín y si vos revisás los medios no salió en ninguno.” (Periodista deportivo 1).

El periodismo deportivo tendría la opción de proponer y visibilizar con mayor contundencia otros relatos alrededor del balompié de alto rendimiento, más allá de la divulgación de la violencia y del juego sucio como claves discursivas, con narraciones complementarias a los resultados y tablas de posiciones en los distintos campeonatos: acciones de juego limpio, el perfil humano del jugador y énfasis en los procesos deportivos más que en el plano resultado de la competencia:

> *“*En la medida que en todos nos sintamos agentes de transformación de este tema yo pienso que… que podemos decidir, ir un poco más allá de los medios de comunicación: de lo que nos enseñan, de lo que nos muestran, de reproducir el resultado y no el proceso o algo más allá de mostrar el gol en el fútbol o más allá de mostrar la jugada bonita. También reconocer, ir en busca de mostrar esa jugada de juego limpio: en el caso de Ovelar hace poco que pasó.” (Psicóloga deportiva).

La influencia mediática en la violencia asociada al fútbol espectáculo suele considerarse, de acuerdo con la visión del barrista, como exagerada. Esa lectura desestima la incidencia de los periodistas deportivos y su desempeño profesional. Adicionalmente, se remarca una supuesta separación entre lo expresado y los actos, entre la palabra y la acción. En otras palabras, el que en las distintas expresiones orales o escritas se llame a la muerte, matar o agredir no tiene relación con las prácticas de violencia física o material. De igual manera, el uso de expresiones metafóricas con referencia a una confrontación bélica es interpretado como desligado de las agresiones violentas entre los espectadores del fútbol:

> "Pero yo en ningún momento te voy a decir: "no, es que a pelea entre este y este…", o se fueron a pelear barristas, "se fueron a atacar, o se fueron a hacer esto…o esto fue porque el periodismo influenció diciendo que el *cañonazo* y que el misil y que el disparo". Que eso es absolutamente… a mí me parece que eso es una pendejada el simple hecho de ir a decirlo. […] Yo digo que no. "No, es que la violencia se presentó en el partido de hoy porque los hinchas de Medellín le cantaron a los del Nacional que los iban a matar". No creo que eso sea generador de violencia." (Entrevista 8).

Por su parte, el periodista deportivo reconoce una relación entre el lenguaje y las acciones de agresión, entre lo dicho y lo hecho. Dentro de esa lógica interpretativa, las expresiones alusivas a la guerra en el marco de un partido de fútbol sí tienen una relación con los múltiples actos de violencia física y material registrados en ese *campo*, ubicando al espectador en un marco guerrero más que en uno deportivo. En ese mismo sentido, se declara un mea culpa sobre la posibilidad concreta de que un concepto o crítica que se enuncia públicamente por parte de un comunicador social termine impulsando diversas manifestaciones de violencia en sus audiencias:

> "Hay muchos factores en ese sentido que también desencadenan violencia, la simbología en fútbol, el lenguaje del fútbol, los nombres de los grupos deportivos, aquí había un grupo deportivo hace muchos años que se llamaba La Guerrilla Deportiva, Trabuco Deportivo, Combo del Deporte, no sé. Los lenguajes del mismo fútbol: remata, dispara. Es lenguaje bélico, es lenguaje que le hace pensar a la persona

que no está en un evento deportivo sino en una guerra y eso no es así.” (Periodista deportivo).

Los discursos dominantes establecen una ruptura entre las agresiones verbales y lo que se nombraría como violencia. Con esa separación radical entre ambas prácticas se ubica a quienes ejercen algún grado de ataque al otro a través de palabra, cántico, escrito o gesto por fuera de la consideración de agente violento. Las manifestaciones en contra de los otros son aceptadas, siempre y cuando no haya daño físico o sangre involucrada.

Se asume la violencia verbal, la crítica al rendimiento deportivo, como práctica aceptable, mientras ella no entre en el plano del ataque personal, la agresión física directa: la primera clase de violencia referenciada, la verbal, se asume como ejercida por los periodistas; por su parte, la segunda, la física, se asume como reservada para los espectadores, aquellos carentes de madurez intelectual de asumir con calma la incidencia de los comunicadores:

> “No falta el periodista, que, a veces criticando de pronto el rendimiento deportivo de un futbolista, que es normal que lo haga, pero a veces se pasan ya a lo personal y ahí están, de pronto, generando un tipo de violencia, donde la gente que no tienen la madurez intelectual o la capacidad intelectual recibe el mensaje de otra manera y puede llegar a agredir al jugador en otros escenarios que no el estadio ni la cancha sino en su vida cotidiana: en un centro comercial, en un restaurante.” (Futbolista profesional).

Precisamente, el rol de los futbolistas en este contexto amerita algunos análisis que contribuyan a una comprensión del fenómeno de violencia que muestre matices y puntos de quiebre al enfoque tradicional en el barrista como agente señalado. El futbolista, protagonista central del juego del fútbol, debe ser incluido al momento de analizar la reproducción de imaginarios y prácticas de violencia. Los medios masivos de comunicación juegan un rol protagónico en la promoción y reproducción de la violencia, siendo, enérgicamente, parte de la estructura de la violencia: la posibilidad de llegar a públicos masivos que resultan permeados de su propuesta discursiva los encumbra a un sitial central de actores y factores involucrados en el tema. De igual forma, el fútbol como campo debe ser sometido a análisis,

yendo más allá de la idea del barrista como el representante violento en medio de supuestos actores de paz.

Reproducción- fútbol y futbolistas

El fútbol espectáculo tiene la exaltación del ganador, el encumbramiento, prestigio y distinción al triunfador como parte de su lógica interna como contexto competitivo. Esa intención de poner simbólicamente a uno como el vencedor se asocia, implícita o explícitamente, con la puesta de otro u otros como los vencidos o inferiores. Directivos de los clubes de fútbol participan de la reproducción de esa lógica comprensiva del nosotros-ellos como ganadores-perdedores que se puede asociar con la humillación, el menosprecio y, por ende, de la violencia:

> "Traigamos a colación lo que pasó en esta final de 2015 en las semifinales, en el segundo partido, el clásico, cuando por iniciativa de los directivos de Atlético Nacional se exhibieron los 22 trofeos. Dicho por el propio presidente *Juan Carlos de la Cuesta*[9], él mencionó que lo hizo para "aplastar al rival", de alguna manera. Claro, eso también motiva a sus propios jugadores, salen ellos a la cancha y ven sus propios trofeos ahí, que no todos los ganaron ellos, pero son trofeos de la institución y ellos ven eso y dicen "nosotros somos ganadores, mi institución es ganadora, vamos que podemos", pero también la intención de menoscabar y menospreciar al rival por lo menos a mí no me parece y es generadora de violencia." (Periodista deportivo).

Los relatos de los padres y abuelos señalan una transformación en la forma de asumir la competencia deportiva, muy específicamente durante los clásicos, partidos con el tradicional rival. Las condiciones actuales difieren de esas características narradas dentro de un pasado, según esas descripciones, con la posibilidad de compartir un mismo espacio independiente de las diferencias de preferencias y el resultado del partido. En la actualidad no es del todo aceptado el ser visto en compañía de hinchas del equipo rival, lo que puede ser hasta motivo de ataque, rechazo o burla, y, por tal razón, muchos lo evitan:

[9] En este caso no se modifica el nombre propio del protagonista al tratarse de una situación reconocida públicamente y por ubicarse en un cargo y etapa histórica específicos que harían obvia su identidad así no se mencionara directamente.

> “Ahora en día ya todo ha cambiado, las tradiciones han cambiado. Ya nadie sale a hacer eso. Ya uno sale con el hincha Nacional… sale con el amigo que tiene la camisa hincha del Medellín uno ya no se puede colocar la de Nacional que porque le da pena o porque le van a decir algo. Y no, pues… no sé porque existen esas... entonces no sé qué método exista para que el fútbol como que sea en paz. Para que se viva el fútbol en paz.” (Entrevista 4).

Aunque se reconozca un pasado que no estuvo mediado, como mínimo no de forma tan elevada, por la violencia como la actualidad, se asume que ese presente es inalterable y habrá violencia en el contexto sin que haya forma de impedirlo. Habrá muertes independiente de cuáles sean los resultados deportivos:

> “Ah, profe, eso ya no hay… ya no hay paz del fútbol. El fútbol de antes al fútbol de ahora ya no es el mismo. Que eso en un clásico, como un ejemplo, en este semestre, donde Medellín y Nacional pasen a la final en el primer partido hay muertos. Y ya cuando el campeonato, salga campeón Nacional, salga campeón Medellín, hay muertos. Y además que en el estadio no hay vallas ya, eso da para una guerra campal mejor dicho, como se dice… eso adentro… y eso para cambiar el fútbol, eso ya no tiene cambio profe.” (Entrevista 2).

Las narraciones orales y escritas mencionan al fútbol del pasado como el ideal, desprovisto, dentro de esos relatos, de la violencia que hoy se observa. Los temores de que el encuentro entre hinchas de distintos equipos en un mismo espacio ocasione actos de violencia llevan a que la separación y la conservación de zonas permitidas y vedadas para unos y otros sean vistas como las formas en que las lesiones, las confrontaciones y las muertes violentas no se den con mayor frecuencia:

> “Hace 20 años no había eso, hoy sí hay eso ¿Por qué? Porque hubo una confrontación y se dejó extender. Todas las instituciones: la sociedad, el gobierno, la policía, dejaron de pronto que eso se presentara. Pero no hay nada mejor que vos poder ir con tu novia, con tus amigos, vos con tu camiseta verde, yo con la camiseta roja y disfrutar del fútbol. […] Entonces creo que debe hacerse un trabajo muy a fondo, muy a fondo,

para que los hinchas de Nacional puedan ir hasta El Obelisco a tomarse las cervezas tranquilamente con sus compañeros hinchas del Medellín, los del Medellín sobre la 70 y no pase nada, que eso sería lo ideal." (Policía).

Otros discursos, en contraposición a quienes relacionan el nacimiento de las barras con el surgimiento de la violencia evocan hechos anteriores a la conformación del barrismo como se conoce en la actualidad. El asesinato del árbitro Álvaro Ortega en Medellín, por el que se determinó la cancelación del campeonato colombiano en 1989, se rememora como momento histórico que ejemplifica esa aseveración. La violencia en el *campo* del fútbol espectáculo no sería algo tan reciente ni restringido al barrismo como lo aseguran desde el discurso hegemónico:

> "Eran violentos, porque entonces en el 89 se agredían, en el 70 y en el 60 porque la violencia en el futbol ha estado toda la vida: inclusive las barras en Colombia no existían y ya habían matado un árbitro. Pero bueno… y las peleas en el estadio: me acuerdo que tenía unos primos cuando estaban niñitos que se daban duro y llegaban a la casa reventados, vueltos mierda. O sea: no, el barrismo no es el causante de esas cosas." (Entrevista 8).

Podrían existir actores que se benefician de la violencia en el *campo* del fútbol espectáculo, con la reproducción de la pasión como orientadora de la manera de aproximarse a esa disciplina deportiva y a su seguimiento como espectador. Si ese ingrediente emocional fuera reducido la producción comercial, el movimiento económico que beneficia a algunos, se podría ver gravemente afectado:

> "Si la gente tuviera su corazón pero por delante tuviera siempre el pensamiento, si no humillara y no agrediera, yo diría se venden menos camisetas. Puede que el mercadeo del deporte y del fútbol en general decrezca, entonces se mueve menos dinero. Al negocio del fútbol le conviene que la gente sea desproporcionadamente apasionada porque eso mueve más plata. Lamentablemente, también trae más violencia pero mueve más plata, eso también lo veo yo ahí." (Periodista deportivo).

La agresión verbal al árbitro, al equipo y la barra rival se aceptan como parte de la construcción cultural del fútbol, asumidos como actos esperables, casi naturales o esenciales al ser espectador del fútbol, al tiempo que se describen como acciones que trascienden las fronteras geográficas y no se circunscriben a una única nacionalidad o región. Hay una relación implícita entre el fútbol y la violencia, como dos elementos indisolubles, mientras se acepta la posibilidad de que los cánticos tengan alguna relación con la aceptación de esas prácticas:

> "Yo digo que eso es parte del folclor, del fútbol y siempre lo voy a ver de esa forma. En el fútbol se insulta al árbitro, se insulta al jugador, se insulta al equipo rival, insulta a la barra rival. Eh… falta el folclor, eso no sólo se ve acá, se ve en todo el mundo y hay partes del mundo donde no hay tanta violencia, pues eso dicen. Yo la verdad no conozco: todas las partes del mundo que yo he visto jugar fútbol hay violencia. De pronto no he ido, no sé si, o sea la verdad no sé, las partes donde yo he ido a ver fútbol en todas partes hay violencia y no sé, puede que sea por lo cantos. No sé." (Entrevista 8).

En el fútbol, como *campo*, suele apreciar positivamente al ganador, independiente de la forma en que obtuvo su victoria, al igual que a aquel que no cumple con las reglas establecidas o las usa a su amaño o beneficio particular. Esas lógicas de valoración permean la sociedad, en un ejercicio de afectación de lo específico, el *campo* del fútbol espectáculo, hacia lo global o estructural, la sociedad:

> "Yo creo que el fútbol sí tiene cuestiones muy… como que te obligan a esa cultura del más vivo, el fútbol profesional sobre todo, ese de alta competencia, y eso hace que muchas veces, cuando se alienta, cuando se sigue a un equipo, eso haga que no seas capaz de controlar esas pulsaciones. En relación con otros deportes uno sí ve que el fútbol tiene unas características que privilegian, a veces, a ese que actúa mal o al que no sigue las reglas, todo este tipo de cosas. Y eso a la sociedad le va dando mensajes." (Periodista deportivo 1).

Los futbolistas son los actores protagónicos del espectáculo, quienes definen, dentro del terreno de juego, los resultados de los partidos y posiciones en los certámenes. El barrista se

asume como partícipe directo del compromiso, teniendo acciones en contra de los futbolistas del equipo rival para presionarlos y llevarlos al error, a la falla, y por ello equipara al futbolista del conjunto rival con los hinchas de otros equipos:

¿Por qué en los tiros de esquina se lanzan objetos a los jugadores?

"Porque uno ver a… uno en la barra, la de Sur, y el arquero de uno está en la Sur, uno ver a un jugador del Medellín cobrando un penalti, ¡ve, un tiro de esquina!, es como ver a… a un hincha del Medellín ahí abajo y como lo ve uno muy cerquita le empiezan a tirar que monedas, que agua. Entonces no lo dejan cobrar. Entonces de pronto también va hacer gol y pa' que no cobre. Por eso también uno le silva: pa' que se lo coma o algo. Así, pa' que sienta la presión de la hinchada, como más de un jugador siente la presión con la hinchada. Entonces así." (Entrevista 7).

Si bien puede que el espectador comprenda que los roces de los jugadores dentro de la cancha no suelen trascender a ese espacio, regulado por el árbitro central y su equipo, y, posteriormente, ser tramitados pacíficamente, el posible conflicto allí presentado tendría alguna influencia para que quienes observan el juego lo repliquen y hasta sobredimensionen. Las actitudes de los futbolistas dentro de la cancha, hacia los jugadores del otro equipo o hacia los espectadores, pudieran tener incidencia en los observadores del partido:

"Muchas veces aquí hemos visto que cuando hay clásicos como que el otro jugador como para darle motivos a otras barras como que hacen presiones, pullas o algo así. Entonces hay veces que los jugadores inciden en esa violencia. Para saber que cuando se acaba el partido salen y son tomándose un fresco afuera y nosotros matándonos." (Entrevista 4).

El hincha y el barrista, con su concepción de incondicionalidad hacia el equipo, descalifican la posibilidad del jugador de cambiar de conjunto como dinámica de su trabajo. El futbolista que cambia de equipo es visto como alguien vendido, digno de rechazo por parte de los espectadores:

¿Qué pensarías de un jugador o que pensás de un jugador que está en Nacional y que se va a jugar al Medellín?

"Que es un torcido, que cambió el equipo por otros colores, que se vendió. Eso pensamos nosotros." (Entrevista 7).

El futbolista puede asumir la división construida que se simboliza en la competencia deportiva y hacerla tangible en la desaprobación a firmar una camiseta del tradicional rival, así se trate de la solicitud de un niño que no tiene la imagen del otro como enemigo. El *habitus* espectador del fútbol que sella la imposibilidad de relacionar simbólicamente a dos conjuntos deportivos, examinado como una ofensa o deshonra, se reproduce en la interacción con variados actores entre quienes se encuentran los futbolistas como referentes o modelos sociales:

"Tengo una anécdota bonita cuando estaba muy *pelao* y es que inauguraron una cancha. Y el día que la fueron a inaugurar la fue a inaugurar *Alonso Cárdenas*[10], un jugador del Medellín en ese momento, que era muy famoso. […] Y todos los niños iban a pedirle autógrafos a él. Yo también fui y le pedí el autógrafo. El hombre cogió la camiseta, yo tenía puesta la camiseta de Nacional, pero, pues, cuando eso yo estaba muy niño, yo no entendía eso. Él cogió la camiseta y me dijo como "*quiubo*, ¡estás en el lugar equivocado hermano!", algo así." (Entrevista 8).

Los gestos de los jugadores hacia la tribuna pueden tener lecturas como la provocación, incluyendo los de aquellos deportistas que se asumen como hinchas y lo expresan con señas de ataque hacia los espectadores:

¿Qué casos puntuales de futbolistas o qué hechos puntuales tenés para decir eso?

"Muchos, muchos. Por ejemplo, la otra vez en un clásico un jugador del Medellín con un gol se celebró y se quitó la camiseta, pues, del Medellín, para pasarla así por toda la barra, con el respectivo tatuaje, pues, del equipo contrario. Y son casos indignantes: cuando un jugador hace un gol y va y se lo celebra como que a nosotros así, eso es como

[10] Nombre modificado con respecto al citado por el entrevistado, al tratarse de un futbolista profesional reconocido en Colombia.

un acto indignación. Porque eso está queriendo decir que está formando una guerra con nosotros ya." (Entrevista 4).

Aunque se suela mencionar al espectador como el único agente del campo del fútbol que ejerce la violencia, como observamos en otros apartados del presente texto, es pertinente abarcar un número mayor de situaciones relacionadas con el hacer daño al otro que incluye, entre otros, a los jugadores. Sigue viéndose al espectador como el único que no tiene la capacidad de juzgar los actos u obrar de forma sensata, a diferencia del futbolista, de quien se asume poseedor de una capacidad reflexiva mayor a la del que observa el fútbol:

"Entonces mire, prensa, agentes del orden, las propias personas de las instituciones, *Nelson Múnera*[11], acuérdese aquella oportunidad *Nelson Múnera*[12]cuando salió con esa camiseta con el 27, eso son cosas que no deberían pasar. Eso lo celebran los hinchas porque a veces no tienen conciencia y lo único que celebran es lo que haga sentir mal al otro y ahí también hay violencia, eso lo hacen los hinchas pero una persona consciente no puede celebrar nada de eso, en absoluto, nada de eso." (Periodista deportivo).

Los jugadores, como actores de un contexto dinámico y mediado por factores como el económico, varían y no se mantienen en los mismos equipos: o bien porque cambian de conjunto o porque son reemplazados por otros. El comprender que el ganar y el perder no varían la existencia, las obligaciones y necesidades cotidianas, podría hacer más sensatas las reacciones ante ambas condiciones ligadas a la competencia. Se requiere una transformación en las maneras de comprender el fútbol por parte de distintos actores, no únicamente de los espectadores:

"Entonces las personas no entienden ese sentido, de que ya un equipo yo lo siento mío, pero que los jugadores hoy están defendiendo un equipo, mañana están defendiendo otro. Y si el equipo gana o pierde, a mí me va a dar satisfacciones o me voy a entristecer en el momento. Uno tiene que tener como la inteligencia para saber comprender que si mi

[11] Nombre modificado con respecto al citado por el entrevistado, al tratarse de un futbolista profesional reconocido en Colombia.

[12] Nombre modificado con respecto al citado por el entrevistado, al tratarse de un futbolista profesional reconocido en Colombia.

equipo ganó muy *bacano*, pasé bueno en el momento; si mi equipo perdió, pues bueno, qué más vamos a hacer: el lunes no van a llegar a mi casa a llevarme la plata para comprar mis necesidades, para darle a mi familia. (Árbitro).

El seguimiento del fútbol puede dar cuenta de una mutación histórica, de pasar de ser juego y deporte a un gran negocio con múltiples intereses involucrados, con variadas maneras de aproximarse a él. El disfrute, ligado al sentido primigenio de un juego, pudiese haber sido empañado por las variadas preocupaciones, angustias ligadas con las derrotas y dificultades:

> "El fútbol, desde su historia hasta ahora, ha pasado por unas transformaciones para convertirlo hoy en lo que es, que ya no es como un juego, sino que es un mercado, es un producto. Ya no, ya la gente no disfruta de ir a ver un partido, se estresa porque el equipo pierde, se estresa porque su mejor jugador se lesionó… entonces ya no ven el fútbol como antaño que era un disfrute, era ir la familia a ver un partido, era un día de domingo por la tarde." (Árbitro).

El fútbol, como deporte y espectáculo masivo, no es violento en esencia. La violencia es una condición construida y replicada en las distintas interacciones entre los sujetos involucrados en el *campo*, con quienes se intuye necesario trabajar para buscar una transformación:

> "El fútbol es un juego, el fútbol es alegría, el fútbol es diversión. Para mí la problemática no está en el fútbol sino en los agentes que hacemos parte de él. El fútbol, como tal, no es una… no es un problema, es una problemática a tratar." (Psicóloga deportiva).

El fútbol, a diferencia de otros deportes en los que ello puede ser lo excepcional, ha sido un espacio en el que se han observado acciones reiteradas de agresión, de muerte: esa condición da a pensar en la importancia de reflexionar sobre esos distintos actores involucrados en que esos imaginarios se reproduzcan, permanezcan o repliquen con sus respectivas mutaciones históricas a pesar del cambio de sujetos participantes. Si, en efecto, el fútbol no es esencialmente violento existen muchas posibilidades de que esas prácticas,

relacionadas con el deseo y eliminación simbólica y física del otro desaparezcan o, como mínimo, sean menguadas.

Discusión y conclusiones

Muchas inquietudes y hasta cuidados surgen al momento de elegir este como el tema de investigación para hacer una tesis de maestría. Uno muy relevante, en este caso, era evitar caer en replicar acríticamente aquellos discursos leídos y escuchados diariamente que ubican al barrista como el actor que encarna, de forma exclusiva, la violencia en el *campo* del fútbol espectáculo y, simultáneamente, no ignorar su participación en dicha configuración. Poder responder a ambos aspectos fue el mayor reto para abordar esta temática, pretendiendo dejar elementos de reflexión con utilidad social para Colombia y, por qué no, el mundo, al tratarse de un fenómeno prácticamente –por no generalizar y caer en el error- globalizado.

En ese sentido, la elección de los participantes de la investigación, así como los instrumentos empleados para recolectar la información, en este caso los guiones de las entrevistas y grupos de discusión, cobraba relevancia. En otras palabras, qué preguntar o sobre qué conversar podría marcar la diferencia entre una tesis enmarcada en lo ya dicho por varios científicos sociales y gente del común, interesados en el tema por diversas razones, o el aportar, humilde pero con férrea convicción, otras rutas de comprensión.

El acudir a las consideradas fuentes primarias del fenómeno, actores que han participado en acciones de violencia física y material en el *campo* del fútbol espectáculo, en triangulación con otros actores involucrados en el contexto, facilitó encontrar esas estructuras sociales que posibilitan dichas prácticas, más allá de la esencialización de los señalados con recurrencia como seres de naturaleza violenta. Los resultados dejaron vislumbrar aspectos de una sociedad y un *campo* –el fútbol espectáculo- que producen y reproducen *habitus* conducentes a la exclusión, la negación o eliminación de la diferencia, la agresión y al deseo de aniquilación del otro: no se trata de ideas exclusivas de unos pocos agentes sino discursos que circulan con efectos evidentes. La familia, el estado, los clubes de fútbol y los medios de comunicación actúan como reproductores de lógicas conducentes a la violencia.

No se pretende, bajo ninguna circunstancia, justificar tales actos. No es esa la pretensión, pero si se quiere llegar al sentido de la violencia es necesario abrir el espectro a otras miradas más allá del cliché que enmarca la descripción de los sujetos que cometen actos de violencia: el loco, el drogado, el desprovisto de educación. La violencia, de acuerdo con los resultados

de esta investigación, no es una práctica de barbarie, de origen irracional o motivada por la ausencia temporal o permanente de conciencia. Esos discursos, recurrentes en las discusiones sobre las raíces de este fenómeno, han imposibilitado llegar a análisis más sensatos, situados desde una posición analítica, lógicamente no de aprobación de tales actos, y tampoco de "desresponsabilización", pero sí de apertura a ver la red de relaciones inmersa en tal estructuración.

No necesariamente las acciones de violencia son ejecutadas por sujetos desinteresados en el fútbol y en el desempeño deportivo de alguno o alguno de los equipos en competencia. Esa forma de relatar dichos acontecimientos, bastante usual por cierto, no coincide, en absoluto, con los resultados de esta investigación: ninguno de los entrevistados participantes de hechos de violencia agredió sin tener unas razones claras para tales actos. Se agrede o mata por el amor hacia el equipo y en defensa de lo simbólicamente dotado de significado relevante en la interacción (en este contexto, entre otros, trapos e instrumentos musicales usados para amenizar el apoyo al conjunto deportivo). También, correspondiendo a la complementariedad de opuestos y su relación indisoluble, se actúa de tal manera por odio hacia el otro equipo y en ataque o intención de robo o daño de los símbolos de los considerados enemigos: la concepción dicotómica del nosotros- ellos ligada con esa dualidad agredido- agresor.

Como parte de la discusión y conclusiones, y con base en los hallazgos de esta investigación académica, se dará énfasis a algunos aspectos que amplíen los universos reflexivos con respecto a la violencia asociada al fútbol espectáculo: la familia como clave de análisis, reconociéndola como estructura y concepto con incidencia directa en la incorporación del *habitus* violento; la palabra como elemento simbólico en la violencia, reconociendo su potencia en la consolidación de imaginarios base de la agresión física y las ideas con respecto a los otros en el *campo* del balompié profesional; la individualización y el capital económico como discursos hegemónicos, versiones del fenómeno que aquí ponemos en contrapunteo argumentativo; estrategias para la convivencia, aportando pistas para procesos de prevención, promoción e intervención en y para el fenómeno; medios y espectadores, contemplando la relación dual entre la violencia promovida desde los medios y su consumo mediático en el contexto del fútbol; alternativas al barrismo y el *habitus* barrista, con la imperante necesidad de construir otros relatos de los espectadores; y, como cierre, el

habitus violencia en el fútbol y su reproducción social, con la correspondiente ampliación comprensiva a los actores y factores señalados desde el cliché acrítico.

La familia como clave de análisis

La barra es una familia, como aparece con insistencia en el discurso de los entrevistados barristas con participación en hechos de violencia, por lo que resulta comprensible la disposición de agredir ante la posibilidad de que alguno de sus miembros resulte violentado. Si contamos con una estructura social tan poderosamente establecida como la familia y ese concepto de clasificación se extrapola a la barra, como discurso eficaz que privilegia a unos en detrimento de los demás, podremos comprender por qué la protección férrea de unos a otros, la disposición a defender hasta la muerte a los considerados propios y la preferencia marcada de los integrantes del grupo de pertenencia con respecto a los demás. Queda expuesta la relevancia de construir otro tipo de concepción de los miembros no familiares, vías discursivas alternativas al externo a la familia como enemigo: mientras esa representación persista se dificultará cualquier proceso que pretenda tener éxito en términos de promoción de la convivencia.

La venganza o la agresión anticipada ante la idea de ser potencial víctima se consolida, en congruencia con el discurso del enemigo representado, entre otros, desde la familia, la barra y los medios de comunicación. No se trata, por supuesto, de causas lineales en un entramado de complejidad. Sin embargo, dichas motivaciones aparecen con contundencia en los hallazgos y ameritan ser evaluadas como parte de la búsqueda de dilucidar las razones construidas para agredir, para matar, para vulnerar o afectar la integridad ajena o estar dispuesto a poner en riesgo la propia.

La responsabilidad en la estructuración de sujetos con disposición a cometer actos de violencia no está confinada con radicalidad en las barras. En los hallazgos quedó evidenciado que la barra no es el contexto único de reproducción del *habitus* y que la familia opera con efectividad en ese sentido: la transmisión del amor por el equipo, es vista culturalmente como el dejarle un don al hijo, el transferirle un bien, una virtud: la familia, como campo, al igual que la ejecución de prácticas de objetivación de ese sentir, aspectos congruentes para la posterior incorporación del *habitus* barrista.

El tema de los valores emergió como aspecto crítico relevante en la investigación, propiciando un quiebre en la idea generalizada de percibirlos como ideales absolutos a nivel social. La barra, como estructura familiar, promueve esas disposiciones a cuidar al compañero, a ser leales al grupo y al equipo independiente de las circunstancias o dificultades implicadas. Los resultados dejaron ver los valores, enaltecidos como marcos deseables, también pueden constituirse en elementos que propicien la violencia: la solidaridad, el amor, la incondicionalidad, la lealtad, entre otros, pueden ser razones muy potentes para agredir y hasta matar en el *campo* del fútbol espectáculo.

La palabra como elemento simbólico en la violencia

¿Qué entendemos por estructura social? ¿Es algo lejano o al margen de los sujetos? ¿Es algo preexistente o construido humanamente? ¿Combina ambas esferas? Si asumimos que, total o parcialmente, esa estructura es y/o estuvo configurada por los mismos seres humanos, al pensar la violencia no debería concebirse a ese marco de operación como algo al margen de cómo ellos se desempeñan en su respectivo contexto: sus reflexiones, motivaciones, imaginarios, creencias o cuales sean las categorías que usemos para referirnos a esas ideas encarnadas en los sujetos, sustentan acciones puntuales: no se disponen como razonamientos vagos y desconectados del devenir social. Si consideramos la estructura social desde ese espacio donde lo social se hace cuerpo, donde las condiciones objetivas se incorporan en los sujetos y se manifiestan en sus configuraciones subjetivas, desde la concepción de Bourdieu, los actores están interconectados sin importar sus roles y posiciones.

La palabra, vista como símbolo, tiene efectos tangibles en la producción y reproducción de la violencia. El lenguaje tiene una potencia clara en cuanto a las posibilidades que brinda y los efectos que genera. Esas estructuras a las que se señala como aspectos complejos de reconocer en su génesis y conformación vigente, pudieran estar sustentadas y sostenidas en el tiempo por el lenguaje y sus efectos en la praxis: la naturalización de la violencia, la aceptación de conductas de agresión como parte inherente a la relación entre los sujetos y la negación a recibir otras alternativas a las vistas como esenciales. En esa medida, la estructura podría ser, en mayor o menor medida, según el caso, producto de lo que se da como mandato inmodificable desde el discurso.

Los cánticos, cargados de la afectividad grupal que acompaña su entonación, refuerzan las ideas allí consignadas: entre otras, y con base en los resultados, el odio al proveniente de otra región, la opción de asesinar y la disposición a morir combatiendo con la policía. Estamos, ineludiblemente, atravesados por el lenguaje. La relación entre el discurso y la acción, entre lo dicho y lo, entre lo cantado y lo ejecutado, no debe comprenderse de manera lineal, como cuando se enuncia, en sentido manifiesto o sarcástico, que "se mataron porque en la canción se decía que se matara". Claramente, la disposición a violentar es un proceso mucho más complejo que una mirada simplista de causa- efecto inmediato. Las expresiones verbales o simbólicas, los cánticos y demás manifestaciones de ese orden, no llevan, necesariamente, a una acción inmediata asociada. Sin embargo, las expresiones con carga de odio, de invitación al asesinato o eliminación del otro o de apología al ataque físico reproducen imaginarios y representaciones en los que se custodia la violencia física o material.

Como se analizó en el apartado sobre la reproducción las acciones como las agresiones verbales, gestuales y simbólicas son vistas como impulsos para la violencia o, incluso, percibidas como parte esencial del *campo*, en ejercicios nombrados como folclor, amparados en una supuesta tradición que hay que conservar. La calificación de las prácticas como violencia está reservada para los actos en los que se da la afectación física o material: en ese relato coinciden los barristas y otros actores relacionados con este contexto. Los discursos que circulan en torno al fútbol espectáculo, e incluso al margen de él, materializan la idea de quien se ubica por fuera de la propia preferencia como enemigo, de la competencia como espacio de guerra y de la derrota como muerte metafórica. El que muchas de las prácticas de violencia que no son agresiones físicas no se nombren como violencia dificulta la reflexión que incluya, adicionalmente, a otros actores aparte de los señalados con insistencia.

Individualización y capital económico como discursos hegemónicos

Como se pudo observar en los resultados de esta investigación el discurso dominante apunta a la individualización como ruta para explicar e intervenir este fenómeno. Esa vía de comprensión, amparada por disciplinas que han apuntalado su base epistemológica en esa lectura, como el derecho y la psicología, puede oscurecer al sistema que produce y reproduce

tales condiciones: los individuos, viéndolos y nombrándolos de tal forma, resultan siendo señalados y sancionados, pero las estructuras que producen y reproducen, que configuran sujetos dispuestos a esas prácticas, quedan en un segundo plano y no son consideradas dentro de los componentes responsables. El riesgo de ese repertorio individualista es que en él se diluyen las responsabilidades colectivas y resulta siendo un discurso muy cómodo para varios involucrados, los que no entran directamente en la confrontación física o material pero que la estimulan y hasta podrían favorecerse de ella.

Por más curioso que parezca, los propios agentes que han herido o matado a otros en el contexto, como los entrevistados dentro de nuestro ejercicio, se refieren a quienes han cometido tales actos con el adjetivo predilecto: desadaptados. Esa denominación es empleada incluso por quienes reciben esa etiqueta socialmente. Desde esa perspectiva se asume que las acciones son ejecutadas por elementos aislados, incompatibles con un supuesto contexto de paz imperante. Sin embargo, los discursos de los entrevistados acreditan que esas prácticas tienen sentido en la medida en que otorgan prestigio, reconocimiento: capital simbólico, como lo nombraría Bourdieu, para hablarlo desde nuestro referente teórico.

El *campo* favorece la estructuración de sujetos que luchen por el capital simbólico que se encuentra depositado, entre otras, en acciones de violencia: incluso el cambio de sujetos en ese *campo* no erradica esas prácticas. En otras palabras, mientras haya una valoración positiva para quienes roben, maten, se pongan o pongan a otros en riesgo habrá quienes estén dispuestos a hacerlo: si no lo hacen unos sujetos lo harán otros, estimulados por un contexto que los reconoce como poseedores de valentía, vigor y compromiso con el grupo. No es necesario que haya una unanimidad al respecto ni que sea la intención oficial o explícita por parte de quienes lideran esos grupos: en este estudio se evidenció, por si había alguna duda al respecto, que muchas de las prácticas son promovidas desde escalas jerárquicas inferiores, incluyendo a quienes no son poseedores de liderazgos oficiales o de elevados recursos como el económico.

El desarrollo del parágrafo del capital dentro de este trabajo demostró que se pone en riesgo la propia vida o la de otros por la valoración simbólica construida en la interacción; que se viaja en condiciones irregulares, la mula en la actualidad del contexto colombiano, incluso contando con el dinero para hacerlo de otra forma, puesto que la reputación se adquiere en el

riesgo involucrado en el apoyo al equipo; y que se cuidan los trapos propios y se roban los ajenos por el valor asignado, nombrado como la vida, a esos objetos, más allá de su ínfimo precio comercial.

Ambos discursos, el de la individualización y el del capital económico como vías interpretativas del fenómeno, se conectan y entremezclan casi al punto de fundirse en una misma estructura de juicio: si son individuos aislados los que actúan sus carencias materiales particulares son interpretadas como las causas centrales de su accionar. En ese orden de ideas, el capital simbólico, construido y amparado en la interacción, el componente psicosocial del fenómeno, estaría ignorado en ese repertorio interpretativo: este ejercicio mostró la configuración colectiva del fenómeno, en contraste con el discurso hegemónico que ubica el acto en la esfera personal, cerrada a la influencia o desligada de la valoración de los otros.

El capital simbólico, ya no únicamente el económico como plantean distintos teóricos, se convierte en un factor preponderante en la estructura social y, fundamentalmente, en un componente principal en la obtención de prestigio dentro del *habitus* espectador del fútbol espectáculo. Queda sólidamente sustentado que el análisis de las prácticas de violencia debe trascender a la mirada economicista.

La psicología social, en ese orden de ideas, ofrece una lectura alternativa como la propuesta en el presente trabajo: sería pertinente desarrollar otras investigaciones desde esa perspectiva, develando cómo se construyen dichas relaciones, más que en la atribución netamente intrapsíquica a los procesos que allí se dan.

Estrategias para la convivencia

A la luz de los resultados, la exclusión aparece como mecanismo predilecto a la hora de abordar este fenómeno por parte de diferentes instancias grupales y estatales: la segregación de los combos y sujetos no deseados y las medidas de no ingreso a ciudades y estadios de los rechazados, entre otros que sometimos a análisis. Varias de las medidas empleadas por parte del estado, organismos del fútbol profesional y las propias barras replican el modelo de la exclusión y no de la inclusión, de la segregación y no del encuentro. Las acciones efectuadas

no propenden por un acercamiento, transformación de imaginarios o tramitación pacífica de los conflictos sino en el sostenimiento del no encuentro, la división.

¿Cómo pretender que se aprenda a manejar pacíficamente las situaciones de conflicto si nos empecinamos, cual obsesión en evitarlos? ¿Cómo hablar de respeto a la diferencia si nos esforzamos por unificar el pensamiento, eliminar las ideas emergentes u opuestas a las dominantes? ¿Cómo esperar que se conciba al otro con respeto si las medidas lo construyen como alguien con quien no se puede compartir un mismo espacio? El conflicto estará presente siempre que existan espectadores con distintas preferencias e intereses de poder inter e intragrupales: más que evitar la presencia simultánea deben buscarse opciones de encuentro que no estén mediados por la agresión.

Múltiples decisiones formales e informales, estatales y no estatales, reproducen la lógica de la exclusión como ideal. El concepto de seguridad, que orienta decisiones conducentes al no encuentro, al desarraigo, al cierre de fronteras, al ingreso de unos y no de otros, conlleva a replicar el mismo modelo que se sospecha opuesto al deseable: la exclusión, empleada como estrategia para buscar la convivencia, termina por aumentar la visión del otro como potencial agresor y, de forma simultánea, la disposición de agredir en defensa o de manera anticipada a resultar agredido.

Sería erróneo desconocer la cantidad de muertes que impulsa la idea de estar en riesgo al cruzarse con los otros, principalmente si los antecedentes con ellos están enmarcadas en este tipo de episodios y tienen a la venganza como impulso principal. Hay que reconocer que parte de esa concepción está sustentada en hechos fácticos con la violencia como ingrediente. Sin embargo, el aislarlos no altera y, por el contrario, ha conseguido ampliar el espectro de enemistad: cada vez más esos enemigos dejan de ser, únicamente, los hinchas de otros equipos y el establecimiento de medidas de no encuentro aumenta la visión de los otros como posibles agresores.

Si bien los objetivos de esta investigación no se enmarcaron, directamente, en la construcción de propuestas para la promoción de la convivencia en este *campo*, la información recolectada suscita la pertinencia de reflexionar sobre alternativas en este sentido. De acuerdo con los hallazgos del presente trabajo se hace evidente la necesidad de

desarrollar procesos en los que la concepción del otro como potencial agresor pueda ser flexibilizada: mientras persista o se aumente la idea de los otros como agresores resulta esperable la recurrencia de encuentros violentos, por más medidas de seguridad que sean implementadas: como quedó explícito en los resultados, siempre existirán espacios de encuentro, como calles y carreteras, independiente de los dispositivos que se establezcan en los estadios y sus alrededores. Por tal razón, el cambio de esos imaginarios debe considerarse como componente central en políticas públicas e iniciativas privadas asociadas a esta temática.

Medios y espectadores: ¿productores y productos desligados?

Es curioso que se hable de los medios como un productor social y no como un producto social. Se concibe a los medios como los responsables de lo que sucede a nivel social pero pocas veces a sus contenidos y enfoques como resultados de la sociedad en la que están inmersos. Dueños, periodistas, editores y las fuentes de información: todos están enmarcados en una cultura, de la que son influidos y a la que influyen permanentemente.

Los medios no son un ente al margen de los imaginarios, las creencias, los gustos y las preferencias de la sociedad en la cual se instauran, pese a ser señalados, permanentemente, como los responsables directos y exclusivos de la generación y el reforzamiento de estereotipos, paradigmas y patrones de consumo.

Por citar un ejemplo, cuando un programa, independiente de su género, acude a la violencia como ingrediente primordial en su narrativa se menciona a los productores o canales como los responsables del posicionamiento de ese tipo de contenidos en grandes audiencias. Pero poco o nada se reflexiona sobre el porqué del éxito comercial de ese tipo de productos: ¿qué clase de sociedad está construida para que esos contenidos tengan una alta audiencia?

Se plantea al que planea, emite y se lucra de los contenidos como el directo responsable del éxito económico y de *raiting* de los espacios con violencia explícita pero se deja al margen a la masa de espectadores que consumen esos materiales. Sin una audiencia presta a consumir esa propuesta mediática no habría un sustento comercial para sostenerla: de la cantidad de personas que observan, leen, escuchan o, en esencia, consumen, depende buena

parte de la decisión de los empresarios de invertir dinero en publicitar sus productos o servicios allí. En definitiva: si un programa violento es rentable en una sociedad como la local no es únicamente responsabilidad del medio sino, en gran medida, de la sociedad que consume, vorazmente, ese tipo de creación.

Igual o similar cuestionamiento podría efectuarse sobre un fenómeno como el interés masivo que genera una práctica deportiva como el fútbol, como un espectáculo generalizado en el mundo. ¿A mucha gente le gusta el fútbol porque se transmite de forma permanente o se transmite de forma permanente porque a mucha gente le gusta? Los gustos y su incidencia en los contenidos o los contenidos y su incidencia en los gustos: una relación bidireccional en una construcción que no puede verse de forma aislada. Y, en la misma dirección, ¿se da la violencia en el fútbol porque se presentan hechos de esa clase desde los medios masivos o se presentan hechos desde los medios porque se da la violencia? En los resultados se pudieron observar ambas formas de contemplar los medios: como los causantes de la violencia, por la información publicada y el enfoque dado, o como descriptores de los hechos presentados, vistos como narradores objetivos de los acontecimientos.

Está claro que cada discurso tiene su carga subjetiva, incluso aquellos que relatan sucesos (en este caso sobre la violencia asociada al fútbol espectáculo) y que hay una incidencia bidireccional, no lineal, en la reproducción. Medio y espectador están inmersos en la misma lógica y no se puede hablar de uno como el producto y de otro como el productor pues ambos están en continua relación y, de hecho, pueden ser vistos como partes de un mismo sistema.

Ubicándonos en una postura crítica con respecto a la violencia en el *campo* del fútbol espectáculo sería reduccionista concebir a los medios masivos de comunicación, restrictivamente, como la causa: los medios y los periodistas deportivos sí operan, tal como se vio en los resultados, como reproductores de lógicas comprensivas. El periodismo va detrás del hecho y no del significado, del evento violento sin la reflexión pertinente, con la pretensión de exponer las causas objetivas, a nivel psicológico y social del fenómeno: parte de una aspiración positivista en la que se determinan los buenos y los malos, las causas y los efectos desde una pobreza hermenéutica que sostiene la banalidad interpretativa que la sociedad da al fenómeno.

El periodismo reproduce la esencia de las que pretendemos huir: el barrista como de naturaleza violenta, la violencia como una práctica instaurada en la estructura psicológica individual. Dos operaciones discursivas empleadas desde los medios diluyen las responsabilidades, haciéndolas casi imperceptibles. El sujeto que ejerce la violencia se adjetiva como loco o enfermo, lo que le resta responsabilidad directa en el acto, y como desadaptado, denominación que eclipsa la responsabilidad colectiva, e incluso grupal, que da lógica a su acción: si es loco o enfermo el sujeto no es responsable de su acción y si es desadaptado se niegan las interacciones que dan valor a su práctica.

Alternativas al barrismo y el habitus barrista

El *habitus* espectador emergió como uno de los aspectos trascendentales de la tesis, con la clara diferenciación principal, dentro de esos tipos (aficionado, hincha y barrista), entre las configuración de hincha y barrista, como dos formas inseparables y, paradojalmente, diferenciables desde los propios discursos de los protagonistas. El *habitus* barrista apareció como estructuración principal del análisis, con la ubicación discursiva de los participantes como agentes activos de violencia de distinta clase: las posibles prácticas de violencia, no vistas como esenciales a ese tipo de espectador pero sí con una potente valoración colectiva en el *campo*, lo ubican como el señalado, el desadaptado, mirada que, como ya se enunció reiteradamente, hay que examinar críticamente.

Pero lo más relevante al respecto es ver al barrista como un producto social, un resultado de distintos procesos sociales, a diferencia del discurso dominante que lo ubica desde una posición esencialista. De igual manera, el barrismo, como una posibilidad dentro del habitus espectador, ha sufrido y seguirá sufriendo modificaciones: no es una forma esencial de asumir la observación del fútbol espectáculo sino una construcción sometida a definiciones y redefiniciones elaboradas y modificadas en la interacción.

A diferencia de la escala propuesta por Londoño Galeano, García Ardila, Hincapié, Gaviria y Ortega (2011), con respecto a los tipos de espectadores del fútbol espectáculo, en este trabajo el fanático no emergió como una clase adicional al aficionado, hincha y barrista (tres tipos con los que se coincide en este ejercicio). En este caso, el fanatismo apareció como una característica que le posibilita al barrista acceder al capital simbólico, con las acciones

congruentes con la demostración de amor por el colectivo, relacionadas con el riesgo, el sacrificio y la disposición de matar o morir, como prácticas posibles que dotan al sujeto de prestigio en ese contexto. La búsqueda de obtención del capital, enmarcado en prácticas afines con lo que podríamos nombrar como fanatismo, se encontró como una de las motivaciones más potentes para la ejecución de prácticas de violencia.

Bien cabe la mirada crítica a la configuración interna de las barras y no la constante alusión a la sociedad como la responsable absoluta de todo lo que allí se presenta. Claramente, las barras no se encuentran al margen de las demás estructuras sociales y se encuentran afectadas por lo que allí se presenta pero también obedecen a patrones de comportamiento muy específicos que ameritan una mirada a sus dinámicas: no son las únicas, como grupos, involucradas en la violencia pero tampoco están al margen o deben entenderse como simples víctimas. Desde ese espacio puntual se produce y reproduce la violencia, con características muy particulares que consolidan prácticas dentro del *habitus* barrista, como lo nombramos en esta investigación con fines analíticos.

El habitus violencia en el fútbol y su reproducción social

Esta investigación no alcanzó a abarcar a profundidad todas las dinámicas asociadas con el fenómeno, incluyendo todas las luchas de poder al interior de las barras, la legitimación o desestimación de las disidencias de esos grupos por parte de los liderazgos y los entes gubernamentales y la incidencia de actores al margen de la ley. Quedan abiertas esos posibles caminos para futuros trabajos.

De igual forma, los discursos de otros actores distintos a los que participan directamente de las acciones de violencia física o material podrían profundizarse: el conocimiento de cómo se incorporan distintos *habitus* en el campo del fútbol espectáculo, en palabras de Bourdieu, amerita una variabilidad discursiva mayor a un representante por perfil: sería oportuno el desarrollo de estudios académicos que incluyan mayor amplitud con respecto a los discursos de la fuerza pública, los futbolistas y los medios de comunicación, adicionando otras voces a las aquí consignadas. Sería pertinente, en futuros ejercicios, profundizar cómo se producen e instauran esos discursos oficiales con respecto al fútbol: una ampliación a los roles, por

ejemplo, de los directivos, directores técnicos, jugadores y periodistas, que en este trabajo se tocaron tangencialmente. Desde allí se pudieran hallar otras lecturas del fenómeno.

Desde las posturas teóricas de Bourdieu, eje teórico que orientó este ejercicio, quedan reflexiones pertinentes sobre el fútbol espectáculo como *campo*, ese espacio de interacciones que, de acuerdo con los hallazgos de este trabajo, aparece con la violencia como un aspecto aceptado y hasta esperado; de la diversidad de roles que participan de la reproducción de la violencia, que es un proceso complejo y profundo, más allá de la visión reduccionista de concebir a las barras y a los barristas como agentes exclusivos en esa construcción; esas posibilidades conceptuales que articulan los parámetros objetivos y subjetivos, materializados en el *habitus*, las condiciones contextuales hechas cuerpo.

Queda señalada, como tarea planteada en función de los compromisos éticos orientados a la transformación, la relevancia de idear estrategias para orientar la valoración positiva de otro tipo de capitales en los que el daño propio o al otro no sigan como motivadores principales de la acción: mientras que esos gestos doten de prestigio a quienes los ejecutan es poco menos que inconcebible pensar en que tales actos de agresión y muerte dejen de presentarse. El capital que define y redefine el espacio social, como bien lo argumentó Bourdieu, no se reduce al económico: por ende, los componentes simbólicos, ligados al lenguaje, los imaginarios y las representaciones deben ser involucrados en los procesos que pretendan movilizar las estructuras sociales que posibilitan la emergencia de la violencia en el contexto del fútbol espectáculo.

Se habla linealmente de la transmisión de discurso de los padres a los hijos, acción concreta de la crianza, pero poco de la posibilidad de que los discursos juveniles permeen los de sus adultos significativos. Sería adecuado, en otro ejercicio investigativo, indagar la posibilidad opuesta de que los discursos de las generaciones menores permeen o movilicen los de sus padres y hasta abuelos. El *habitus* pudiese, de acuerdo con su condición dinámica, ser variado de forma contraria a la que se supone a priori: en ese sentido, el *habitus* barrista, principalmente incorporado por adolescentes y jóvenes, pudiese estar propiciando la modificación del *habitus* aficionado y del *habitus* hincha (las distintas esferas del habitus espectador), incluyendo la mutación de prácticas de violencia que eran concebidas, primordialmente, como pertenecientes al *habitus* barrista.

El tipo de programas, proyectos o actividades de tipo pedagógico a proponer con esta población, ya hablándolo en términos de intervención, será una tarea a indagar en futuras investigaciones: la relevancia de que se desarrollen tesis de maestría y doctorado orientadas a ese fin queda latente. Esta investigación arrojó algunas pistas, claves a considerar al momento de estructurar ese tipo de estrategias. Por ejemplo, espacios en los que barristas de diferentes conjuntos tengan la posibilidad de encontrarse con el otro, independiente de si el tema de convocatoria está al margen del netamente involucrado. Más que replicar el modelo de proyectos separados los resultados sugieren la conveniencia de proponer procesos en los que barristas de distintos equipos y grupos de apoyo puedan encontrarse, dialogar y construir.

El acompañamiento, proceso que podría desarrollarse en lugar de la intervención o de forma complementaria, debe apelar a la creatividad, facilitando una relación empática más allá de los espacios oficiales: compartir actividades informales, planear estrategias comunicacionales innovadoras que trasciendan a los diálogos jerárquicos y abrir posibilidades liberadoras de acción. Un método que considere que las modificaciones profundas se viabilizan a través de interacciones significativas.

Referencias

Alabarces, P., & Garriga Zucal, J. (2007). El "aguante": una identidad corporal y popular. 275-289.

Apter, M. (1982). *The experience of motivation: The theory of psychological reversals.* London and New York: Academic Press.

Aro Geraldes, P. (14 de septiembre de 2007). *Periodismo de Fútbol Mundial*. Obtenido de http://arogeraldes.blogspot.com.co/2007/09/la-violencia-en-el-ftbol-no-es-del.html

Barbour, R. (2013). *Los grupos de discusión en investigación cualitativa.* Madrid: Ediciones Morata.

Barraza, J. (13 de octubre de 2014). *El Tiempo*. Recuperado el 5 de marzo de 2015, de El fútbol está hecho de tradición: http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/el-futbol-esta-hecho-de-tradicion-jorge-barraza-columnista-el-tiempo/14677924

BBC, M. (13 de septiembre de 2012). *Familiares de víctimas de tragedia de Hillsborough ejercerán acciones legales*. Recuperado el 11 de noviembre de 2014, de BBC Mundo: http://www.bbc.co.uk/mundo/ultimas_noticias/2012/09/120913_ultnot_acciones_legales_hillsborough_msd.shtml

Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar? .* Madrid: Ed. Akal S.A. .

Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas sobre la teoría de la acción.* Barcelona: Editorial Anagrama.

Bourdieu, P. (2000). *Cuestiones de sociología.* Madrid: Ediciones Istmo.

Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual.* Buenos Aires: Montressor.

Bourdieu, P. (2008). *El sentido práctico.* Madrid: Siglo XXI Editores.

Bourdieu, P. (2010). *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social.* Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Bugallo, R. (11 de marzo de 2014). *Radio Rivadavia*. Recuperado el 7 de marzo de 2015, de Roberto Bugallo, por Radio Rivadavia: “Los barras no son hinchas sino delincuentes”: http://rivadavia.com.ar/articulos/roberto-bugallo-por-radio-rivadavia-los-barras-no-son-hinchas-sino-delincuentes/

Cantero, J. (22 de noviembre de 2012). *Diario Popular.* Recuperado el 7 de marzo de 2015, de "No estoy en contra de los hinchas sino de los delincuentes": http://www.diariopopular.com.ar/notas/137912-no-estoy-contra-los-hinchas-sino-los-delincuentes

Castaño Pérez, G., Uribe Aramburo, N., & Restrepo Escobar, S. (2014). *Barras bravas en el fútbol, consumo de drogas y violencia.* Medellín: Fundación Universitaria Luis Amigó.

CMI. (13 de febrero de 2015). *Jugador del Medellín víctima de hinchas desadaptados en Ibagué.* Recuperado el 7 de marzo de 2015, de CMI: http://www.cmi.com.co/jugador-del-medellin-victima-de-los-hinchas-desadaptados-en-ibague/247040

Comisión Nacional de Seguridad, C. y. (2014). *Plan Decenal de Seguridad, Comodidad y Convivencia en el Fútbol 2014 - 2024.* Bogotá: Ministerio del Interior. Obtenido de http://www.plandecenal.edu.co/html/1726/articles-344047_recurso_1.pdf

Concejo de Medellín. (30 de noviembre de 2010). *Acuerdo Municipal 78 de 2010 .* Recuperado el 12 de febrero de 2015, de http://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/pccdesign/SubportaldelCiudadano_2/Cultura_/ProgramasyProyectos/Shared%20Content/Documentos/2014/Acuerdo78de2010Concejo.pdf

Domínguez Sánchez-Pinilla, M., & Davila Legerén, A. (2008). La práctica conversacional del grupo de discusión: jóvenes, ciudadanía y nuevos derechos. En Á. J. Gordo, & A. Serrano, *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social* (págs. 97- 125). Madrid: Pearson Educación.

Eco, U. (1990). *Los límites de la interpretación.* Milano: Bompiani.

EFE, A. (14 de julio de 2014). Muere un joven apuñalado en cine alemán que proyectaba la final del Mundial. Berlín, Alemania.

El Mundo. (10 de abril de 2011). Recuperado el 10 de febrero de 2015, de Barras bravas, ¿quién le pone el cascabel al gato? : http://www.elmundo.com/portal/pagina.general.impresion.php?idx=175610

Elías, N., & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización.* Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Elwert, G. (2003). *Mercados de violencia y política de ayuda e intervención. Perspectivas comparadas de mercados de violencia.* Berlín: Duncker & Humblot.

Emanuel, E. (Octubre de 2009). *¿Qué hace que la investigación clínica sea ética? siete requisitos éticos.* (U. A. Bioética, Ed.) Recuperado el 14 de Agosto de 2014, de http://www.bioetica.edu.uv

Fairclough, N. (2003). *Analysing discourse: Textual analysis for social research.* Londres: Routledge.

Fernández, M., & Benedetto, M. (2008). *Secretos [con] partidos.* Buenos Aires: Ediciones B.

Ferrari, M., & Núñez, A. (2010). *Pasado y Presente de la Mar del Plata Social.* Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.

Fontana, A., & Frey, J. H. (1994). Interviewing The Art of Science. En Y. L. Denzin, *The Handbook of Qualitative Research* (págs. 361-376). Thousand Oaks: Sage Publications.

Football Spectators Act 1989 (16 de noviembre de 1989). Recuperado el 8 de marzo de 2015, de The National Archives: http://www.legislation.gov.uk/ukpga/1989/37

Galeano, E. (1995). *El fútbol a sol y sombra.* Madrid: Siglo XXI de España Editores .

Galende Domínguez, I. (2009). La ética en investigación clínica: la Declaración de Helsinki-Seúl 2008 . *Jano*, 35-41.

Garriga Zucal, J. (2011). Violencia: un concepto difícil de asir. *Revista Antropolítica*, 225-241.

Garriga Zucal, J. (2014). “Acá es así”. Prácticas violentas de una hinchada y mecanismos de legitimación.

Gil, G. (2008). La pasión según Aldosivi. El "otro" y los combates por la identidad. 137-164.

Giménez, G. (2002). Introducción a la sociología de Pierre Bourdieu. *Colección Pedagógica Universitaria 37-38*, 1-11.

González Pagés, J., & Fernández González, D. (2009). Masculinidad y violencia: aproximaciones desde el universo del deporte. 123-136.

Herald, S. (2 de marzo de 2015). *English police probe reports of soccer fans' racism on train*. Recuperado el 8 de marzo de 2015, de Sun Herald: http://www.sunherald.com/2015/03/02/6098313/english-police-probe-reports-of.html

Íñiguez, L. (2006). *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales.* Barcelona: Editorial UOC.

Íñiguez, L., & Antaki, C. (1994). El análisis del discurso en psicología social. *Boletín de psicología, 44*, 57-75.

Kapuscinski, R. (1988). *La guerra del fútbol y otros reportajes.* Barcelona: Anagrama.

Kerr, J., & de Kock, H. (2002). Aggression, Violence, and the Death of a Dutch Soccer Hooligan: A Reversal Theory Explanation. *Aggressive behavior, 28*, 1-10.

Loaiza, J. (16 de diciembre de 2013). *El Colombiano*. Recuperado el 16 de diciembre de 2013, de Dos muertos y 13 lesionados en noche de celebración por título de Nacional: http://www.elcolombiano.com/nacional_campeon_dos_muertos_y_13_lesionados_en_noche_de_celebracion-OAEC_274280

Londoño Galeano, D., García Ardila, J. E., Hincapié, D. A., Gaviria, N., & Ortega, J. (2011). *Hinchas por la paz, Disfrutamos el fútbol con responsabilidad.* Medellín: INDER Medellín.

Medina, G. (1998). *Sueños a la redonda o el fútbol en la literatura y las artes* (Vol. 1). Medellín: Corporación Deportiva Independiente Medellín.

Pardo Abril, N. G. (2012). Análisis crítico del discurso: Conceptualización y desarrollo. *Cuadernos de Lingüística Hispánica*(19), 41-62.

Petro, G. (15 de junio de 2014). *Twitter*. Recuperado el 20 de febrero de 2015, de https://twitter.com/petrogustavo/status/478205525294084096

Polo, C. (28 de enero de 2014). *El Heraldo.* Recuperado el marzo de 14 de 2015, de El último viaje por carretera de un furibundo hincha del Junior: http://www.elheraldo.co/judicial/el-ultimo-viaje-por-carretera-de-un-furibundo-hincha-del-junior-140717

Powell, J. (8 de abril de 2013). *Daily Mail*. Recuperado el 5 de febrero de 2015, de No Old Trafford tribute for Baroness Thatcher... Shame on football for snubbing the lady who rescued our game from tribal hooligans: http://www.dailymail.co.uk/sport/football/article-2306005/Margaret-Thatcher-Football-snubbed-lady-saved-game-tribute-Manchester-derby--Jeff-Powell.html

Prieto, P. (Abril-Junio de 2011). Educación y práctica de la Medicina. Comités de ética en investigación con seres humanos. Relevancia Actual en Colombia. *Acta Médica Colombiana, 36*(2), 98-104.

República de Colombia-Ministerio de Salud. (Octubre de 1993). Ética de investigaciones. *RESOLUCIÓN Nº 008430 DE 1993*, 1-11.

Reuters. (7 de septiembre de 2011). *Reuters*. Recuperado el 8 de marzo de 2015, de FUTBOL-Hincha de Gales muere tras presunto ataque en Inglaterra: http://lta.reuters.com/article/sportsNews/idLTASIE7A7Q1220110907

Revista Cromos. (1998). Misión imposible. *El Autogol*, 16-18.

Sandoval Casimilas, C. A. (2002). *Investigación cualitativa.* Bogotá: ARFO Editores e Impresores Ltda.

Serna, J. (24 de septiembre de 2013). *¿Medellín ha sido laxa con los hinchas desadaptados?* Recuperado el 6 de marzo de 2015, de El Colombiano: http://www.elcolombiano.com/medellin_ha_sido_laxa_con_los_hinchas_desadaptados-MYEC_261872

Soccer, W. (24 de febrero de 2015). *Racism rears its ugly head again, but things used to be far worse*. Recuperado el 8 de marzo de 2015, de World Soccer: http://www.worldsoccer.com/columnists/brian-glanville/racism-rears-its-ugly-head-again-but-things-used-to-be-far-worse-359892

Sun, T. (13 de septiembre de 2012). *The Sun*. Recuperado el 2 de diciembre de 2014, de Hillsborough: The real truth: http://www.thesun.co.uk/sol/homepage/news/4535743/23-years-after-Hillsborough-the-real-truth.html

Taylor, L. J. (15 de abril de 1989). *The Hillsborough Stadium Disaster.* Recuperado el 12 de marzo de 2015, de THE RT HON LORD JUSTICE TAYLOR: http://www.epcollege.com/EPC/media/MediaLibrary/Knowledge%20Hub%20Documents/F%20Inquiry%20Reports/Hillsborough-Taylor-Report.pdf?ext=.pdf

Tiempo, E. (29 de mayo de 1948). *El Tiempo*, pág. 17.

Tiempo, E. (30 de junio de 2013). *Barras bravas: ¿por qué nos matamos por una camiseta?* Recuperado el 4 de marzo de 2015, de El Tiempo: http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12901286

Troncoso, C. E., & Daniele, E. G. (2014). *LAS ENTREVISTAS SEMIESTRUCTURADAS COMO INSTRUMENTOS DE DATOS*. Recuperado el 20 de 08 de 2014, de http://www.uccor.edu.ar/paginas/REDUC/troncoso.3.pdf

Valdano, J. (2013). *Los 11 poderes del líder, El fútbol como escuela de vida.* Barcelona: Conecta.

Van Dijk, T. (1999). El análisis crítico del discurso. *Anthropos*, 23-36.

Van Dijk, T. (2002). El análisis crítico del discurso y el pensamiento social. *Athenea Digital*(1), 18-24.

Wallace, A. (19 de junio de 2014). *BBC Mundo*. Recuperado el 20 de febrero de 2015, de Por qué las celebraciones en Colombia terminan con muertos: http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2014/06/140618_wc2014_brasil2014_colombia_costa_marfil_previa_violencia_muertos_celebracion_aw.shtml

Wetherell, M., & Potter, J. (1987). Capítulo 2. *El análisis del discurso y la identificación de los repertorios interpretativos.*, 1-11.

Zuluaga Ceballos, G. (2005). *"Empatamos 6 a 0". Fútbol en Colombia 1900-1948.* Medellín: IDEA-Gobernación de Antioquia.

Anexos

Universidad Pontificia Bolivariana	**CONSENTIMIENTO INFORMADO**

Nombre del participante: _____
Lugar: _____
Fecha: _____

Lo invitamos a participar en esta investigación, que tiene como objetivo analizar las estructuras sociales que permiten la emergencia de la violencia en el fútbol espectáculo, buscando contribuir socialmente a una mejor comprensión de este fenómeno. Consideramos que sus aportes contribuirán, si decide aceptar el llamado a hacer parte del estudio, en la construcción de un trabajo valioso para el conocimiento disponible. Este ejercicio investigativo se realiza en el marco de la maestría en Psicología Social de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y presenta un nivel de riesgo mínimo, según la resolución 8430 del Ministerio de Salud de la Republica de Colombia en el año 1993.

Antes de que acepte participar, por favor lea este consentimiento informado, exponga todas sus dudas o realice todas las preguntas que tenga. Estaremos en disposición permanente de clarificar detalles sobre el estudio, el procedimiento a emplear, los beneficios y posibles riesgos involucrados, entre otros aspectos. Su participación en este estudio es de carácter voluntario y puede abandonarlo en cualquier momento del mismo si llegara a considerarlo por cualquier razón.

La investigación incluye realizarle una entrevista/grupo de discusión, con una duración aproximada de una hora y media. Este espacio se desarrollará en un horario previamente acordado y será grabada para facilitar su análisis. Será un espacio de diálogo abierto, confidencial y respetuoso, en el que se hablará sobre sus experiencias y puntos de vista con respecto al fútbol y la violencia. En ese espacio de interacción no se realizará ninguna intervención o modificación intencionada.

Sus datos personales no serán almacenados en medios electrónicos y en los impresos se usarán seudónimos, preservando su identidad ante los futuros lectores. En caso de retirarse, no habrá ninguna consecuencia negativa para usted y los datos obtenidos hasta ese momento seguirán formando parte del estudio, a menos que usted solicite expresamente que su identificación y su información sea borrada de nuestra base de datos. Es de aclarar que su participación no implicará ningún gasto económico para usted y los desplazamientos y demás gastos relacionados serán subsidiados con recursos del investigador.

Es importante tener en cuenta que usted y los demás participantes no obtendrán beneficios económicos derivados de la investigación. Los fines de ésta son de carácter académico y profesional, pero al terminar el estudio usted, como participante, podrá hacer parte del grupo al que se le comunicarán los resultados.

La información obtenida es de plena confidencialidad, se mantendrá en secreto y no será proporcionada a ninguna persona diferente a usted bajo ninguna circunstancia. Únicamente será utilizada con fines investigativos y académicos. Los resultados de esta investigación podrán ser expuestos en eventos académicos, publicados en revistas científicas o presentados en reuniones científicas, pero su identidad no será divulgada.

Usted podrá solicitar información de la investigación, de los procedimientos y los avances alcanzados durante todo desarrollo del presente ejercicio cuando lo considere necesario. El investigador Diego Londoño Galeano se compromete a clarificar cualquier duda relacionada con la investigación. Sus datos de contacto, en caso de requerir ampliar la información aquí consignada o adicional relacionada con esta investigación, son el número celular 3136440838 y el correo electrónico diegolondo83@hotmail.com.

CONSENTIMIENTO

Manifiesto que he sido informado acerca de los propósitos de esta investigación, que he podido preguntar y aclarar las dudas. Por tales razones, decidí participar de manera voluntaria. Tengo conocimiento que puedo retirar mi consentimiento cuando lo considere oportuno. Para constancia de ello firmo a continuación:
Nombre: _____
Firma: _____
CC: _____

Testigos: con mi firma certifico que estuve presente durante la discusión de la información presentada en este formato de consentimiento informado, las dudas fueron resueltas y la decisión de participación es voluntaria.

Nombre del testigo 1:_____
Firma: _____
CC: _____

Nombre del testigo 2: _____
Firma: _____
CC: _____

Investigador: certifico que he dado la información y explicación al participante acerca del estudio y de la información contenida en el consentimiento informado de la presente investigación, respondiendo las dudas o preguntas realizadas por este y sin ejercer ninguna presión para su participación.

Nombre del investigador: _____
Firma: _____
CC: _____

El presente consentimiento se firma en _____el _____